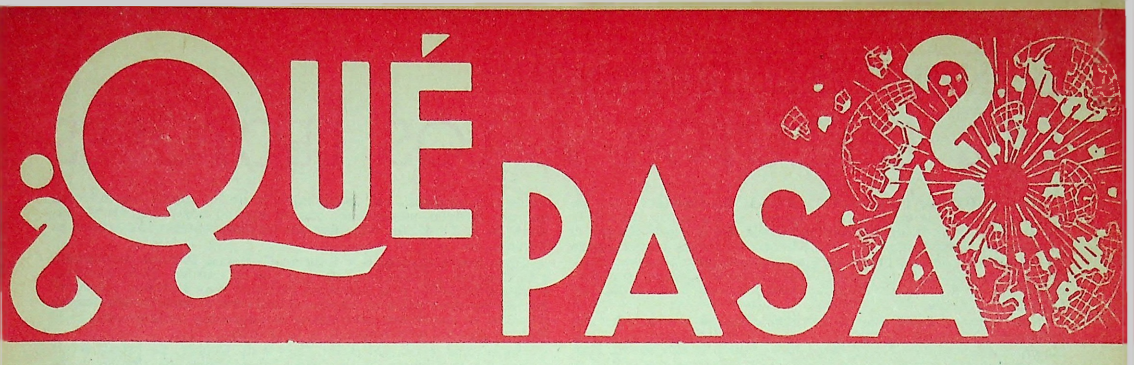


SEMANARIO INDEPENDIENTE
(Depósito legal: M. 7-1964)

AÑO IV - NUM. 200 - 28 OCTUBRE 1967

DIRECCION Y REDACCION:
Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA
Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	10 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	225 ptas.
Anual	400 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	525 »
Países de Europa, suscripción anual	725 »
Resto del mundo, suscripción anual	900 »

DIRECTOR:
JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

LEA EN ESTE NUMERO:

DE BARCELONA

EL "CHEGUEVARISMO" URBANO Y SIN BARBAS

Por VARON DE BARCELONA

DESPUES DE LAS ELECCIONES

LOS QUE NO HAN VOTADO

Por OSCAR MEDINA

NO CASTIGAR A LOS MALOS ES CONDENAR A LOS BUENOS

Por IJCIS

EL SINODO EPISCOPAL, PELIGROS 4.

Por AURELIO ROCA

EL "AÑO DE LA FE" TENDRA QUE SER EL DE LA CONTRA-REFORMA

POR A. ROIG

LO HA DICHO UN EX SUBDITO DEL ABAD ESCARRE:

"¿QUE PASA?", SUS COLABORADORES Y LECTORES NO SON CRISTIANOS

10 PTAS.

CORRESPONDENCIA "CONFIDENCIAL"

DEL DIRECTOR A LOS LECTORES

DON EDUARDO CLARAMUNT REXACH.—LERIDA.—No, señor; no estamos de acuerdo A la Iglesia de los países de detrás del «telón de acero» se la llama la Iglesia del Silencio porque el progresismo vociferante tenía que llamarla de alguna manera, pero en realidad esa Iglesia perseguida, acosada, encarcelada, encadenada, es la porción de la Iglesia Católica Apostólica Romana que más constante, clara y elocuentemente, viene hablando a la Cristiandad Católica del Mundo.

Nos reprocha usted que no nos ocupemos de acusar a los Estados y a las hordas que tienen secuestrada, amordazada, a la Iglesia en aquellos países. No es usted justo reprochándonos eso. Harto hacemos con acusar, en la modestia de nuestras posibilidades, a los elementos de nuestro propio pueblo que se producen religiosa y políticamente en favor de los que aguardan el momento para caer sobre la Iglesia española y volver a las persecuciones, expolios y matanzas de hace tan sólo seis lustros.

Además, créanos usted. La llamada Iglesia del Silencio, si fervorosamente la contemplamos y compasivamente la asistimos, nos convencemos de que, con relación al Reino de Cristo y a la prevalencia de Su Iglesia, en lo eterno, sobre las conmociones temporales que promueve Satanás, la Iglesia verdaderamente del Silencio, de la Convención y del Acomodo, somos nosotros. Y que la Iglesia del Divino Clamor y de la Sobrenatural Pelea por la Fe, por los Dogmas, por la Tradición y los Depósitos Sagrados de Roma, son esas Iglesias en cautividad.

¿Es que la Iglesia del Cardenal Mindszenty es una Iglesia manca, sorda y muda? Permítame usted un símil concluyente.

La Iglesia del Silencio—así llamada inicuamente—es la Iglesia que se bate heroica, en un mundo satanizado, contra las hordas y los Estados deicidas... En el combate, que dura ya muchos lustros, esa Iglesia tiene como baluarte su Alcázar de Toledo y su General Moscardó en el Cardenal Mindszenty... ¿Cuántos años lleva este General Moscardó de los Ejércitos de Cristo Rey sitiado en su Alcázar de Budapest? ¿A cuántas tentaciones de entrega, de rendición, de capitulación ha resistido?

Ayer mismo, el Cardenal Franz Koening, de Viena, que fue a tentar al Cardenal sitiado para que se rindiese, salió del Alcázar de Budapest como salió del de Toledo el P. Vázquez Camarasa hace treinta y siete años... Y es que el Cardenal Mindszenty, por su Iglesia, por su Cristo, por su Fe, sólo permitirá que se le libere como un héroe por los héroes de los Ejércitos del Señor, o que se le canonice como un Mártir. Lo mismo que el General Moscardó y sus leales, que dejaron que se volviera solo al campo de los sitiadores y debeladores el P. Vázquez Camarasa, para ser liberados por los héroes que se alzaron por Dios y por la Patria o inmolarse dichosos como Mártires. ¿Entregarse? ¿Rendirse? ¿Dialogar? ¿Convenir y convivir con Satanás y sus agentes? ¡Jamás! ¡Eso jamás!

Suponemos que a un Cardenal como Mindszenty, y a una Iglesia como la que encarna en su existencia de sublime perseguido, acosado y sitiado, no volverá usted a tenerles por un Príncipe mudo y por una Iglesia Silenciosa. Lo que ocurre es que hablan un idioma engendrado en el heroísmo y la santidad. Y ese lenguaje, que nadie quiere oír, universalmente se da por no proferido ni, naturalmente, escuchado.

DON DIONISIO L. GAYUBAS BRIONGOS.—DURANGO.—Es una lástima que su carta, merecedora de una respuesta edificante, nos la dirija usted sin pizca de respeto y consideración a nuestra persona y a nuestra obra; modesta, pero digna. Lamentamos, por tanto, que su manera de presentarse nos impida, por propia estimación, aclararle conceptos que se le antojan confusos.

DON JOAQUIN GARCIA DE LA CONCHA.—MADRID.—Ignorábamos que un grave accidente le tuviese apartado de toda actividad durante más de tres meses. Con toda el alma celebramos su reincorporación a la vida normal. Queden atrás dolores y quebrantos y pidámosle a Dios que le preserve, y nos preserve, de todo mal físico y espiritual.

Su carta del día 15 nos ha confortado sobremanera y ha venido a aligerar el período de convalecencia en que nos hallamos de no pocos percances o accidentes padecidos. Tiempo tendremos de traer a las páginas de ¿QUE PASA? algunos de los puntos vitales de su carta. Por de pronto, permítame usted que imprima y difunda este párrafo de su generosa misiva:

La independencia de que hace justa gala el semanario ¿QUE PASA? ha vuelto a ponerse de relieve con este motivo, pese a que esta actitud no haya satisfecho a los acomodaticios y tibios de siempre—alguno de los cuales se ha permitido el lujo de decretar su excomunión y de la revista que dirige, arrogándose la representación y jefatura provincial de la Comunión Tradicionalista—. No creo que tan mostrenca excomunión sea capaz de preocuparle lo más mínimo; pero, por si acaso, cumplo el encargo y el deber de decirle que las JUNTAS DE DEFENSA DEL CARLISMO, de aquí de Castilla y las de todas las Españas, felicitan a usted con entusiasmo y le ruegan encarecidamente siga prestando tan grandes servicios a la Santa Causa.

¿Rogarnos a nosotros, ustedes, que sigamos sirviendo a la Santa Causa? Somos nosotros los que le rogamos a usted y a las Juntas de Defensa del Carlismo y a todos los carlistas y tradicionalistas, que nos ayuden a ayudar. Claro está que los respetables mandos de la «Comunión Tradicionalista» han circulado órdenes de repudio contra ¿QUE PASA?. Sin embargo, para ellos y sus leales subordinados—con independencia de los malos tratamientos que nos infligen—reservamos cuanto espacio nos reclamen al Servicio de la Tradición: sin fuga de ninguna consonante, como es lógico.

Pilar Roura Garisoaín y Roberto G. Bayod Pallarés pertenecen a la Comunión Tradicionalista que nos excomulga. Pero nosotros, a través del genio y la literatura de Pilar y de Roberto, aposentados en nuestras páginas, nos sentimos fervorosamente tradicionalistas en ex comunión; pero eso es lo bueno del carlismo de ¿QUE PASA?, que no pertenezca a la Comunión.

Esperamos, pues, del señor Canals de Febrer, de usted, señor García de la Concha, y de todos los carlistas, de dentro y de fuera de esa Comunión tan bien mandada, que nos manden asimismo artículos, crónicas y ensayos que pongan luz y abran nuevos caminos a la tradicional y gloriosa Tradición Política y Católica de España.

DON ERNESTO MARTOS DEL RIO.—MADRID.—Es usted un cordero sacrificado en el matadero de almas, que viene explotando el poderoso, sutil, inaprehensible enemigo de la Cristiandad Católica. Usted nos escribe casi poseído del demonio porque no ha leído usted otros libros ni otras informaciones que las patrocinadas, alabadas y difundidas por las gentes y los agentes de la Revolución Religiosa en marcha.

Adquiera usted y lea, sin pérdida de tiempo, uno de los libros más importantes de nuestro tiempo, condenado al silencio, naturalmente. Se trata de «ESPAÑA EN EL DIALOGO», de MARITIAN BRUNSO, PBRO. EDITORIAL VICENTE FERRER.—CALLE DE VALENCIA, 200.—BARCELONA-11.

Lea, estudie esa obra fundamental y se explicará muchas cosas y salvará su alma.

Siga nuestro consejo. Nos lo agradecerá.

Del materialismo "religioso" de algunas publicaciones

La primera tentación del diablo a Jesucristo fue que convirtiera las piedras en pan. En algunas publicaciones religiosas parace que han seguido esta táctica demoníaca. Casi lo único que tienen de religioso es el título de la publicación, todo lo demás lo han convertido en pan.

Casi no hablan más que de bienes materiales.

Nuestro Señor dijo en el Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura».

Estas publicaciones hacen lo contrario: Buscan los bienes materiales y, por añadidura y casi sin darle importancia, hablan del Reino de los Cielos.

El Evangelio de San Mateo es un pequeño librito que sólo tiene unas 40 páginas, pero en él se habla unas 80 veces del Reino de los Cielos, el Reino de Dios, Nuestro Padre que está en los Cielos, la Vida Eterna, «entrar en el gozo del Señor» en el cielo.

¿Cuántas veces en el «Día del Señor», de la Televisión: en «El Mensajero del Corazón de Jesús», o en las hojas parroquiales, por citar algunos ejemplos, se habla de esto?

Otro ejemplo:

En el Evangelio de San Mateo (capítulo 6, versículo II): Traducción de la Biblia en español de Nacar-Colunga, o la traducción francesa de la «Bible de Jerusalem»: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy.»

En el comentario de Maldonado (Biblioteca de Autores Cristianos) se traduce: «El pan nuestro sobresustancial dánosle hoy.»

El comentario de Maldonado (pág. 292) es: «Algunos autores antiguos dijeron... que este pan nuestro cotidiano es el cuerpo de Cristo, «verdadero pan que viene del cielo» (Evangelio de San Juan: 6, 32) (esto dijeron Tertuliano, S. Cipriano, S. Ambrosio, Mario Victorino, S. Atanasio y S. Jerónimo).

Según A. Fernández, S. I., «Vida de JesuCristo» (B. A. C., página 428): «Lo más probable es, como justamente opinan la gran mayoría de los autores modernos, que la referida voz (es decir, «el pan nuestro») significa en nuestro pasaje el «sustento corporal».

Como se ve en las Biblias de Nacar-Colunga y en la «Bible de Jerusalem», los modernos ni siquiera citan esta interpretación de la Sagrada Eucaristía que verdaderamente es «nuestro» Pan, y subrayo la palabra «nuestro», pues, según Mateo 5, I, el Sermón del Monte, en el que está el Padre Nuestro, iba dirigido a los discípulos de Cristo, «se le acercaron (a Jesús) los discípulos, y abriendo El (Jesús) su boca, les enseñaba...», y después de enseñarles la oración del Padrenuestro en 6, 31 s. (Jesús dice): «No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura.»

RAMON ETAYO

POR EL TUNEL DEL TIEMPO

DON JUAN VAZQUEZ DE MELLA TRAIDO A 1967

LA CONDUCTA Y LA RETRACTACION DE D. JAIME

No hay hombre de mérito, sin excluir a Melgar, que no haya tenido el recelo al lado, y, para completar la obra demoledora, cuando directa a indirectamente todos los prestigios se reunieron en la Junta Central, donde los que no eran miembros estaban representados por ellos, los dispersó, como Napoleón al Consejo de los Quinientos, y puso sobre todos, perturbando el silencio en que dormía, a una persona buena, apacible, pero sin el relieve, como él sinceramente reconoce, para sobreponerse a todos. Y aun eso interinamente, y después de haber ofrecido la jefatura a varias personalidades, que declinaron el encargo, y antes de ofrecerla a otras que alarguen modestamente la mano para pedir esa Presidencia, que se parece mucho a la de un entierro.

¿Eso es gobernar? ¿Eso es ser símbolo y personificación de tradiciones permanentes y de una institución augusta? ¿Con el capricho arriba y una manada abajo se forman partidos de hombres que todavía creen que la dignidad y la formalidad no son cosas despreciables?

Restañar antiguas heridas, borrar pasadas divisiones, levantar como un credo español, como el evangelio del orden una bandera enteramente desplegada con la Corona encima, pero con la Cruz sobre la Corona, y llamar con amor a todas las fuerzas sociales, desarrollando en ellas, con la propaganda y el ejemplo, el instinto de conservación, para que se congregasen en una falange o se federasen con ella, esa era la misión de don Jaime, la que le imponían la Iglesia y España.

¿Y qué hizo? Dividir, disolver, oponer unos hombres a otros. Y poner sobre la Bandera y sobre la Cruz el yo absoluto, el viejo cesarismo que las niega.

Si alguno me pregunta todavía: ¿Le retiraremos o no la obediencia? Sólo le contestaré: ¿Pero no habéis notado aún que se ha retirado de su persona el derecho de exigirla?

LA RETRACTACION DE DON JAIME.—UN NUEVO MANIFIESTO, CONTRARIO A LOS ANTERIORES, ANULARIA SU AUTORIDAD PARA LOS QUE TODAVIA LE SIGUEN

Ante el escándalo producido por los Manifiestos de don Jaime parece que el grupo absolutista que le sigue, queriendo evitar la desbandada y que continúe la ficción, prepara un nuevo Manifiesto, con grandes protestas religiosas y hasta regionalistas. Es claro que cesarismo y catolicismo, absolutismo y fuerismo, no caben juntos, y que aplaudir en textos incuestionables una cosa y desmentirla en los Manifiestos da la medida del valor que se puede conceder a un nuevo documento opuesto a los anteriores.

Pero si se publica no se conseguirá más que una cosa: poner en evidencia a una autoridad inestable que no necesita negar nadie, porque se niega a sí misma.

Antes de que ese manifiesto salga diciendo: «Donde digo digo, no digo digo, que digo Diego», la lógica, que no guarda consideraciones más que a la verdad, tortura el propósito y el proyecto en esta forma: o será ratificación o rectificación.

Si sucede lo primero, el absolutismo y el atropello quedan en pie y se aumentan al ser confirmados.

Si se rectifica, puede hacerse de dos maneras: primera, con atenuaciones de frases y de conceptos y formulando protestas de principios, que están negados en los asertos de los Manifiestos y en los procedimientos seguidos contra las autoridades del partido y su política y la de toda la prensa carlista, condenándola sin oír; con la rectificación clara y completa, que debía abarcar estos puntos: negación del absolutismo, declarando que no se puede sentenciar sin oír primero la defensa de los acusados; que el Rey no es el único juez de la conducta de un partido formado por ciudadanos libres, y no por seres inconscientes; que no es el único responsable ante Dios, ante quien responden todos de la parte que toman en la obra colectiva; que de la dirección principal, el Rey responde, no legalmente, sino socialmente, del acierto o la torpeza, porque para lo personal no hay valido ni ministros responsables, y si los hay, no existe la autoridad real o se tiene de ella un concepto que pugna con el tradicionalista; que no se pueden cambiar políticas internacionales, no ya en lo que se refiere a los objetivos permanentes de un pueblo, pero ni aun en las alianzas e inclinaciones circunstanciales para conseguirlo, sin la consulta y el consentimiento de ese pueblo, y en el caso de no ocupar el poder el partido que los representa; que se declara terminantemente la radical oposición a las aspiraciones del partido colonialista francés, atentatorias a nuestra independencia; que es indigno acusar de faltar a las órdenes recibidas y haberlas falsificado, y de engañar y de mentir, cuando se han dado precisamente conforme a la conducta que se maldice, y, finalmente, que no es lícito vulnerar desde arriba la más elemental disciplina, despreciando y destituyendo autoridades y Juntas que no han faltado a ninguna orden, porque no han recibido durante su breve existencia ninguna, sin esperar los informes que se les pide; ni invertir la escala del mérito, poniendo sobre todas las personalidades, cuyos méritos y servicios reconocen propios y extraños, a otros que de ningún modo pueden compararse con ellas.

Esta declaración podía hacerse de dos modos: espontáneamente, al reflexionar sobre la propia obra, las sugestiones sufridas y la condición de los móviles que se juntaron para realizarla, o bien ante el clamor de la indignación o de protesta producido en el partido, al verse atropellado en su doctrina, en sus autoridades y en su conducta.

Y de cualquier manera, tímida, incompleta y vergonzante, o franca y resuelta, por impulso propio o por miedo a los efectos producidos, la autoridad que obra así pierde el prestigio necesario para gobernar, y lo pierden, ante su dignidad y ante el juicio de sus adversarios, los gobernados que la obedecen.

Los representantes de la autoridad tienen, como toda persona, el deber de arrepentirse cuando yerran, el de entonar el «mea culpa», mereciendo por ello el perdón y el olvido después de cumplir la penitencia; pero si las culpas son exclusivamente propias, si no han tomado parte en ellas ni se ha querido que la tomasen, los gobernados, entonces, el derecho que han proclamado a fracasar solos, lleva consigo el deber de retirarse y de abandonar el puesto que se cedió previamente a la injusticia.

JUAN VAZQUEZ DE MELLA

En nuestro próximo número: «LAS DOCTRINAS ESTORBAN A LOS QUE NO LAS TIENEN».

De bien nacido es ser agradecido

POR M. SANCHEZ-COVISA

No sabemos cuál de los redactores que componen la plantilla de «Pueblo», y que firman la nómina a costa de la Organización Sindical, habrá redactado, por encargo de Emilio Romero, el irónico comentario sobre la JUNTA PRO-TSHOMBE, aparecido en el número correspondiente al pasado día 17 de octubre.

No nos extraña tampoco los términos de la «pueblerina» nota, que hay que agradecer, pues servirá para que los firmantes de la Declaración comprueben que están en buena línea.

Quizá «Pueblo» prefiera «fabricar» héroes al estilo del «Ché» y Debray o hacer la propaganda de Fidel y su revolución, intentando hacernos creer que son valores hispánicos aunque sean enemigos de España.

Sería ingenuo esperar que «Pueblo» viera con buenos ojos una iniciativa en favor del señor Tshombe, sincero amigo de España, con el cual las personas honradas tienen una deuda de gratitud, pues gracias a él se salvaron, entre otras cosas, y a pesar de la O. N. U., las vidas de muchos religiosos y monjas que, llevando una existencia de entrega y sacrificio en el Congo, ni «Pueblo» ni nadie puede acusarlas de agentes del imperialismo.

¿QUÉ PASA? en Barcelona

Por A. RECASENS SALVAT

EL «MANIFIESTO DE PALAMOS» ES UN DESAFIO

Manuel Jiménez de Parga, en «Destino» del 14 de octubre, glosa un artículo del presidente de varios Consejos de Administración y de «Pax Romana», el ex ministro y ex falangista don Joaquín Ruiz-Giménez, artículo en el que se afirma lo siguiente: «Como no cabe ignorar la presencia real en nuestra Patria de tendencias, agrupaciones o corrientes de opinión —asociaciones políticas o partidos de facto— convendrá revisar determinados postulados con el fin de que el pluralismo de asociaciones existentes se convierta en fuerza vital al servicio de una más alta integración nacional.»

O el cronista es lerdo o tal aseveración es un desafío a la intangibilidad de los Principios Fundamentales del Movimiento Nacional, de la Ley Orgánica del Estado y un ataque a las directrices políticas del Caudillo en su discurso del 22 de noviembre de 1966.

El señor Ruiz-Giménez debe creer que los españoles padecemos amnesia, cosa no extraña en un personaje implicado en tantísimas memorias y balances. Presentar los partidos políticos como fórmulas de integración sería como dar a un enfermo un tóxico conocido como medicina de una dolencia. Los partidos políticos han sido en la Historia de España la causa de mil divisiones, guerras intestinas, desbarajustes económicos; luchas sociales muy cruentas y estériles; separatismos; sin que ni los partidos políticos, ni el parlamentarismo liberal durante un siglo produjeran otros frutos que la pérdida de las provincias de ultramar, la miseria interior y la entrega al comunismo, solamente evitada por el Alzamiento del 18 de julio de 1936. A estas figuras históricas siniestras, don Joaquín Ruiz-Giménez las llama «fuerza vital al servicio de una más alta integración nacional».

Tal manifiesto de Palamós con la consiguiente divulgación que Jiménez de Parga hace del mismo en «Destino», de Néstor Luján, a nuestra manera de entender, debe sustanciarse con todas las responsabilidades que implican. En la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento Nacional, que por su propia naturaleza son permanentes e inalterables, se afirma rotundamente en la declaración VIII: «El carácter representativo del orden político es principio básico de nuestras **instituciones públicas**. La **participación** del pueblo en las tareas legislativas y en las demás funciones de interés general se llevará a cabo a través de la Familia, el Municipio, el Sindicato y demás ENTIDADES con representación ORGANICA que a este fin reconozcan las leyes. TODA ORGANIZACION POLITICA DE CUALQUIER INDOLE, AL MARGEN DE ESTE SISTEMA REPRESENTATIVO, SERA CONSIDERADO ILEGAL».

Es tan sagrado este permanente e inalterable principio fundamental, que en el artículo II de esta Ley de Principios Fundamentales del Movimiento Nacional se dispone: «Todos los órganos y autoridades vendrán obligados a su más estricta observancia.» Luego lo que afirma Ruiz-Giménez y hace suyo Jiménez de Parga, así como el artículo de «Cuadernos para el Diálogo» y la reunión de Palamós, están en flagrante contradicción y vulneran pública e ilegalmente una ley básica y con rango de FUNDAMENTAL. Tal gravedad todavía se hace más sensible al considerar que el pluripartidismo en España sería el incentivo de las peores pasiones —como ya lo fue—, la paralización de su progreso económico, el incremento de los separatismos y el final definitivo de la paz y el orden social. Creemos honradamente que la impunidad a semejante actitud es gravísima.

Dentro de esta misma línea, Wifredo Espina, en «El Correo Catalán» del 15 de octubre insinúa la misma línea hablando de que hay que «permitir las agrupaciones electorales», con la excusa de «una Ley Electoral mucho más perfecta», aludiendo a unas manifestaciones del ministro señor Alonso Vega, desfigurando el espíritu y esencia de las mismas.

Es muy necesario recordar que la vigente Ley Electoral de 1909 está promulgada por don Antonio Maura, liberal por antonomasia, gobernando España un régimen pluripartidista en aquella época, fiel al espíritu y sistema del liberalismo; ley con la que se hicieron las elecciones de la Monarquía de Don Alfonso, y a través de ella, por unas elecciones municipales, nos vino, aparentemente, la segunda República. ¿Puede haber una Ley Electoral más liberal?

Cuando en un limpio Referéndum Nacional la inmensa mayoría del pueblo español, entusiásticamente ha apoyado el texto de la Ley Orgánica y son recientes las elecciones a Procuradores en Cortes por los Cabezas de Familia, con una participación electoral que ya hubieran querido para sí en otras épocas los partidos políticos y ciertas naciones llamadas democráticas, nos resulta improcedente e intolerable que unos señores que no representan ni la verdad política ni la opinión española se dediquen a encizañar la convivencia nacional. El Caudillo, en su discurso del 22 de noviembre de 1966, dijo lucidamente: «Recuerden los españoles que a cada pueblo le rondan siempre sus demonios familiares, que son diferentes para cada uno. Los de España se llaman: espíritu anárquico, crítica negativa, insolidaridad entre los hombres, extremismo y enemistad mutua. Cualquier sistema político que lleve en su seno el fomento de esos defectos, la liberación de esos demonios familiares españoles, dará al traste, a la larga o a la corta, mucho más probablemente a la corta que a la larga, con todo el progreso material y con todo mejoramiento de la vida de nuestros compatriotas.»

Pues otra vez la suelta licenciosa de esos demonios familiares es lo que propugna Ruiz-Giménez, Jiménez de Parga en el «Destino» de Néstor Luján y Wifredo Espina.

EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA: UN GRAN SEÑOR

El 11 de octubre el rector de la Universidad de Barcelona, señor García Valdecasas, con la Junta de gobierno de dicha Universidad, entregó la medalla de oro de la Universidad de Barcelona a Su Excelencia el Jefe del Estado. En la audiencia, el doctor García Valdecasas dijo estas palabras tan exactas: «**Se intenta nublar el claro entendimiento de nuestra juventud, pretendiendo que no mire el inmediato pasado histórico a fin de remover rescoldos de períodos más remotos. Nuestra guerra está muy lejos, los jóvenes de hoy no tienen idea de ella, se dice. Pero con falsos tópicos se quiere que tengan ideas y repitan hechos de épocas más lejanas todavía.**» La sensatez y clarividencia del doctor García Valdecasas quedan patentes. Por esto cuenta con la admiración de los catalanes, de la gran mayoría de padres de universitarios, y también de los alumnos que se comportan estrictamente como tales. Por esto se recuerda en Barcelona con indignación un inicuo violento ataque de Néstor Luján, en «Destino», contra esta primera autoridad de nuestro distrito universitario.

Agreguemos que consta que agitadores comunistas intentan próximamente turbar la paz académica y social, ayudados por los complicados en la «Operación Moisés», cuyos tentáculos ni fueron desconectados ni cejan en su continua conspiración contra España. Monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del OPUS DEI en la Universidad de Navarra, dijo a los estudiantes: «Esas minorías que arman algaradas no merecen más que desprecio.» Nosotros creemos que merecen algo más que desprecio: REPRESION EFICAZ. Un cáncer no se desprecia. Se extirpa o te mata. Cuando el partido comunista y sus compañeros de viaje organizan desórdenes, es con fin de laborar por un régimen débil que sería el puente para el comunismo. La historia se repite. El rector de la Universidad de Barcelona lo dijo claramente: «Con falsos tópicos se quiere que tengan ideas y repitan hechos de épocas más lejanas.» Para que estos hechos no se repitan necesitamos la energía inteligente y durísima y una creciente conciencia política de signo positivo de estudiantes que digan «¡BASTA!» a la intromisión marxista con sus compañeros democristianos, y otras etiquetas subvencionadas por la CIA americana en la vida académica española.

LA VESTIMENTA SACERDOTAL

En la revista «Ecclesia» se publica una llamada de atención sobre la anarquía que se observa en cuanto a la vestimenta sacerdotal en las grandes ciudades. «Hay casos —dice «Ecclesia»— en que asalta la duda de si se trata de verdad del traje del hombre-clérigo o si es mero error de apreciación.» Queremos destacar que en Barcelona esta anarquía de vestimenta se hace todavía más sensible. Basta recordar que en el decreto en que se autorizaba el «clergyman» se preceptuaba, por ejemplo, que los profesores del seminario el ejercicio de su magisterio lo hicieran con sotana. Actualmente, una buena parte de profesores visten siempre de «clergyman». Si un decreto tan reciente no es observado por los formadores del futuro clero, ya puede considerar el lector la pésima consecuencia que esto tiene que traer en el ánimo de los alumnos. En Barcelona, una parte notable viste completamente de paisano. Se conocen sacerdotes en espectáculos de todo color. Incluso en las iglesias, en el confesonario, algunos confiesan en mangas de camisa. Es voz unánime que el «clergyman» ha desprestigiado tremendamente a los sacerdotes. Si añadimos a esto que frecuentemente circula por la calle la noticia de que tal cura se ha casado con la chica de la tienda de enfrente de la parroquia, y que las secularizaciones no cesan, creemos que «Ecclesia» tiene toda la razón. Así nos lo confirma y amplía nuestros informes un digno sacerdote de la curia de Barcelona, que nos da detalles e informes no publicables sobre este asunto.

En definitiva, creemos que se debe reconsiderar el permiso del «clergyman» en España, dadas las consecuencias fatales y previsibles que viene ocasionando. Ahora la experiencia es abrumadora. Y de sabios es rectificar.

CATOLICOS Y COMUNISTAS

En el semanario «Espoir», órgano de la CNT-FAI del exilio, en su número del 24 de septiembre reproduce una moción que en uno de sus extremos dice lo siguiente: «A esto se agrega el entronque entre comunistas y católicos para conquistar un movimiento obrero.» Una nueva confirmación de la alianza entre el partido comunista, que actúa a través de las Comisiones Obreras, y ciertos dirigentes y grupos católicos. ¿Se continuará tolerando y quien debe impedirlo no encontrará materia de prohibición el que en algunos centros parroquiales de todos conocidos se reúnan estas Comisiones Obreras, planeen allí sus huelgas y agitaciones sociales, se las encubra con privilegios del Concordato, y desde allí difundan sus consignas y propagandas?

LOS QUE NO VOTARON

Por OSCAR MEDINA

«El porcentaje de votantes varió bastante, según las provincias.» (De la prensa diaria.)

Se han celebrado las elecciones convocadas por la representación familiar para procuradores en Cortes; el pulso de la calle fue más sosegado, menos espectacular que el 14 de diciembre. Aquella fecha puso colorido. El pueblo acudió retador a las urnas, con rostros expresivos, a pecho descubierto, papeletas en la mano, dispuestos a mantener «su paz» frente a los asaltos de fuera y dentro. Acudió masivamente a decir sí a Franco, a darle un cheque en blanco, a gritar hacia fuera y hacia dentro que no estaba dispuesto a dejarse llevar de nuevo a luchas políticas, que quería seguir siendo mandado con autoridad y orden, aunque no se haya alcanzado aún la perfecta y justa distribución de la riqueza. Porque sabe que esa perfección, en cuyo nombre se invocan soñados paraísos, es utópica en el mundo, es irreal en la China de Mao, en la Rusia leninista, en la Bélgica de Spaack, en la Albión de Wilson, en las Américas del dolar y la libertad.

Y por eso, porque sabe que su logro de la mano de políticos complacientes no acarrea más que semanas trágicas, trincheras y paredones, es por lo que prefiere el lento pero seguro camino de un Estado en marcha, que puede andar con paso de tortuga, pero que lo hace con pisada de elefante. Sin saltos en el vacío, pero también sin saltos atrás.

Por eso nos preguntamos en esta ocasión del 10 de octubre, ¿quiénes no votaron?

Empecemos por señalar que a quien sí hemos visto acudir a las urnas ha sido al pueblo llano; a ese pueblo gris, soldado desconocido en la guerra, mano de obra no cualificada en la paz. A ese pueblo que si abandona su Patria es porque la patria le expele al exterior al no poder darle el mínimo para vivir, y que él, en recompensa, extorna su sudor en divisas para que la economía nacional cubra el déficit de su balanza comercial de pagos...

Habrán faltado los intelectuales, propugnadores de candidaturas menos restringidas; los que atacan desde distintos ángulos la lentitud de la apertura democrática, que ellos quisieran fuese de partidos políticos, de luchas por el Poder.

Habrán faltado los que se largan de España a cobrar dólares en cátedras del emporio neocapitalista, abandonando su Patria, en vez de prestar «desde dentro» su apoyo a la evolución económico-política de la nación colaborando en el conjunto nacional y sacrificando su orgullo a la prestación común, como cada ciudadano.

Habrán faltado quienes a favor «del viento» creen ser portadores del avance y el progreso, y si se les dejase a su aire, desatarían tempestades.

Habrán faltado quienes teniendo por misión predicar el amor al prójimo levantan «babeles» entre sus oyentes, separan hermanos, dividen regiones, rompen la unidad de la nación y llevan el escepticismo al lugar ocupado por la Fe.

Habrán faltado los comodones, los que esperan se les dé todo hecho: los de no meterse en nada y que cuando les ponen la soga al cuello reclaman el auxilio de las fuerzas de Orden Público y del Ejército.

Habrán faltado los que vociferan en nombre del diálogo, y cuando les llaman no acuden, y si se les habla no escuchan.

Habrán faltado los que si estuvieran en el Poder darían todos los «pucherazos» habidos y por haber para continuar en su puesto.

Los que tienen programas de desarrollo bajo cada manga.

Los que ayer en el Poder fueron incapaces de mover un milímetro las estructuras, y hoy achacan al chivo expiatorio del Movimiento la culpa del inmovilismo.

Los que tienen en su poder medios de difusión adquiridos por fuertes grupos de presión capitalista y se jactan de propugnar la «liquidación» socialista.

Los que utilizan las encíclicas para proclamar el derecho a la huelga y niegan la expresión de su parecer a quienes no comparten sus opiniones.

Los que alientan soluciones de urgencia a riesgo de catástrofes.

Los que se miran en espejos de países europeos y ocultan las lacras, las letrinas, el hambre, la miseria, la explotación de mano de obra extranjera, de mano de hombres que habitan barracones y trabajan de sol a sol; salvo que los estercoleros sean elevados al «podium» del arte por un autor «pánico» en babeante gozo contemplativo de burdeles escenografiados.

Los que se creen—como decía Marañón—, sin serlo, liberales.

Los que exigen la cultura como bienestar, y cuando pudieron dejar huella de su paso por esa «senda que se hace al caminar» se plegaron a circunstancias sin sacar la hombría a relucir y ahora escriben y escriben...

Los que piden un orden jerárquico nuevo de valores, y siguen anteponiendo la aristocracia de la sangre a la aristocracia del trabajo.

Los que hablan de reformas fiscales sociales en vez de técnicas, y eluden sus impuestos.

Los que piden igualdad de todos ante la Ley, y reclaman justicia y castigo si son atacados, y exigen perdón y amnistía cuando los atacados son otros.

Los que piden reducción del gasto público, y no renuncian a sus cobros estatales por servicios prestados en tiempos lejanos, de los cuales reniegan.

Los que se agarran a la «Populorum progressio» y acusan de demagógica la obra de Girón en el Ministerio de Trabajo.

Los que piden descentralizar servicios, y en realidad crean cantonalismos.

Los que se amparan en la ética social de inspiración humanística y cristiana, y postulan una vuelta al revés de nuestro actual sistema constitucional.

Los que se apoyan en el pueblo para pedir la urgente transformación de las Leyes fundamentales, negando con ello validez al refrendo que el propio pueblo les dio con su voto el 14 de diciembre y ha confirmado ahora el 10 de octubre.

Los que vaticinan dramáticas vicisitudes en el futuro de España, y piden por ello una consulta «objetiva» a la nación.

Los que piden libertad de expresión—como si no tuvieran bastante—, y tratan de amordazar a los demás.

Los que piden partidos políticos bajo el cuento del pluralismo, y condenan a la clandestinidad, por fascistas, al Requeté y la Falange.

Los que hablan del deber de participar en las tareas del Estado, y proclaman la abstención cuando se les convoca. o se eximen de ser testigos de excepción en las mesas electorales alegando enfermedad.

Los de las prisas posconciliares, que olvidan lo mucho que al pueblo español deben Roma y la religión católica.

Los que creen ser inspiradores de la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado, y anatemizaron contra quienes desde un ángulo creyente hace seis lustros se atrevieron a plasmarlo en sus programas.

Los que atosigan para que se establezcan relaciones con el Este y la China de Mao, y no dudarían en romperlas y condenar al cerco a Portugal y otros.

Los que consideran «hiriente» el recuerdo de nuestra guerra, y a cada paso nos sopapean con las condenas «nazis» en un lavado de cerebro a escala mundial.

Los que piden amnistía a troche y moche, y no alzan una voz cristiana por el preso de Spandau.

Los que nos restriegan versos de poetas que laceran el ser español y relegan al olvido a los que cantan inolvidables gestas.

Los que aplaudían a Montini Papa y se previenen contra Paulo, sucesor de Pedro en el Sínodo.

Los que se creen, sin serlo, liberales.

¿Por su larga experiencia nada más?

EL CARDENAL RIBERI, probable Secretario de Estado

El periódico italiano «IL TEMPO», del 1 de octubre, publicaba la siguiente información:

«El Cardenal Antonio Riberi, natural del Principado de Mónaco y ex Nuncio en Madrid, que recibió la birreta cardenalicia de manos de Franco, tomó posesión ayer de la iglesia de San Jerónimo de la Caridad. Entre otras muchas personalidades, se encontraba presente también Mons. Ussía, que fue raptado en la primavera pasada precisamente en las cercanías de aquella iglesia.

Se habla del Cardenal Riberi como probable Secretario de Estado. El purpurado es amigo personal del Pontífice y tuvo como Consejero de Nunciatura en Madrid al actual sustituto de la Secretaría de Estado, el Arzobispo Giovanni Benelli. Al acto de ayer asistieron también el Arzobispo de Madrid, Mons. Morcillo, y el Arzobispo de Formosa, Mons. José Kuo. El Cardenal Riberi, antes de ser Nuncio en Madrid, ha sido representante de la Iglesia en China y después Nuncio en Irlanda; por ello mismo muchos opinan que, por la larga experiencia adquirida en el Extremo Oriente y en Occidente, él es el principal candidato al cargo de Secretario de Estado.»

En «Concilio en marcha», número 1, dirigido por el jesuita P. Juan Balari y autorizado por el también jesuita P. Enrique Rifá, leemos como bandera desplegada a dos planas:

LA IGLESIA PROCLAMA EL DERECHO DE TODOS LOS HOMBRES A LA LIBERTAD RELIGIOSA.

Nosotros replicamos:

LOS HOMBRES CATOLICOS NIEGAN EL DERECHO A PROCLAMAR QUE PUEDAN EXISTIR LIBRES Y COMPETITIVAS MILES DE RELIGIONES Y DE IGLESIAS JUNTO A LA UNICA VERDADERA.

¿Qué Pasa?, sus colaborador

Carta abierta al Reverendísimo don Casius M. Jus

Reverendísimo padre abad: En la homilía de la misa conventual de las once de la mañana del domingo día 8 de octubre de 1967, celebrada en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, un benedictino se despachaba en estos términos:

«Los que leen ¿QUE PASA? y colaboran con tal semanario se colocan ante un caso de conciencia...» Luego, a través de un corto, pero rebuscado, circunloquio, vino a decir en sustancia que hasta podía ser grave... (era notoria la intención de acomplejar a los fieles) y que los redactores eran poco menos que unos herejes —¿o entendí mal?—, pero lo que sí quedaron bien grabadas en mí fueron sus últimas palabras: **«... y no son cristianos, ya que se hallan fuera de la línea del «Concilio».** Y estas mismas palabras, corregidas y aumentadas, me fueron confirmadas, luego, en un confesonario del propio Monasterio. No cabía duda: la Orden Benedictina, usando (o abusando) de su sagrado ministerio, me colocó ante un caso de conciencia: yo, lector asiduo de ¿QUE PASA?, como de otras publicaciones, no soy cristiano y me hallo fuera de la LINEA CONCILIAR.

La misión de un sacerdote (y de un abad) es enseñar lo que Cristo realmente enseñó, sin adulteraciones, que en esto está la herejía, y, en consecuencia, resolver dudas y casos de conciencia como el que ustedes acaban de plantearme. En conciencia, tienen la obligación moral de explicarme en qué consiste eso de la «línea conciliar» y responder a las preguntas que voy a formularles y que me he hecho a través de lo que veo, oigo y palpo.

¿Qué debo entender por «línea conciliar»: arrancar despiadadamente la fe del pueblo sencillo y fiel en el Cristo Histórico de Belén, de Caná, del Sermón del monte, del Cenáculo, de Getsemaní, del Calvario, que está realmente presente en su Carne y en su Sangre en el Santísimo Sacramento del Altar... y enseñar ese falso Cristo universal, vaporoso, vago, etéreo, ese cristo-cósmico de Teilhard de Chardin, el profeta del Anticristo, cuya síntesis de sus obras se reduce tan sólo a haber traducido a léxico seudocientífico y altisonante las ideas rosicrucianas del siglo pasado para ser inoculadas como «virus maligno» en el seno de la una, santa, católica y apostólica Iglesia de Cristo?

¿Qué debo entender, reverendísimo padre abad de Montserrat, por «línea conciliar»; hacer que la Iglesia tenga comercio con la CABRA (masónica) y con el CERDO (comunista) y que del contubernio (que en Teología Moral se llama «bestialidad») surja el espiroqueta-pálido del «progresismo»? ¿O tal vez laborar por ese ecumenismo mundial, o federación de Iglesias, concebido por el H. Saint-Yves d'Alveydre, en el que serían tratadas por un igual todas las sectas existentes en el mundo (con cambio a la par), pero... la única que no tendría lugar sería precisamente la verdadera Iglesia de Cristo a la que se trata de ahogar por asfixia?

¿O será tal vez «línea conciliar» mantener y publicar revistas de rico formato con espíritu seudo-católico en las que, con eufemismo diabólico y bajo la capa del arte, no se recatan de publicar pornografía y obscenidad, sostenidas no pocas de ellas por ayudas sectarias procedentes de Francia, **ALEMANIA**, Inglaterra, Estados Unidos... y también por alguna subvención recibida de Varsovia y hasta de Moscú, al objeto de hacer un «lavado de cerebro» a la gente sencilla, devota y fiel, descristianizar al pueblo y desacralizar a la Iglesia?

¿Qué debo entender por «línea» conciliar: COLAR MOSQUITOS en Garabandal, retardando la dedicatoria de una basílica a Nuestra Señora del Carmen e impidiendo florezca y se propague la fe y la verdadera devoción a la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia y **REINA** y Señora de todo lo creado, y la piedad; PERO TRAGARSE CAMELLOS y... no tener, en cambio, la virilidad y valentía de escribir una Pastoral contra el bikini y la minifalda, que no es más que un escupir a la cara de Dios; contra el homosexualismo, la píldora anticonceptiva y contra esa ola de pornografía e impiedad que está asolando al mundo, a los propios seminarios católicos y... hasta se ha infiltrado dentro de prestigiosas ordenes religiosas?

¿Debo entender, reverendísimo padre abad de Montserrat, por «línea conciliar» la manifestación del 11 de mayo de 1966, verdadera payasada organizada por el Movimiento Pax y por «grupos de presión», enemigos seculares de la Santa Iglesia Católica, para desprestigiar el régimen y convertir España en una nueva Cuba de Fidel Castro, en la cual manifestación un grupito formado por unos 65 curas-progresistas y unos 30 comunistas y masones, disfrazados de cura, invitaban al motín y a la sedición, en la que quedó bien patente a los ojos del mundo que el cura-progresista no es más que un activista revolucionario?

¿Es acaso «línea conciliar» hacer un cerco de hierro en torno a un señor obispo (¡o arzobispo!) para estropear lo que aún está sano, sometiéndole a «grupos de presión» y haciéndole un continuo «chantaje» al objeto de que se tome todo, o por lo menos parte, de su ministerio pastoral como juego de «dominó» en el que se puede decir tranquilamente: «paso»? Y ¿no estaría formado el «cerco de hierro» por un triángulo en cuyos vértices se hallarían un provincial, un abad y un cura ambicioso por ser obispo y, al ver que fallaba el juego, hubo por reacción la rabieta y la ley del pataleo? Fe de erratas: donde decía: «Volem bisbes catalans» debió decir: «volem bisbes progressistes» para entregar la Archidiócesis a las fuerzas del mal. ¡Y menos cuento, señores! ¿De acuerdo, padre abad?

Si no tiene importancia el comulgar de pie o de rodillas (opinión que no comparte ni la misma «Pasionaria»), ¿es «línea conciliar» abusar del sagrado ministerio, dando la comunión a los que se ponen de pie y negándola a los que más cristiana, digna y devotamente se postran de rodillas, como ocurre, entre otras varias, en las iglesias del Sagrado Corazón de Jesús de la calle de Caspe y de la calle Balmes, junto a Rosellón, ambas de los reverendos padres jesuitas; en San Felipe Neri y en la propia Basílica de Nuestra Señora de Montserrat? ¿Se hace esto en nombre de la libertad religiosa? ¡Dios nos libre de una dictadura democrática! Dios nos libre de esa «democracia cristiana...» que los que dan consignas a los «progresistas» quieren implantar a toda costa para ahogar, no importa el camino ni los medios, a toda publicación de carácter religioso que no responda a los fines de la «sinarquía»! Y éstos son los medios: el oro que todo lo corrompe y compra los medios de difusión (en el caso Garabandal tenemos un ejemplo patente), la adulteración y el engaño, la difamación y la calumnia, el desprestigio organizado, la destitución, el pacto del hambre, la zancadilla, tal como reza en el libro de proverbios: «Armemos lazos al justo...», la persecución implacable y... el asesinato. «NO QUEREMOS HACER MARTIRES, SINO LAVADOS DE CEREBRO Y APOSTATAS» —dicen los jefes de la «Sinarquía»—, pero cuando no logran hacer apóstatas hacen mártires fríamente, satánicamente... sin piedad.

¿Qué debo entender por «línea conciliar»: renegar de la santa sotana y del santo bonete (y del santo bonete! ¡Y DEL SANTO BONETE!, padre abad) que simbolizan la túnica del Señor y su corona de Espinas con la que expió el pecado de orgullo y «autosuficiencia» de los judas de la segunda mitad del siglo XX, y disfrazarse con el cursi «clergyman» como payasos del que se ríen las chicas no menos que los obreros y... también los comunistas y masones, si bien éstos callan y se frotan las manos porque saben que, a la corta o a la larga, es una puñalada dirigida en el corazón del sacramento de la penitencia?

¿Es «línea conciliar» destruir obras e instituciones sólidas y de auténtica tradición católica para convertirlas, insensible pero implacablemente, en centros de racionalismo, comenzando por destituir a eficientes, santos y sabios directores, devotos verdaderos de Madre María, y sustituirlos por botarates sin edad y formación suficientes, sin las dotes necesarias que entienden que **hacer el hombre** consiste tan sólo en no creer en milagros y cerrar los ojos a los verdaderos carismas, y en una plática ya no se recatan de desprestigiar al sacramento de la penitencia diciendo que «los confesores han llegado a la conclusión de que el 25 por 100 o más de las personas que se acercan a un confesonario están completamente locos»? ¡Vivan la psiquiatría y el psicoanálisis! Creo que sobran comentarios, padre abad.

Y así podría seguir preguntando una semana entera, pues lo escrito es tan sólo a guisa de prólogo; quedará tiempo: pisotear rosarios y hacerlos añicos; desmantelar iglesias con infernal furia iconoclasta, igual que hizo la «canalla marxista»; cometer robos sacrílegos como la Santa Imagen de la Virgen de Nuria, haciéndose cómplice de la «canalla progresista» a la que se oculta criminal y cobardemente (el día menos pensado también volará la imagen de «La Moreneta», y si no, ¡al tiempo!); arrancar de la santa Basílica la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, como ordenó el paranoico abad Escarré; decir en plena misa de un domingo que «lo que hoy hace Roma es un continuo rectificar de sus errores pasados»; decir un párroco en una reunión de feligreses que «el mal de España consiste en no haber tenido cincuenta años de República en lugar de los siete que tuvo»; decir que «la Eucaristía es un símbolo» (igual que dijo Calvino); introducir la «misa ye-yé», que no es otra cosa que una burla soez y sacrílega en la que de nuevo se vuelve a coronar de espinas al Señor con música de fondo formada por los ruidos gangosos y aguardentosos de la guitarra electrónica, instrumento de gamberros; educar a los feligreses en el sentido de que los milagros (¡y del Evangelio!) o son un fraude (hipótesis del H. Renán) o son símbolo (hipótesis del jefe del racionalismo, Adolfo von Harnack)..., etc., etc., etc. ¿Es esto «línea conciliar»? ¿De qué Concilio? ¿Del Vaticano II? ¡Ah, no; del Vaticano II, no! ¿De qué Concilio?, sigo preguntando. Se lo vamos a decir muy alto y muy claro a España entera:

De ese «concilio» celebrado en las caliginosas y satánicas mansiones del Kremlin de Moscú, y en las tenebrosas y luciferinas mansiones de la Kábala y del Gran Oriente de Francia, en las altas masonerías de Inglaterra y en el gran Kaal de New York; en ese «concilio» que empezó ya en la segunda mitad del siglo pasado y tuvo a fines del mismo una síntesis teórica en el diabólico-iluminado Saint Yves (auténtica fuente maestra de Teilhard de Chardin) y tuvo una síntesis práctica, en conclusiones y consignas, en la ciudad de los rascacielos (octubre de 1918), por ese plan diabólico preparado desde muchísimos años para que Lucifer, tridente en mano, pudiera introducirse en el seno de la Iglesia de Cristo y hacer morir de asfixia su Cuerpo Místico como de asfixia murió su Fundador clavado en una Cruz por las fuerzas del mal; de ese «concilio» que ya denunciaron Papas tan grandes como León XIII y San Pío X, Pío XI, Pío XII y que costó un cáncer a Juan XXIII cuando ¡al fin! se dio cuenta del complot que le habían urdido (lean, por favor, las encíclicas «Humanus Genus» y, sobre todo, la «Pascendi», **que se hace desaparecer de las librerías**, y en la que se ve el espíritu profético de aquel Papa san-

...es y lectores no son cristianos

...t, Abad benedictino del Monasterio de Montserrat

to; de ese «concilio» cuyas consignas son cumplidas al detalle por la SECTA-PROGRESISTA que tiene por patrono a Judas Iscariote y opera dentro de los mismos templos católicos; secta cuyos componentes, endurecidos, no creen en la Sagrada Eucaristía, como tampoco creía el apóstol renegado y réprobo, que huyen de Madre María, a la que tratan de abofetear, como incluseros y amargados (¡oh, monstruosidad infrahumana que será terriblemente castigada antes de fenecer el presente milenio!), y que son traidores a la Cátedra de Pedro, y en el nuevo Getsemaní de la segunda mitad del siglo XX entregan de nuevo a Cristo atado, en su Cuerpo Místico, con un beso falso a las fuerzas del mal (sionismo, masonerías, sectas protestantes, comunismo...) que, desde el Infierno, tienen en «jaque continuo» al Vicario de Cristo en la tierra con el «chantaje» y la amenaza de la revolución en marcha, de la anarquía reinante y provocada y del espectro pavoroso del CISMA (esto explica tanta tolerancia y claudicación) ..., mientras el Papa Pablo VI, visiblemente enfermo, lleva la Cruz por el camino del Calvario, sobre la cual se sientan los «progresistas» para hacérsela más pesada...

Es por esto por lo que leo ¿QUE PASA?, padre Abad, y lo hago porque lo reputo un deber de conciencia, pues es de las publicaciones religiosas más DECENTES que hay en España, que no tiene que obedecer, como otras, a la voz de su amo, que se esconde en un antro tenebroso allende las fronteras. Ellos defienden al verdadero cristianismo con aquel ardor y amor que hacían exclamar a Tomás: «subamos a Jerusalén y muramos con El», y a la una, santa, católica y apostólica Iglesia de Cristo en medio del confusionismo reinante y de tantos lobos rapaces vestidos con piel de oveja. Son ellos, Padre Abad, los que están dentro de la AUTENTICA LINEA CONCILIAR del Vaticano II frente a la ANTIIGLESIA, masónica-comunista, de la secta-progresista. Ellos luchan como pueden y como saben por el Divino Niño de Belén en el que se cerró el ciclo de la Creación; ellos enseñan su doctrina sin deformarla, poniendo las verdades al descubierto, señalando la carroña, levantando piedras donde anidan y se esconden los alacranes. Un día esos valientes muchachos ofrecieron su vida por Dios y por España y... para que la Compañía de Jesús y la gloriosa Orden Benedictina pudieran volver a nuestra Patria; pero... el infierno está lleno de ingratitud, de odio y de espíritu revanchista. ¡Con cuánta razón dijo el gran Sertillanges que «la obra maestra de Lucifer es haber convencido a los hombres de que el diablo no existe»!

Termino: Dice el Rvdo. P. Abad, que «si bien «Serra d'or», portador del espíritu de la abadía, no habla explícitamente de la Virgen es porque cada benedictino la lleva en el «corazón». Pero esa falacia se me antoja trasnochada frente a la verdad que enseñó Jesucristo cuando dijo: «DE LA ABUNDANCIA DEL CORAZON HABLA LA BOCA.» Pues bien, si según su propia confesión, esa revista no habla de la Virgen explícitamente (mejor se la arrincona al cuarto de los trastos viejos o inservibles) y, por contra, tiene el tupé (iba a escribir el cinismo) de publicar estampas pornográficas (sin eufemismos Dom Mauro M. Boix, que ya somos mayorcitos y estamos de vuelta) y hacer apologías del impúdico Teilhard de Chardin, profeta del Anticristo, dígame en buena lógica ¿qué hay en el corazón de esa comunidad benedictina?

Vuestra Reverencia tiene la palabra.

Respetuosamente, **PABLO MARIA DE LA PORCION.**

Barcelona, octubre de 1967.

DEL ATEISMO A LA SANTIFICACION

Sólo por haber encontrado a Cristo en unos ejercicios espirituales

Cuando tenía ocho años iba a trabajar al campo con una cuadrilla de hombres, a quienes servía de mandadero o **motril** que vulgarmente les llaman. A las horas de comer todos lo hacíamos; ellos solos hablaban; por algo eran mayores. Mis oídos percibían lo que aquellos hombres, sin ningún recato de mi inocente presencia, vociferaban. Todos eran analfabetos, pero no todos eran tontos. Uno de ellos, creo que el mayor, llevaba la voz cantante. Yo entonces estaba muy lejos de poderlos comprender. Es ahora cuando descubre en cada uno lo que en su interior había o no había. Fondo de la conversación: despellejar todo lo constituido, especialmente la religión, hasta el extremo de atreverse a asegurar que la existencia de Dios era un cuento que los curas habían inventado para vivir opíparamente. El daño que me hicieron Dios y yo lo sabemos. ¡Cuántas veces, en mi pecadora vida, había de repetir, como decían aquellos infelices de mi pueblo: **¡eso de Dios es un mito!** Y esta gran majadería la fui repitiendo muchas veces en mi pobre y equivocada vida, hasta que por otros hombres, especialmente por uno, practiqué los ejercicios espirituales en Pozuelo de Alarcón, con los padres cooperadores. Allí, y sólo allí, encontré el verdadero camino, hasta el extremo de salir tan cambiado que ni yo mismo me conocía: henchido de amor a Dios, y en cuanto al prójimo no digamos; daría un millón de vidas, si las tuviera, por hacer un bien a cualquiera que lo necesitara. Los que iniciaron en mí, cuando niño, el ateísmo, el odio, la envidia y el egoísmo fueron a lo largo de su vida unos malos ciudadanos, demostrándolo en la primera ocasión que tuvieron, como milicianos, no dedicándose ciertamente a las obras de misericorida, sino a saciar los más bestiales instintos de las fieras.

Con las «enseñanzas» que adquirí en la infancia viví muchos años condenado. Luego... ¿qué pasó? Un compañero, con su buen ejemplo, me conquistó para unos ejercicios espirituales. Gracias a ellos, volvió a mi espíritu la más agradable y sublime paz. Es posible que este modesto trabajo les parecerá poco a tono con la enjundia literaria de los maestros, pero no olvidemos que Dios eligió a los pequeños para confundir a los grandes... ¡Qué empacho de demagogia tienen las personas importantes! Veinticinco años de total entrega a la visita de pobres y enfermos ofrecen materia y ocasiones para comprobar quiénes son los buenos, si los que dan su media capa al pobre, o los que se la quedan entera para tapar sus pasiones, lacras y vicios.

Apoyado en mi garrota de pastor, veo con calma y serenidad cómo salen del aprisco las malintencionadas ovejas (que también las hay) para comerse las plantas que el pobre labrador, con su honrado trabajo, cultiva, pero ocurre que el ladrón, a la larga, suele pagar sus malandanzas; así la oveja maliciosa y egoísta cae en las garras del lobo que sagaz y astuto está acechándola.

TEODORO DELGADO

A. M. D. G. en los Jesuitas de Serrano

Por RAFAEL GAMBRA

El pasado domingo día 15 de octubre, en la misa de doce, celebrada en la iglesia (hoy parroquia) de los PP. Jesuitas sita en Serrano, esquina a Maldonado, el celebrante advirtió que los fieles podrían comulgar de pie **por concesión** especial del señor Arzobispo.

Un joven de diecinueve años se acercó al comulgatorio y se arrodilló. El celebrante le ordenó que se levantase. **«Padre** —respondió el muchacho—, **yo comulgo siempre de rodillas.»** Y EL SACERDOTE LE DEJO DE LADO SIN DARLE LA COMUNION.

Después de observar la forma indecorosa en que se acercan a comulgar—y comulgan—muchos hombres y mujeres, la consecuencia ineludible del hecho inverosímil, pero real, que acabamos de relatar es la siguiente: hoy en día las actitudes externas carecen de importancia y no justifican que a nadie se llame la atención ni menos que se le haga la afrenta pública de negarle la comunión..., salvo cuando esas actitudes son de respeto. Hay que admitir las costumbres de todos los pueblos y las ceremonias de todas las religiones con espíritu ecuménico y de caridad... **salvo las nuestras.** Escandalizarse de ver a un cristiano mascar chicle en la iglesia o de que una mujer comulgue con pantalones cortos, o de que un hombre exhiba el vello de su pecho a través de una camisa abierta, es dar pruebas de estrechez mental: tal vez sean americanos o zeelandeses, y, en todo caso, cada uno honra a Dios a su manera.

Pero si un español, en un templo de la capital de España, **renuncia a una concesión** para recibir de rodillas el Cuerpo de Cristo, **según la costumbre ancestral de nuestro propio pueblo y de nuestra propia religión...,** ¡ah, no! ¡Eso sí que no! Semejante insolencia despierta la Santa Ira del sacerdote y le obliga a suspender por un momento su ecuménica tolerancia para excomulgar **in situ** al culpable.

Y todo ello, sin duda, A.M.D.G... Lo cual, por si alguien lo ha olvidado ya, es el lema de la Compañía de Jesús y significa: **«Ad Maiorem Dei Gloriam.»** Lo que, traducido a la lengua «vernácula» de los Reformistas quiere decir: **A la mayor gloria de Dios.**

¡Pobre Pérez de Ayala! ¡Tan ingenuo!

DESDE FRANCIA

El año de la verdadera Fe tendrá que ser el de la contra-reforma

Por A. ROIG

El Ano de la Fe sigue transcurriendo sin que el contenido de las publicaciones tituladas católicas nos aclare debidamente en su contenido «doctrinal» y «eclesial» a qué fe se refieren. Se hacen necesarias las debidas precisiones a nivel jerárquico, porque el contenido objetivo de la fe es considerado discutible entre los miembros más responsables de la Iglesia.

● Se nos había enseñado en los años de nuestra infancia que la fe es la virtud sobrenatural por la que —en comunión con la Santísima Trinidad— creemos en las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia. Recibimos el precioso don de la fe con el bautismo.

● Pero ahora se propaga con machacona insistencia y resonancia que la fe es, según los casos, un entusiasmo colectivo y «crecimiento» en duda permanente, pues se basa en la permanente «adaptación» a cada época del mundo.

● Por nuestra fe testificada en la fidelidad a la doctrina y las obras tenemos la seguridad sobrenatural de nuestra salvación eterna por los infinitos méritos de la Redención de Jesucristo.

● Pero no podemos compartir el optimismo «ingenuo», prácticamente diabólico, fundamentado en la confianza en el hombre como si no existiesen ni el pecado original ni los pecados personales.

● Nuestra fe católica nos afirma en reconocer en los sacramentos una acción real y objetiva del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sobre nosotros.

● Por eso repudiamos esta fe tan extendida que hace de la liturgia (actual) un **miting** del «Pueblo de Dios» reunido en «Asamblea». No queremos ni su «penitencia» comunitaria ni la «Eucaristía» reducida a una simple fracción del pan como signo de fraternidad.

● Tenemos fe en las Sagradas Escrituras —la Santa Biblia—, porque son la Palabra de Dios que se hizo hombre para redimirnos; son Palabra viva de Jesús.

● Pero repudiamos la idolatría en la palabra escrita y sin vida que se transmiten aquellos que no creen ni en la presencia ni en la acción de Jesús vivo y operante en los Sacramentos.

● Por nuestra fe católica amamos como a hermanos y hermanas a aquellos que están en comunión con su doctrina y consiguientes obras, y nos hace reconocer en la Iglesia Católica como a la gran familia de los hijos de Dios sobre la tierra.

● Pero recusamos la fe fundada en una fraternidad ideal y una solidaridad moral fundamentada solamente sobre bases estrictamente humanas, como si fuese posible una fraternidad verdadera entre los hombres sin una fraternidad de Dios.

● La fe católica nos dicta el deber y nos impulsa a ejercer el apostolado para comunicar a todos los hombres tan inmenso tesoro revelado a cada uno de nosotros por la infinita bondad de Dios.

● Pero consideramos es una caricatura de la fe el transformar dicho apostolado en un filantropismo cuyos objetivos son solamente terrenos y en no pocos casos verdaderos cauces de transmisión de un socialismo marxista.

Parece como si se estuviese instalando un jacobinismo circunstancialmente triunfante que además de manifestar su naturaleza antisocial, con su habilidad en destruir, nos demuestra su impotencia constructiva.

El desbarajuste es general. Y con el nombre de «aggiornamento» prosigue el desmantelamiento metódico, entrando en las convulsiones morales —obra de la dictadura progresista— del terror. No hemos entrado aún en la reacción thermidoriana. Pero el hastío y reacción universal contra esta dictadura y esta anarquía vendrá por sus pasos. Y será restaurado el esplendor de la Iglesia Católica en toda su pureza doctrinal.

El cronista no se explica cómo en el Año de la Fe ha sido posible la supresión del juramento antimodernista prescrito en 1910 por un «Motu proprio» de San Pío X.

Igual suerte ha tenido LA PROFESION DE FE DEL CONCILIO DE TRENTO. La causa de ello radica en que la fórmula de San Pío X cerraba el paso al modernismo, y la de Pío IV obstaculizaba —impedía, en conciencia— toda infiltración protestante en la Iglesia.

La nueva fórmula de juramento, tal como la conocemos en Francia, tiene toda la apariencia de ser la profesión de una nueva fe de la «Iglesia posconciliar». Es una breve declaración general, sin minuciosas ni meticulosas puntualizaciones, de fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia, sin detallar cuáles son éstas. De lo que resulta que, excepto los dogmas más fundamentales, sólo se pide al que presta el juramento, que crea en todo momento lo que en cada época, y siguiendo los signos de los tiempos, se quiera hacerle creer. Así la fe de cierto «magisterio» podrá evolucianar con el sentido de la historia, las peticiones del mundo y las «exigencias pastorales». Sin suscribir en el futuro el juramento a una doctrina intangible, detallada, inmutablemente verdadera y sagrada, clérigos, religiosos y fieles no tendrán que cometer perjurio en lo sucesivo para seguir las «evoluciones» de sus jerarcas.

La «profesión de fe» que hacen los progresistas de la Iglesia Reformada Conciliar Vaticano II ha renunciado a proclamar el error del protestantismo y del modernismo. Algo semejante vino a decir el cardenal Bea al obispo anglicano Robinson: **«La contra-reforma ha concluido.»**

Porque el nuevo juramento, aparentemente, puede ser entendido con sentido católico. Pero en este Año de la Fe, y por consiguiente de **puntualizaciones doctrinales**, cuando vivimos una época de protestantización masiva y de infiltración del modernismo y progresismo más virulentos en el seno de la Iglesia Católica, la supresión de la específica defensa contra estos graves peligros equivale prácticamente a una autorización disfrazada. Así piensan los seguidores del «catéchisme des Temps nouveaux» en su adaptación al «espíritu conciliar» y sus fantasías y novedades. Estemos alerta, pues conviene que no nos engañemos. En nombre del «renouvellement de l'Eglise», se tiende la mano y da entrada a los herejes, cismáticos, apóstatas y excomulgados de ayer. Pero también —tal como leemos los textos en Francia— es la excomunión silenciosa y vergonzosa de los católicos intransigentes.

Así es posible que Mgr. Pellegrino, nombrado arzobispo de Turín en septiembre de 1965, y elevado al cardenalato el pasado mes de mayo, nos haya dicho el 24 de agosto de este Año de la Fe —a través de unas declaraciones hechas al periodista danés M. Rudbeck— descarnadamente que «el Concilio **exige** un profundo **cambio de mentalidad**», que «debemos hacer un esfuerzo de **apertura**, pues el Concilio, además de exigir un cambio de mentalidad, hace extensiva la necesidad del cambio de las costumbres y de las estructuras».

Con esta «nueva mentalidad», y a muchos kilómetros de Roma, en medio de un silencio angustioso por parte de quienes deben hablar, se nos presenta al Sínodo Episcopal —novísima creación— como la ocasión de presentar un programa de las reivindicaciones de los «**delegados sindicales**» (perdón, quería decir sinodales) a Roma, utilizando éstos los organismos posconciliares interdiocesanos y continentales como plataformas orientadas hacia la conquista del poder y de la revolución permanente

La liturgia ha sido la primera materia a «renovar». ¿Era tan urgente y necesario?

Pero cuando el mundo necesita más oración se nos informa que el rezo del Breviario («L'Office reformé» es el título familiar más reciente) es abreviado hasta el rezo de los 150 salmos en un mes, cuando hasta hace poco era rezado en una semana. ¿Responde semejante decisión al espíritu del Año de la Fe?

Entre tanto, y en nombre del «sinodalismo» (superador del «conciliarismo»), ya apuntan las siguientes maniobras:

● a) Compartir los obispos con el Papa —sustituyendo a la curia— el supremo poder legislativo. Para ello se intentará la separación del «poder legislativo» del «poder ejecutivo» en la Iglesia. La curia ha de tener funciones «estrictamente administrativas» y en el desempeño de las mismas será «ejecutiva».

En suma, el intento de que una Cámara de Diputados Episcopales ¡gobierne con el Papa!

● b) Transferir todo el poder legislativo efectivo a las Conferencias Episcopales.

● c) Acaparar, en detrimento de la Curia Romana, todo el poder judicial. Se llega a sugerir el nombramiento de «personnel judiciaire intelligent» a escala regional, ¡que pueda dispensar de todo recurso a Roma!

● d) Una vez cumplidos estos objetivos, es sencillísimo «ouvrir la porte a la democratisation de l'Eglise». Lo traduzco literalmente para que no crea el sufrido lector que hay algún malentendido por parte del cronista.

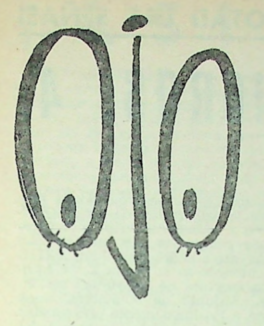
A partir de tal situación, pocas cosas quedarían estables en la Iglesia si los propósitos del progresismo tuviesen efectividad en el gobierno de la misma.

Según la mayoría de las publicaciones «católicas» del país, éstas son las reivindicaciones de la mayoría de los obispos franceses a presentar en los Estados Generales de septiembre de 1967, como si el Sínodo fuese uno más de los que ha vivido la historia.

Los lectores me preguntarán quizá el porqué de tanta agitación. Sencillamente, por «espíritu renovador». Se ha prometido tanto, ha alzado tan alto el vuelo de las fantasías, que conviene que con los continuos cambios pueda darse una externa apariencia de renovada vitalidad. Porque la realidad, desgraciadamente, es distinta.

¿Por qué estas prisas en la toma del poder? A ello contestaré que por temor del progresismo a la contrarreforma que ha de venir necesariamente. Son horas muy graves las que se avecinan y conviene que nuestro espíritu no desfallezca.

Toulouse, octubre de 1967.



Carta abierta a doña PALMIRA BELTRAN

Mi respetable señora o señorita:

Manchego de corazón, aunque no de nacimiento, y como cumple a esta condición, caballeroso para con las damas al mismo tiempo que amigo de «desfacer entuertos», me propongo por esta carta tranquilizar su espíritu, por una parte, que adivino harto turbado, y dejar en el buen lugar que le corresponde a un ofendido que por razón de su alto cargo se ve privado (aunque parezca paradoja) de la posibilidad de defenderse.

Se duele usted amargamente, señora o señorita mía, de que con motivo de la XVI Convención de la Iglesia Bautista Española, celebrada en Albacete, haya hablado la prensa del mensaje de buena voluntad que les ha dirigido a los convenidos el Excelentísimo Señor Gobernador Civil de la provincia.

En Albacete, señora o señorita, hay protestantes, siquiera sean unos pocos, a lo mejor hasta un centenar o más. (No puedo darle cifras precisas, pues nunca he asistido a sus convenciones.)

No me cabe el honor de conocer a fondo al profesor Cruz Hernández, gobernador de Albacete, pero sí un poco y a través de la opinión que de su acendrado catolicismo tengo, sospecho que, como usted, señora o señorita, o como al director de ¿QUE PASA? o a mí mismo, no le gusta que el hecho anteriormente citado sea cierto; porque los católicos queremos para todos nuestros hermanos —dejando a un lado las separaciones— todo lo mejor, y sabemos que en el Error (así, con mayúscula) no está lo mejor. Pero, señora o señorita mía, el profesor Cruz Hernández es gobernador de un trozo de este Reino Católico, que, según parece desprenderse de los últimos acontecimientos, es también democrático. Ahora, que vamos a estrenar cien procuradores en Cortes elegidos por sufragio inorgánico poco más o menos, no se puede seguir pensando como lo hacía aquel inolvidable pero deteriorado marqués de Valdegamas que gritaba «Mentira la democracia, etc.», o como aquel protomártir de don Víctor Pradera que decía «Sufragio universal, disparate universal» o una cosa así.

En las democracias, señora o señorita, si mi información no es demasiado deficiente, el César es la multitud. Y el gobernador estará obligado a dar al César lo que es del César, según nos recuerda el Evangelio de esta Dominica.

Pero para su consuelo y para el mío, señora o señorita doña María Palmira, le contaré que el día 12 de este mes, fiesta de la Virgen del Pilar y de la Raza Hispana, un grupo de héroes se reunían también en Albacete para festejar a la Virgen, para rezar por sus muertos y para rendirles un encendido y emocionado homenaje: eran los ex combatientes de la gloriosa División Azul, invitado de los cuales me cupo el gozo de ser.

Y en la misa, y en los rezos, y en el homenaje, presidió, junto al héroe máximo de la última gran gesta del occidente cristiano contra el oriente satánico, Otto Skorzeny, un representante del señor gobernador.

Vaya lo uno por lo otro, ¿no le parece?, y dejemos a quienes nos son superiores en saber o autoridad hacer su deber, que nosotros en nuestra humildad no pocas veces desconocemos.

Suframos, señora o señorita, cada cual lo que nos toque, como el profesor Cruz Hernández o yo (supongo que a él también le llegará) la propaganda clandestina contra nuestra fe; otros señores, la presencia de los héroes en Albacete; y usted, las noticias tendenciosas de la prensa.

Sólo me resta decirle que no le escribe un «estómago agradecido» ni un mendigo que espera serlo: ni siquiera he sido recibido nunca en audiencia por mi gobernador, aun cuando por motivos oficiales se la he pedido. No le debo, pues, nada, pero sí a la Justicia.

Y pedirle perdón si en mi rudeza manchega no he sabido expresarle bien los buenos deseos de mi corazón.

FRANCISCO DE ASIS PATIÑO VALERO

QUE NO SUENA... QUE NO SUENA...

Antes se decía: **Ha colgado los hábitos... Ha colgado la sotana...**

Ahora habría que decir: **«Ha colgado el «clergyman»... ha colgado el alzacuello...**

Que no suena... que no suena...

Antes los padres espirituales solían decir: **«Tenéis que tener gran aprecio de vuestra vocación... Yo no cambio la sotana por nada del mundo...**

Ahora tendrán que decir: **Yo no cambio el clergyman (o el alzacuello) por nada del mundo...**

O tengo mal oído o... **que no suena... que no suena...**

J. A. O.

DIALOGO SACERDOTAL

Cosme: Nos vamos a tener que convencer que el Astete resulta ya en algunos casos una... «antigualla».

¡Mira que contar entre los enemigos del alma **al mundo!**

¿No dice el Concilio que tenemos que ir al mundo; ser **hombres del mundo; consagrar el mundo?...**

Juan: Pues yo leo, más que los del Concilio, los escritos de mi Patrono San Juan Evangelista y el Santo, que está **inspirado**, dice: **«No améis al mundo ni las cosas del mundo. Si alguien ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo —la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y jactancia de lo material— no procede del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y con él su concupiscencia; pero el que cumple la voluntad de Dios permanece para siempre** (1, Jn., 2, 15-17).

Cosme: ¡Mira éste!... También dice —si mal no recuerdo— ese Evangelista que **«si» alguno viene a vosotros y no trae esa doctrina** (la católica, por supuesto) **no le recibáis en casa ni le saludéis siquiera; que el que le saluda entra en comunión con sus obras.**

Eso está ya «desfasado». El Concilio dice que haya diálogo. ¿Te enteras?: diálogo. Y ahora no se les recibe sólo en casa. Tú sabes que se les recibe en las iglesias. ¡Para que te empapes!

Juan: Pues yo creo que el Espíritu Santo no puede estar **nunca** «desfasado», como tú dices. Pues debes saber que San Juan hablaba **inspirado por el Espíritu Santo.** ¡Para que lo tengas en cuenta! Y eso **de las Iglesias... será para rezar.**

Cosme: Bueno, Pablo, y a ti, ¿qué te parece?

Pablo: A mí... a mí... que, si se trata del Concilio, a lo mejor tiene razón Cosme; pero si se trata de la S. Escritura, creo que Juan.

Bueno: Como no he estudiado mucho la cuestión... no quiero que mis palabras produzcan «impacto».

Mira... Ahí está Plácido. Ese suele estar «a la última» en todo...

Plácido, ¿quién te parece que lleva razón, Cosme o Juan?

Plácido: A primera vista parece que tiene razón Juan. Pero... es que Cosme no se ha dado cuenta de decir a Juan que la Sagrada Escritura tiene que ser interpretada **«según los tiempos».**

¿No ves cómo se interpreta ahora aquello de San Pablo de que **la mujer lleve velo en las iglesias?**

Pablo: ¿Has visto lo que dice de eso el ¿QUE PASA? en su sección «¡Ojo!»?

Plácido: Yo no leo nada de eso. Eso es... **La Bula de Cruzada**, que no saben que está ya «abolida». Lo que te digo es que, aunque Pablo dijese a las fieles de Roma que **llevasen mantilla** y Juan a las **siete iglesias que no recibiesen a los «separados»...** sería para aquellas iglesias y para entonces.

Juan: ¡Anda! ¡Si San Pablo se lo dijo a las de la iglesia de Corinto y San Juan no escribió su II Carta a las Siete Iglesias, que fue el Apocalipsis!

¡Si el autor **principal** de la Sagrada Escritura es Dios... Entonces Jesucristo hablaría para los judíos y para los de entonces!... Para nosotros... ¡nada!

Cosme: Vamos, Pablo. Déjale a Juan con **«sus ideas».** ¡Conque se atreve a corregir hasta a Plácido, que disfruta de beca en el extranjero y pertenece a no sé cuántas Comisiones!

PEDRO PEREZ

REGIMEN DE VIDA EN LAS CARCELES ESPAÑOLAS

En «The People», de Londres, se ha publicado una entrevista con Stuart Christie, el anarquista escocés perdonado por el Caudillo. Vean ustedes lo que dice aquél del régimen penitenciario español.

Stuart Christie, el anarquista que salió libre de una cárcel española hace once días, descansaba en su habitación de un hotel de lujo, en su Escocia natal, la semana pasada. Dando un buen trago a su whisky, dijo:

«Esto me hace recordar los felices días pasados en la cárcel; sólo que mi celda era un poco mayor.»

Seguidamente procedió a narrarme el siguiente relato de su asombrosa vida como huésped indeseable del General Franco.

«Es difícil imaginar hoy el terror que me inundó el corazón aquella calurosa tarde de agosto madrileño en que me detuvo la Policía Secreta española por mi participación en un complot para asesinar al General Franco.»

«Creía yo entonces que España era un cruel Estado policíaco, y esperaba firmemente que me ataran de pies y manos y me echaran a pudrirme en una sucia mazmorra.»

«Al fin y al cabo, yo llevaba explosivos de gran potencia, que iban a utilizarse para volar al Jefe del Estado y sabe Dios a cuánta gente más con él.»

PELOTON DE FUSILAMIENTO

«Habría estado perfectamente justificado que los españoles me hubiesen puesto ante un pelotón de fusilamiento. Gracias al cielo no lo hicieron.»

«Habiendo cumplido tres años y veinte días de condena, creo que puedo decir, sin miedo a la contradicción, que para los presos extranjeros no existe mejor lugar donde cumplir una condena de veinte años que en una cárcel española.»

«Pero no vaya a pensar usted que no siento gratitud por los esfuerzos de mi madre, del Foreign Office, de mis abogados y de cuantas personas han hecho gestiones por ponerme pronto en libertad.»

«Quisiera darles las gracias a todos por lo que han hecho y expresar mi agradecimiento a las autoridades españolas por haberme concedido la libertad. Me alegra estar libre. Pues por muy pasable que pueda hacerse la vida en la cárcel, nunca puede compararse con la libertad.»

EL SINODO EPISCOPAL: PELIGROS, 4.

Por AURELIO ROCA

He tenido la suerte de poder hacer coincidir mis vacaciones anuales con la peregrinación parroquial a la Ciudad Eterna. El precio era módico, y mi interés en pulsar muy de cerca el latido vaticano en los actuales momentos me inclinaba a aprovechar tan favorable ocasión. Al fin y al cabo un Sínodo Episcopal era inédito en los cerca de dos mil años de vida de la historia de la Iglesia, y tenía interés en asistir a su alumbramiento.

El viaje era a través de Francia, tanto en la ida como en la vuelta, y ello hacía doblemente interesante la peregrinación, por cuanto nos deteníamos unas horas en Perpignan. Ni que decir tiene que el ambiente de los sectores católicos estaba centrado en el Sínodo Episcopal. Además, mi llegada a Roma coincidía con su apertura, en la que asistían —a excepción de los obispos polacos—135 elegidos por las 95 Asambleas Episcopales de las diferentes naciones; 13 representantes de las Iglesias orientales; 13 cardenales-prefectos de los dicasterios de la Curia; 10 representantes de las Ordenes y Congregaciones religiosas; 25 designados expresamente por el Papa, y finalmente, el secretario general del Sínodo.

Los temas a tratar en esta Asamblea Sinodal de Obispos son de dominio público, lo que me excusa hacer mención de los mismos.

Pero lo que sí es interesante constatar es que he presenciado el descontento de los periodistas y corresponsales de prensa, sus vehementes protestas, por no dárseles entrada en las deliberaciones sinodales, mientras se les facilitaban unas informaciones para la prensa que no daban excesivo pie a malsanas curiosidades ni posibilitaban en demasía el «hinchar el globo» progresista. En el Vaticano había interés en que no se reprodujesen las «fugas» que tuvieron lugar durante las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II. Pero muy pronto cundió en mí el desagrado y el asombro cuando pude comprobar cómo mientras los periodistas protestaban en el Vaticano por no facilitárseles nombres ni otros detalles que a la desinformación internacional interesaban, en el otro extremo de la Via Della Consiliazione —contraviniéndose ostensiblemente los deseos manifiestos de la Santa Sede—, en aquella misma hora, el grupo de dominicos holandeses de la superprogresista «I-DOC», circunstancialmente transformada en **«Centrum Coordinationum Comunicationum Synodi»**, publicaba una amplia referencia de las deliberaciones sinodales, enjuiciadas desde su punto de vista, y con la lista completa de los oradores con mención expresa de las intervenciones de cada uno de ellos. Ello daba la sensación de que dicho centro ultraprogresista estaba mejor informado (y por lo tanto, informaba mejor) que los servicios oficiales.

Se volvía a las andadas, impunemente, repitiéndose por el progresismo dominante las maniobras habidas durante el Concilio, y la influencia extraordinaria que éstas tuvieron.

Inmediatamente me di cuenta de los cuatro peligros existentes **alrededor del Sínodo.** Este es una institución nueva en la Iglesia, creada en unos momentos en que soplan... vientos de fronda episcopaliana, de revisionismo del Derecho Canónico, de introducción de una falsa idea de «representación» en la Iglesia, de intento de limitación del poder del Papa con la participación colegial de los obispos en las tareas del gobierno de la Iglesia «presididos» por el Obispo de Roma... y tantos otros aspectos... de amplia descripción.

Voy a exponer a los lectores de ¿QUE PASA? las deplorables impresiones que en los sectores marginales al Sínodo he podido captar, **no en cuanto a su institución, que es de reciente creación, sino en lo que se refiere a su situación.**

Los cuatro peligros alrededor del Sínodo, y consiguientes impresiones de cada uno de ellos, que he podido compulsar, son los siguientes: **un parasínodo** (sínodo paralelo), **el desbordamiento de su programa inicial, el que sea coartado, el de los votos prefabricados.**

1.º PARASINODO

O sea, un Sínodo paralelo, como hubo un paraconcilio, con sus reuniones marginales, sus «expertos», sus consignas y principalmente su máquina de propaganda: folletos, libros, conferencias «especiales», notas y artículos periodísticos, conferencias de prensa, con sus intentos de influir en las comisiones, y otras muchas maniobras llevadas a cabo por los «cuadros» operativos para «facilitar» y «acelerar» los trabajos. Esta posibilidad no es precisamente imaginaria. Una prueba de la misma la hallamos en «Le Monde» (del 27 septiembre 1967, p. 6, col. 5), que atribuye a monseñor Veuillot la siguiente declaración no desmentida: «El arzobispo de París no ha descartado la posibilidad de que, AL MARGEN DEL SINODO **propiamente dicho**, tengan lugar REUNIONES INTERNACIONALES que permitan a los obispos **TRATAR OTRAS CUESTIONES.**

2.º SU DESBORDAMIENTO

Que el programa del Sínodo sea desbordado no es descartable. Una historia imparcial del Concilio Vaticano II ha de señalar múltiples desbordamientos de su cauce inicial, dándole una orientación radicalmente distinta a la deseada en su principio, comprobable por los siguientes hechos:

a) Las propuestas de todos los obispos del mundo enviadas a la Santa Sede **antes** del Concilio para servir a la preparación de los trabajos y esquemas de la Asamblea por las comisiones **preconciliares,** sirvieron de base para la elaboración de los ESQUEMAS que esas comisiones revisaron y sometieron luego a la aprobación de una «Comisión central» compuesta por un centenar de cardenales y arzobispos, y finalmente a la del Papa Juan XXIII. Estos fueron los esquemas que entonces se enviaron a los futuros padres conciliares, **antes** de la apertura de la primera sesión.

b) Posteriormente, y por un conjunto de maniobras, unos NUEVOS ESQUEMAS sustituyeron a los inicialmente presentados (preparados con la directa colaboración de todos los obispos del mundo) durante las cuatro sesiones del Concilio.

c) Los textos de los discursos que varios centenares de obispos no pudieron pronunciar **en la tribuna** y que fueron remitidos al Secretariado para que sirvan de elemento de juicio para la Historia.

d) Las propuestas de enmienda formuladas por centenares de obispos durante el Concilio, que fueron luego rechazadas por la autoridad de las **nuevas** Comisiones de los «conciliaristas», sin haber sido **expuestas, defendidas, ni votadas una por una en la Asamblea.**

Porque visto desde el ángulo humano el Concilio tal como estaba previsto era muy diferente del Concilio que se celebró durante las cuatro sesiones de su duración.

Esta experiencia puede repetirse.

3.º QUE SEA COARTADO

«Le Monde» del 27 septiembre de 1967 antes citado —y en ninguna ocasión rectificado a nivel jerárquico— a propósito de mis temores con respecto a un PARASINODO, inserta un artículo titulado: **«El cardenal Veuillot ha expuesto el deseo de que los problemas de fondo sean abordados.»** ¿Qué se quiere decir con ello? ¿Qué problemas han de tratarse al margen de los programados especialmente? ¿Cuál es el **«fondo»** que se les quiere descubrir? ¿Acaso, según el no desmentido diario de M. Beuve-Mery, es criterio del arzobispo de París y otros prelados, que el orden del día del Sínodo es incompleto o que su temario no va al verdadero fondo de los problemas a resolver en la Asamblea sinodal?

Con esta táctica, que antes ha pretendido una situación de Concilio permanente, se pretende coartar, desviar de su cauce, al Sínodo tal como fue convocado, sustituyéndolo por una situación de **Sínodo permanente,** que se propone, prácticamente, eclipsar a la Curia —a la que durante el Concilio no se la dejó defenderse—, conseguido lo cual se intentaría convertir al Papa en una especie de monarca merovingio, de acuerdo con el programa establecido. La principal coartada será proponer o decidir el nombramiento de comisiones cuando no interese a la Asamblea Sinodal la directa solución. Tal puede suceder en la cuestión IV, la cuestión doctrinal, que según el programa inicial ha de tratar EN EL SINODO de las **desviaciones** o **errores** teológicas EN EL INTERIOR DE LA IGLESIA. A esta depuración **doméstica,** la única a la que está prometida la asistencia del Espíritu de Pentecostés, no es necesario que se la sustituya por cierta sedicente «problemática» sobre el ateísmo contemporáneo (que se confunde con el materialismo de la vida moderna), el «estructurismo» de Levy-Straus y de Lacan, la «sociología del ateísmo», y otros temas que más cuadran a Congresos de filósofos que a un Sínodo de sucesores de los apóstoles. Lo que la comunidad de creyentes espera de los obispos del Sínodo es el pan evangélico y no las disquisiciones a resolver en esfera distinta a la del Sínodo.

4.º PREFABRICACION DE VOTOS

En Roma se me muestra un ejemplar de las «Informations Catholiques Internationales» correspondiente al número 295 (página 20, núm. 2), cuyo contenido es harto significativo en este sentido.

Las reuniones que se celebran al margen de la Asamblea sinodal en el «Centrum Coordinationum Comunicationum Synodi» (continuidad de la «I-DOC») de la Via Della Consiliazione, y las circulares de los Secretariados de las Conferencias Episcopales Nacionales, abundan en el temor que expone el cronista, atendida la experiencia que nos ha deparado el Vaticano II.

El ambiente que envuelve al Sínodo a través de un clima prefabricado no es precisamente sugestivo. Son demasiadas las maniobras que se promueven a su alrededor. Y de éstas, el Concilio Vaticano II nos ha dejado una amarga experiencia

Roma, octubre 1967.

En «Concilio en marcha» núm. 1 —obra de los reverendos padres jesuitas de Barcelona— leemos, como resultado de una encuesta:

—«¿Qué es la libertad religiosa?»

—«Que da lo mismo una religión que otra, porque todas hablan de Dios.»

También Arrabal hablaba de Dios. ¿Ha fundado o va a fundar Arrabal una religión y una Iglesia?

¡ASI ANDAMOS!...

SIN LIBERTAD.—En esa revista francesa irónicamente titulada «Informations Catholiques Internationales», y que es para ciertos progresistas indígenas como un quinto Evangelio—por supuesto, con más autoridad que los otros cuatro—, un reverendo catalán anuncia al mundo la **mala nueva** de que los treinta millones de católicos hispanos carecemos de **los derechos fundamentales:** «el derecho a gozar de una auténtica libertad religiosa». Y como las coacciones administrativas, políticas y sociales nos hacen católicos **a pesar de nosotros mismos**, es urgente una Cruzada auténtica que nos redima de tanta esclavitud, derivada, sin duda, de la **otra** cruzada bastarda por la que perdimos la verdadera libertad... comunista.

¿Que no? Lean ustedes: «Toca primeramente a la Jerarquía y a todos los católicos, conscientes de ese problema, el conquistar esa libertad.»

EL SACRILEGIO EN EL ALTAR.—Para que no crean el Padre Arias y el Padre Martín Descalzo—y todos los que, si con el Concilio **se pusieron las botas**, con el Sínodo se las están ajustando más—que es pura calumnia lo del inmovilismo de la Iglesia de España, no tienen más que fijarse en Barcelona, que da ciento y raya en la nueva liturgia a los más lanzados de Amsterdam y París.

¡Cómo no derretirse de fervor y arrebatarse al tercer cielo con esta misa **conciliar**, en alas de esa música celeste al son suavísimo de baterías y guitarras, entre niñas minifaldas y muchachos melenudos!

Y como es nueva la Iglesia y la religión es nueva—hasta que llegue la **novísima** que están buscando los holandeses... y los clérigos de **Incunable**—, a nadie debe escandalizar: que en la homilía no se ataque al pecado, sino al latín; no se haga el panegírico de los santos, sino de Evtouchenko; no se invite a la bendición eucarística y al rosario, sino a las Comisiones Obreras; no se exhorte a ninguna cruzada contra el error, la infidelidad y la herejía, sino que se maldigan las Cruzadas...

Y con el más genuino profetismo carismático se amenizará el santo sacrificio con cánticos antiyanquis a lo Kumbayá, y os darán la comunión (de pie) como enardeciéndoos con una marcha guerrera a los compases bélicos de: ¡no más porras; antes de ser esclavo, enterrarme debajo del barro; amor y libertad ahora mismo, y... paz en el Vietnam!

LOS ULTIMOS VANDALOS.—Un tal Antoine, galo, que dicen es jesuita y se ocupa en **formar** a los candidatos a la Compañía, experimenta ante los lugares sagrados las mismas rabiosas reacciones que el diablo ante la Cruz, y en su esteticismo ático no puede sufrir «la insistencia del paisaje urbano en edificios religiosos». Hiere, sobre todo, su sensibilidad exquisita esa nota estridente de las catedrales anacrónicas. ¡Ojalá que un cataclismo providencial las arrase a todas! «La Iglesia ganaría mucho en ello, liberándose del equívoco de una imagen que no puede ser hoy la suya» **(Etudes, marzo 67).**

Entre tanto, y por si el cataclismo no llega, ¡fuera con su finalidad sagrada, y convirtámoslas en museos!

UNA LLUVIA PROVIDENCIAL.—No. Se equivocan ustedes. No es la que, al fin, ha empapado nuestros campos resecos estos días. Es la que ha lavado de revoques superpuestos y postizos las paredes de la mansión del cardenal de Chile. Así, leyendo las palabras de «traidor» y de «vendido», ha podido medir su eminencia el drama de la división de aquella Iglesia.

¿Quién tiene la culpa? ¿Por qué se ha tolerado que, desde el Centro Belarmino (¡oh, ironía!) se instigara al asalto de la Universidad Católica? ¿Por qué se permitió la revista **Ariete:** «viga utilizada como arma de guerra para derribar murallas o abrir en ellas brechas para iniciar el asalto»? ¿Por qué se consintió a los **piadosos** estudiantes acusar a Pablo VI de ir «directamente contra el Concilio Vaticano II»?

Silva Enríquez, tan aperturista y dialogante, sólo escucha a los rebeldes, presionado por Frei, que, a su vez, presiona a Roma. ¿Resultado? Que los padres no se animan a confiar sus hijos a «quienes muestran más interés por la intriga política que por la salvación de las almas».

«A mí me tocó sacar las castañas del fuego, y me quemé las manos», confiesa el cardenal.

Pero esas quemaduras no se curan con agua...

S. I. C.

EXPLICACION NECESARIA

LOS PADRES JESUITAS Y "¿QUE PASA?"

No sin cierta curiosidad, archijustificada, se habrán preguntado nuestros asiduos lectores las razones que nos hayan movido a interrumpir en nuestra «contraportada» la publicación de la réplica de un grupo de RR. PP. jesuitas al Informe y Pastoral de los reverendísimos Padres Provinciales sobre **EL ATEISMO.** Y con la sinceridad que queremos proceder siempre, vamos a explicar lo acontecido.

Vaya por delante que los reverendos padres del «plante» doctrinal, teológico y apostólico—y no sabemos si disciplinal—no fueron, ni personal, ni colectivamente, los que nos proporcionaron el texto de su réplica a los Superiores (sesenta folios mecanografiados). Este documento, como otros de los sensacionales y reservados que se vienen produciendo en el interno crepitar humano de la Iglesia de este tiempo—sacerdotes seculares y regulares desasosegados, confusos y combatientes—llegó a nuestras manos por conductos sagrados, pero absolutamente independientes de la Compañía de Jesús y, entiéndase bien, de los jesuitas pertenecientes a la Provincia Tarraconense, donde radican los padres que compusieron la réplica a la Superioridad. Quede, pues, constancia de que en este caso, como en otros semejantes, en los que nos destacamos en ¿QUE PASA? como informadores únicos, no inventamos hechos ni falsificamos piezas de prueba. Nos servimos, legítimamente, de corresponsales autorizados e idóneos, situados en insospechados centros internacionales de los que manan, aunque escondidas a la opinión pública, verdades como templos. Esta docta y santa réplica de los jesuitas nos llegó de Roma. La reciente denuncia que hubimos de formular en nuestro número 198, de 14 de los corrientes, respecto a los delirios escandalosos que preparan **los mil y un firmantes,** la recibimos de manos de un religioso extranjero, de paso por Madrid, en viaje de Roma a Santiago de Chile; y el famoso programa de la frustrada «Operación Moisés» nos fue facilitado por un fraile misionero, con veinte años en Asia y veinte días de vacaciones en su Patria, que ante lo que presenció, se le propuso y nos denunció, exclamaba: «¡ES AQUI, AQUI, DONDE NECESITAMOS EVANGELIZAR!» «¡VOY A VER SI LOGRO QUEDARME!»

Pues bien, señaladas en lo permisible nuestras fuentes de información—Eje ¿QUE PASA?-Roma-Madrid—, vamos a explicar lo de haber interrumpido la publicación de la réplica de unos padres jesuitas a la doctrina y a la pastoral, sobre el ateísmo, de sus Padres Provinciales. Esa réplica, además de su carácter privado, de régimen interno de la Orden, tiene a unos autores responsables que pueden exigir, como tales, que se respete su derecho de propiedad. Y eso, más o menos, ha ocurrido. Un docto, noble y piadoso jesuita de Barcelona, como coautor de la réplica a los Superiores, vino a vernos; por sí y en representación de sus colaboradores, para instarnos a no proseguir publicando un documento que se compuso y suscribió por sus autores para conocimiento tan sólo de la Superioridad... Cordialmente, paternalmente, nos explica el Padre docto y bueno, la de daños que podrían seguirse de divulgar conceptos y calificaciones personales, hechas dentro de la santa familia, para que sólo las valorasen y entendiesen los jefes y los miembros de la familia.

Y resolvimos, sin más, interrumpir la publicación. El reverendo Padre jesuita, coautor y representante de los autores del sensacional documento, no invocó siquiera uno de la suma de derechos que le asistían para exigir que no usásemos de lo que no nos pertenecía. Cordialísimamente, paternalmente, nos rogaba, nos agradecía como favor aquello que, en verdad y justicia, nos sentíamos obligados a otorgarle.

Ya saben nuestros lectores cuáles son las razones que nos han movido a interrumpir la publicación del importante documento. Y tomen nota también nuestros corresponsales en Roma de que, pese a su interés universal y a la santa intención última con que nos lo enviaron, ha resultado MAL DONADO.

¿QUE PASA EN MURCIA?

Pasa que siguen muchos de esos miembros de la «Operación Moisés» enfangados cada vez más en trabajos manuales, ajenos, cuando no contrarios, a su profesión, y la viña sigue sin cultivo.

Pasa que un aventajado, de entre los operantes, ha rechazado una imagen de la Patrona. Y no vayan a creer que la causa era el estilo de la misma ni la falta de espacio. La causa es, sin duda, la afición hacia los hermanos separados, de cuyos catecismos reparte a sus feligreses.

Y a propósito de los hermanos separados, o lo que sean, hemos sabido que el día 4 del mes del Rosario, festividad de San Francisco, el del hermano lobo, se presentaron, no se sabe si consciente o inconscientemente, en la casa de un conocido sacerdote dos lobos, digo dos separados, con sus cartas que parecían viajantes de comercio, e invitados a sentarse, dijo uno de ellos: «No sé si nos hemos equivocado, pero es que vamos cumpliendo lo que dice Mateo, predicando.» No lo dejó continuar el sacerdote y le dijo: «Sí, se han equivocado completamente. Más aún: están ustedes infringiendo las leyes.» «Es que el Concilio...» «Ni Concilio ni no Concilio. Ustedes están en España, donde gozan de libertad religiosa, pero no de hacer proselitismo asaltando los domicilios. Y para demostrarles su falta, ¿quieren que llame a la Policía?» «No, no, pero es que pudiéramos dialogar sobre lo que dice Mateo.» «Yo no tengo por qué dialogar con ustedes. Estoy en posesión de la Verdad íntegra que no puede equipararse al error. Además, el diálogo con los protestantes debe autorizarlo el Papa y, por último, diré a ustedes que si buscan evangelizar, ¿por qué tratan de hacerlo en país evangelizado y no se van a los países paganos? Y es que lo que ustedes, o quienes los mandan y sostienen, buscan no es evangelizar. Lo que buscan y anhelan es destruir al régimen español que, con su unidad católica, ha proporcionado paz y pan durante un largo período a pesar de los enemigos que negaron hasta el trato diplomático y todo apoyo financiero a nuestros gobernantes.» «Mire, nosotros nos hemos presentado con educación.» «Es que de lo contrario mi actitud hubiese sido muy distinta. Pero ya saben que yo les puedo escuchar para enseñarles, aclararles dudas, sacarles del error, pero dialogar... ¡jamás!»

¿Y que aún quieran que a estos lobos, revestidos con piel de oveja, les llamemos hermanos separados?—**CORRESPONSAL.**

LA HISTORIA DEL PRINCIPIO DE «LOS PRINCIPIOS»

Lo relata don Ramón Serrano Súñ

(DEL LIBRO "ENTRE HENDAYA Y GIBRALTAR".-EPESA.-1947)

HITLER

Antes de ahora yo no había tenido de Hitler más que una impresión fugaz y distante. No es que a partir de esta entrevista ni al cabo del tiempo llegara a conocerlo bien, pero entonces, salvo aquella fugacísima visión del Congreso de Nuremberg, en 1937, a que he aludido en los primeros capítulos, lo desconocía en absoluto. En aquella ocasión era yo un invitado anónimo y sólo de lejos había podido verlo en los actos del Congreso. Entonces el espectáculo me pareció superior al hombre: se apoderaba de él. Especialmente impresionante fue su llegada de noche al *Nuremberg-Stadium*, donde se celebraban las grandes manifestaciones del partido. Antorchas gigantescas, inmensas columnas de luz que escalaban el cielo y arcos inmateriales que se enlazaban en la altura, monumentalizaban el lugar. Miles de estandartes y banderas. Una inmensa multitud uniformada y ordenadamente apretada llenaba las gradas y el campo. Tras una breve espera apareció Hitler, de pie en su coche abierto, extendido el brazo muy horizontalmente con su saludo característico. Era como un héroe de leyenda, sin perfiles humanos.

En días sucesivos le vi—siempre de lejos—en otras actitudes: pronunciando discursos o presidiendo desfiles interminables. Era una pieza más en aquel conjunto, un actor más, si bien desempeñando el principal papel.

Ahora en mi visita a la Cancillería yo no era más el espectador distante y mi ánimo, bajo la carga abrumadora de preocupaciones y responsabilidades, tenía una disposición muy diferente a la de antes. Ahora yo era el Ministro de España que estaba frente a Hitler. Si había en su figura y en sus movimientos mucho de vulgar, algo era en él singular—el contraste lo comprobé luego cada vez más claramente—, sobre todo su mirada poderosa. Unas veces, como emanación fanática; otras, como luz burlona, casi diabólica. Esto y su indiscutible fuerza mental, su maestría dialéctica y su impresión de seguridad eran, evidentemente, revelaciones de una personalidad relevante, distinta de las otras. En aquella primera entrevista la actitud dominante en él fue de serenidad, de sosiego y de orden. Hablaba reposada y metódicamente, con alguna concesión esporádica a la propaganda, y con las mejores formas de polemista. Cuando nos levantamos de los sillones donde hablábamos para trasladarnos a una mesa central donde había planos y mapas—casi un largo recorrido—observé que andaba muy sobre sí, en una tensión con la que parecía querer tomar la actitud de un felino, sin el más leve abandono. En cambio, una vez allí, tomando medidas con un compás sobre un mapa del Atlántico y calculando distancias en relación con el radio o autonomía de los *stukas*, se dejaba caer descuidadamente sobre la mesa, se calaba unas gafas de présbita y tomaba un pacífico aspecto de burgués alemán. Con visible y casi infantil satisfacción trazaba puntos y rayas con sus manos grandes y carnosas que contradecían el canon *ludwigniano* sobre las finas manos de los dictadores. Manifestaba una gran seguridad en sus opiniones y sobre los medios de combate con que Alemania contaba, y se exaltaba—a mí me parecía que calculadamente—para despertar impresión en el oyente.

Era afable y rudo, según estimara conveniente, y hasta tomaba —raras veces—un aire más íntimo y familiar. Esto pude apreciarlo especialmente en nuestra segunda entrevista, en la que, sin duda, estaba contento por algo que no supe. En ocasiones posteriores pude verlo más acerado, más al acecho, y más reconcentrado en su pasión o en su fanatismo, que ejercía sobre los suyos una especie de magnetismo que sólo los hombres excepcionales llegan a poseer.

Instalados en cómodos y grandes sillones—frente a frente—empezó la conversación. Asistían a ella, por parte alemana, el Ministro Ribbentrop, el Ministro jefe de la Cancillería (Staatsminister) Meissner y el intérprete oficial alemán, que con frecuencia me ponía en trance de desesperación, porque si parecía un buen hombre, era en cambio incapaz de entender casi nada a derechas. Jamás supo trasladar a la versión alemana los matices o el claroscuro que envolvían casi todas mis palabras y manifestaciones. Yo replicaba con vehemencia, nerviosamente, casi airadamente, cuando Tovar—joven profesor, de muy callada sagacidad, que como secretario me acompañaba—me *retraducía* los disparates que aquel hombre estaba diciendo. Sin cultura adecuada, aquel intérprete estaba allí sin más título que haber aprendido mal el castellano en actividades mercantiles durante una permanencia en Suramérica.

En su primera fase fue un poco fría nuestra conversación, sin duda por el descontento que causaba nuestra política exterior que, según ya he dicho, calificaban de equívoca. Pude observar en Berlín una gran confusión en lo que a nosotros se refería. A las razones de esta confusión, apuntadas en otro lugar, había que añadir el papel, un tanto extraño, del almirante Canaris, Jefe del Servicio Secreto alemán, que celebraba conversaciones en España al margen del Ministerio de Asuntos Exteriores. Yo empecé refiriéndome a todo esto y a las grandes deficiencias en la información alemana sobre España, que atribuía en parte a la utilización de esas gentes que sabían español por haber sido comerciantes en América, pero que no tenían la menor idea ni del espíritu ni de la política de España. «Esta es falta—afirmé—que viene ya desde los tiempos de Salamanca.» Por esto dije a Hitler que las conversaciones que venía a celebrar no tenían el propósito de rectificar una actitud, sino de continuar una política clara de leal amistad, en la que el pueblo español en buena parte había estado ya durante la guerra del 14 al 18. Sabía que este recuerdo era especialmente grato a Hitler, quien, interrumpiéndome, me dijo con emoción que Alemania no había olvidado nunca la actitud de los españoles durante la anterior guerra europea y todo cuanto hicieron por mitigar los sufrimientos de los prisioneros alemanes. El Führer se extendió en consideraciones sobre las razones y fundamentos de la amistad alemana y acto seguido habló de los problemas militares de la guerra, como ya he dicho, con mucha soltura y seguridad. «Lo importante es el dominio del aire. Esto es lo principal en esta guerra.» Es curioso que al referirse a los aviones no empleaba nunca la forma abreviada y popularizada por la propaganda de *stuka*, sino que decía siempre, repitiendo sin cansarse todas las veces que fuera necesario—que eran muchas—el nombre completo de estos aviones *sturzkampfflugzeuge*, «aviones de lucha en picado». Habló de Gibraltar, del Mediterráneo y del Norte de Africa. De un orden de ideas conforme al cual Europa había de crear un sistema de política continental estableciendo una línea paralela a la americana de Monroe, según la cual hay un solo continente americano que comprende América del Norte y América del Sur. «Del mismo modo Europa debe decir que hay un hemisferio que consta de Europa y de Africa y que es exclusivamente europeo.» La idea de la unidad de Europa le preocupaba especialmente como la más imperiosa necesidad política frente al presente y al futuro. A continuación habló del próximo peligro americano, de las nuevas ideas imperialistas que nacían en Norteamérica y a las que él consideraba de absoluta necesidad cerrarles totalmente el paso a este continente europeo con su espacio africano. Se advertía en él una gran preocupación por este tema, y decía que podía preverse la posibilidad de que si la lucha actual se prolongara se convirtiera en una guerra entre el continente europeo y el americano.

Todo ello lo trató en términos muy generales, sin precisar detalles de cuáles debían ser las bases para esta defensa del espacio europeoafricano contra América. Una cosa era, a su juicio, a todo trance necesaria: la defensa de las islas del oeste de Africa. Tan importante lo consideraba que, según su opinión, sería irreparable que el enemigo pusiera el pie en alguna de ellas, lo que había que evitar a toda costa.

Fue ésta seguramente la única ocasión en la que Hitler me habló con severidad de Francia. Dijo, textualmente, que no podía fiarse de la amistad de Francia, puesto que las cincuenta veces que él le había tendido la mano, aun a costa de renunciar a tierra tan alemana como Alsacia Lorena, todo había sido en vano. Por ello lo mejor era tomar precauciones contra su enemistad, ya que él sabía que inmediatamente que cesara la ocupación alemana, Francia pensaría en el desquite.

Hablamos también de la cuestión religiosa, y le dije que, además de su valor moral y de conciencia, el catolicismo había creado la unidad española. Ahora bien, si éramos católicos fervientes, absolutamente sometidos a la Iglesia en todo cuanto al dogma y a la moral se refería, nuestra independencia en lo demás era completa, contrariamente a lo que, según mi impresión, informaban a Berlín muchos de los alemanes que había en España con alguna misión. En aquella primera conversación las alusiones de Hitler a la participación de España en el conflicto europeo fueron indirectas y vagas. Tuvieron un tono meramente teórico. España estaba en Europa, había de ser parte de su unidad y de su sistema, su geografía tenía puntos de vital importancia, etc. Tenía que contar también con armamento, técnica moderna, etc. Yo me referí a nuestras necesidades artilleras en La Línea y él dijo que nuestros técnicos debían entablar conversaciones con los suyos para ir profundizando en nuestras relaciones. Nada tuvo todavía en su conversación un tono conminatorio o apremiante. Hablamos sí de que España tendría que ocupar el lugar que le correspondía, pero con la más absoluta indeterminación en cuanto al tiempo, propósitos y proyectos. Una cosa era para mí evidente, y es que a Hitler no se le podía dar una negativa categórica porque ella le hubiera determinado a violar la neutralidad española. Manifestó su deseo, después de iniciada aquella conversación, de trasladarse a la frontera española para tener un entrevista personal con el Generalísimo Franco. Al despedirse muy cordialmente me invitó a hacer un viaje a los frentes del Oeste y a visitar las fortificaciones artilleras del Canal de la Mancha.

* * *

A esta conversación siguieron otras varias con Ribbentrop, en general penosas y difíciles. Un día hablamos en su casa, donde un gran mapa de Africa colgado en la pared nos presidía. Recuerdo perfectamente aquella escena. Ribbentrop señalaba en el mapa una zona que abarcaba desde el paralelo del lago Tchad hasta Angola y Mozambique, dejando fuera estas colonias portuguesas pero cogiendo el Camerón, el Africa ecuatorial francesa, el Congo francés y el belga (con los belgas, decía, trataremos en la primera conversación) y los territorios ingleses de Kenya y Tanganica. Todo aquello constituía la zona de intereses alemanes. Soñaba con un Imperio en el corazón de Africa para el pueblo alemán que, sin duda, lo necesitaba y merecía. Hacía tabla rasa de fronteras, tratados y protocolos. Mirando en el mapa nuestra Guinea yo le dije que sólo la concesión de un «hinterland» mayor que aumentara la población negra podría revalorizar nuestra posesión. Ribbentrop no contestó. En cambio, además del Africa ecuatorial, y siempre preocupado con las comunicaciones atlánticas, señaló la necesidad alemana de bases militares y aéreas en Mogador y Agadir. Y algo mucho más grave que creo no se ha sabido nunca. (Seguramente que habrá hoy antecedentes en los archivos aliados.) El Ministro alemán me pidió la

...er, que "era", que "estaba" allí...

cesión a Alemania de una base militar en las Canarias. Aquel golpe me cogía desprevenido y sólo pude reaccionar rechazándolo de plano. Le dije:

—Tenga en cuenta, señor Ministro, que esas islas de que me habla forman parte del mismo territorio nacional; son una provincia de la misma patria.

—Comunes necesidades de la defensa europeoafricana frente al imperialismo americano—me replicó—así lo exigen. Espero que el Generalísimo lo comprenda así.

—Pues yo esta petición no puedo ni siquiera transmitírsela. ?No comprende usted que mientras clama por Gibraltar la juventud española que ha derramado su sangre por la grandeza de su Patria, sería monstruoso y criminal que cayéramos nosotros en la menor sombra de amputaciones, cesiones o limitaciones de nuestro territorio o de nuestra soberanía? Esa cuestión no puedo plantearla, ni tomarla en consideración, ni tratarla. Canarias es un trozo de España exactamente igual que Madrid o que Burgos. En los puertos del Senegal, en San Luis y en Dakar, podrán establecer esas bases sin acudir a Marruecos ni menos a nuestro territorio.

El diálogo había alcanzado un punto de máxima incomodidad. El insistió fundadamente en el gran peligro que corrían las islas del Occidente y tercamente en la necesidad de su defensa repitiendo palabras y argumentos de Hitler.

—Si los americanos llegan a poner un pie en ellas será demasiado tarde—añadió.

—El valor de nuestros soldados las defiende—repliqué yo.

En un avión que siempre estaba a mi servicio, creo recordar que por conducto del Teniente Coronel García Figueras, envié un pliego a España dando cuenta de las conversaciones celebradas y subrayando la gravedad de estos aspectos. En carta fechada en Madrid el 21 de septiembre y recibida por mí en Berlín al día siguiente, Franco, después de felicitarme por «haber llevado muy bien la entrevista», refiriéndose a la petición de Ribbentrop me decía: «... no puedo menos de hacer una alusión a lo que justamente provocó tu indignación y que la pluma se resiste a escribir».

Así defendimos—yo, siervo de los nazis, según la zafiedad de la propaganda exterior que algunos usaron aquí como escudo de su cobardía en los días de la derrota alemana—la integridad y la independencia del territorio nacional.

(En las notas que de aquellas conversaciones conservo y tengo a la vista hay una que dice: «Mis razones les parecen demasiado unilaterales y mis contestaciones incómodas. No me extrañará que éstos se busquen un siervo.» Años más tarde un tal Gardeman venía destinado a la Embajada alemana en Madrid. Era un torvo sujeto, «agente muy importante del *Gabinete de Ribbentrop*», según él decía. Trabajó contra su propio Embajador y contra mí. Reclutó a todos mis enemigos en el partido y a todos los que desplazados de puestos de mando querían situarse otra vez. El y su equipo se condujeron indignamente. Buscó siervos y encontró más de uno.)

Contestando

Quisiera agradecer al doctor don Alfredo García Torrents la carta que me dirigió el 3 de octubre.

Me dice que no ve cómo ORTHODOXUS pueda significar PASTOR.

Si se trata de la **traducción** de la palabra al castellano, tiene toda la razón. ORTODOXO es igual a **recto en la fe. El que profesa la verdadera fe.**

Como FIDEI CULTOR es **el que practica la fe.** Y **catholicae et apostolicae Fidei cultor** es **El que practica la fe católica y apostólica.**

Lo que creo que los traductores oficiales quieren decir es que **«con todos esos términos se designaban los obispos** = son un **equivalente** (nunca una **versión o traducción**).

Y en **ese mismo sentido** quería decir yo que en vez de **Obispos** (una especie de Conciliarismo **exclusivo**) se pusiese la palabra **Pastores**, que es más apropiada y menos **exclusiva.**

Al poner la palabra OBISPOS, que NO está en el Texto, lo que hace es un **DUPLICADO:** como si dijésemos: **Panaderos y los que hacen o fabrican el pan.**

Lo mejor sería **no hacer duplicado alguno INTERPRETATIVO,** sino prescindir simplemente de la palabra OBISPOS o PASTORES. Dejar el Texto como está.

Lo demás suena a una adulación para los Obispos y una merma de derechos para todos los demás sacerdotes y fieles. Oremos **por todos, como lo hace el Canon.**

Si efectivamente se refiere a los Obispos, Dios entiende la traducción **literal; no hace falta** interpretaciones más o menos **subjetivas.**

* * *

Al doctor don Lucio del Campo le agradezco su recuerdo: la dedicatoria de su escrito **Los traductores del Leccionario y del Canon de la santa misa.**

Es muy difícil que triunfe **lo mejor.** Triunfará **lo oficial** o lo que se da por oficial, aunque sea peor.

Si los que están encargados de **lo oficial** acuden a «Ecclesia», por ejemplo, tienen las puertas abiertas. Si acude el que quiere **perfeccionar,** porque se trata de algo **importante y que atañe a todos,** las encuentra **cerradas.**

Le dirá el director que **«no quieren polémicas», etc.** ¡Y eso que todos los días nos están hablando de **diálogo,** por activa y por pasiva.

Yo a muchos **DIALOGOS** los llamo **DI ALGO,** porque no suelen decir nada.

¡Lo malo es que eso opinan extranjeros que hacemos los españoles de hoy!

Aunque nos desagrade voy a decir lo que a mí me dijo un jesuita hispanoamericano: **Los españoles... ¡los peores de todos los europeos en el Concilio!**

A mí no se me ocurrió otra cosa que responderle: Muchas veces he pensado que **quizá** pudiera aplicarse a nuestra representación teológica en el Vaticano II aquello que se dice de los manicomios: **«Ni son todos los que están, ni están todos los que son.»**

Creo que **España es más que lo que estuvo en el Concilio.**

No es mi opinión ofender a nadie, sino defender lo que afortunadamente creo que es aún verdad. No me hacía falta a mí mismo ayuda para vencer escriturísticamente al hispanoamericano aquél. Ni les hubiera hecho falta a otros muchos, aunque no fuesen teólogos o Padres del Concilio.

J. A. OÑATE

LA PILDORA Y EL CESAR

Por el Dr. FERNANDEZ ARQUEO

Mientras los teólogos siguen dándole vueltas al asunto de la píldora inhibidora de la ovulación femenina, la sociedad española y el poder civil deben tomar una determinación sin más demora. Lo mismo que un alcalde, que no aplazaría varios años la instalación de semáforos en espera de la elaboración de una teología del tráfico. Lo mismo que la propia Dirección General de Sanidad, que restringió hace dos años la venta de simpatina y otros estimulantes a los estudiantes, sin especiales indagaciones de los matices morales de las distintas frecuencias y motivos de su ingestión.

Sobre la sociedad española está cayendo una avalancha de píldoras contra la ovulación, de proporciones literalmente industriales. Su difusión al por mayor se ha montado por la demora de la Iglesia en pronunciarse, y si finalmente lo hace de manera adversa, total o parcial, esa organización comercial será difícil de desmantelar o de reducir, y hacerlo después de dejar invertir tranquilamente muchos millones de pesetas y de horas de trabajo, tendrá alguna desazón como de injusticia.

Cualquiera que sea la sentencia moral que recaiga en el futuro sobre este medio de controlar la natalidad, parece de sentido común y de necesidad para la salud pública, física y espiritual, que estos productos no se difundan de cara al público, como la aspirina o el bicarbonato. ¡Que es lo que está pasando! Un laboratorio que fabrica en España estas píldoras hizo un lanzamiento comercial con la siembra a voleo de unas tarjetas plastificadas con instrucciones elementales para el público en general; su frase final: «en caso de duda, consulte a su médico», era la prueba inequívoca de cuáles eran sus destinatarios. Ahora, la misma marca está repartiendo a diestro y siniestro unas reglas de cartulina que facilitan aún más la comprensión de cómo se deben tomar las famosas píldoras; igual advertencia final: «en caso de duda, avise a su médico», confirma que se trata de una propaganda a escala ilimitda. Esto me parece censurable y digno de una intervención reguladora de la autoridad, y también de los particulares responsables.

De momento, yo me conformaría con una acción muy concreta para que cada Colegio Farmacéutico hiciera suya la decisión del de Vizcaya, publicada en esta revista el 30 de septiembre pasado, de restringir la venta de dichas píldoras. Esa fórmula de libertad reglamentada me parece suficiente por ahora, y casi con seguridad perfectamente adecuada al futuro dictamen eclesiástico; no hay que ser experto en moral para intuir que éste no será simple y categórico, sino comprensivo de extremos opuestos a los que condicionará.

SILENO TOSCO Y SILENO DE ORO

De aquella comparación con Sileno, cuya efigie solía ocultar, tras la tosca apariencia de madera, dentro otra figurilla primorosa de oro, surgió espontánea la disquisición. Pues a Constantino le pareció que no podía llamarse propiamente estilo una forma que está hecha para ocultar otra, en vez de ostentar a plena luz su contenido.

—Sin embargo—dijo Ruiz Vallés—, los Silenos no dejaban de indicar externamente, aun dentro de su rudeza, los mismos geniecillos acicalados a quienes servían de cofrecillo joyero. Aunque tosca y parcial eran una copia de la maravilla que llevaban dentro. En su estilo, conseguían mostrar y ocultar a un tiempo la misma cosa. Quedan por averiguar los motivos de hacerlo de aquella suerte. Los artífices de tales idolillos, si al fabricarlos así no hubieran tenido razón especial ninguna, sólo entonces diremos que fueron torpes imagineros.

—Me parece —insinuó Constantino— que a despejar el enigma, buscando tales razones, no hemos de mirarlas tanto en el «cofre» cuanto en la parte más noble y principal, ya que «Sileno» de leño se construía para guardar a «Sileno» de oro, y no éste a aquél

—Dices bien. Aunque en el tema que nos concierne (pues Sileno en sus dos figuras no ha sido más que un término de comparación) ¿cuál es, para nosotros, el idolillo de oro y qué vamos a decir de él?

—El idolillo —tercié— no es más que aquella verdad primordial, en la que Constantino llamó «principio de todas las cosas y aun superior a ellas mismas». Entonces convinimos que esta verdad no tiene jamás que ocultarse. Luego ¿cómo iba a ser apropiado un estilo que se afanara en mostrarla tosca y no como es?

Ruiz Vallés:

—¡Oh, Trigecio, tal verdad ha de profesarse siempre! En cuanto al estilo, no es la verdad misma, sino a modo de sello impreso con que la recibimos nosotros, y aun la forma que tenemos de hacerla entender a los demás. Si la verdad, pura en sí misma, es clarísima y refulgente, no así el hombre al recibirla, en lo que comporta a la tosquedad de su entendimiento. Aquel soberano e inmarcesible **principio** de verdad, tratamos de reproducirlo desbrozando en los rudimentos de este mundo, cortando a escalpelo, pasando el buril... Sólo lo que queda (no lo que se arranca) reviste las semejanzas de lo alto.

—Tallar en nuestra materia, que si ella es deleznable, no así, en los rasgos, aquel aspecto que, por analogía, recuerda la más alta verdad; aunque en otro aspecto, los mismos rasgos no dejan de ser toscos y remedados.

Constantino:

—¿Acaso no es lo que dice el salmo:

> «Los cielos narran la gloria de Dios,
> y el firmamento la obra de sus manos.
> El día, el día nos dice su palabra;
> la noche, noche, su saber...»

donde ha puesto a la luz manifiesta del día la **palabra**, cierto incompleta, según el superior **saber**, lo deja en la oculta sombra de la noche? Insiste, sin embargo, en la palabra:

> «Sus sones corrieron toda la tierra
> hablándonos hasta el confín del mundo.»

Ruiz Vallés:

—Creo recordar que, sin embargo, más abajo, se refiere a los pecados del salmista, que él llama ocultos.

Constantino:

—El salmo reza:

> «Contra éste tu siervo atento,
> y pronto a escuchar tus voces,
> ¿no hay **en lo oculto** unos cargos?
> ¡oh, líbrame ya de error!»

Ruiz Vallés:

—Parece que aquí «lo oculto» se dice en contraposición a las manifiestas grandezas que al principio se entonaron.

Trigecio:

—Pues ¿qué? ¿Habremos de renunciar a nuestro Sileno o acaso construirlo al revés y sea la imagen de oro la que en su interior oculte otra de leño muy fea y torpe?

Constantino:

—Aquella superior sabiduría de la noche no es que de por sí se oculte, antes tiende a comunicarse al que sosiega de los ruidos mundanales, según aquella frase del Místico Doctor: «la soledad sonora...» Otra es la ocultación de nuestras miserias. En tanto el saber divino deja transidas lo tosco de las palabras, la vanidad mundana disimula sus propias bajezas, cubriéndose de oropeles.

Ruiz Vallés:

—Y aun para purgarlas luego precisa, descubriéndose, confesarlas.

Trigecio:

—No entiendo muy bien qué hay en esta confesión.

Ruiz Vallés:

—No hay sino restituir a su orden primitivo el idolillo. Que la tosquedad se muestre a sí misma penitente, en lo que es, y sea en su actitud un preanuncio de la ciencia divina que Dios le imprime en el alma.

Trigecio:

—En verdad que es admirable. Pero no acierto a ver que en nuestros artículos hagamos esto.

Ruiz Vallés:

—Ellos son de otro género. En vano cabría esperar que, escribiendo, lo dijéramos todo a la vez. A menudo lo más importante es lo que se calla. ¿O acaso la imagen de la noche..., acaso el «silencio callado» no valen también al escribir?

Trigecio:

—Pero veo que nosotros confesamos, de «lo oculto», lo ajeno...

Ruiz Vallés:

—¿Qué otra cosa íbamos a hacer con nuestro idolillo en las circunstancias presentes? Dime: cuando haciendo un guiño espantable, Sileno intenta por el temor alejar de sí la codicia de los ladrones, siendo así que, sin embargo, reviste las proporciones del que lleva dentro, ¿a quién de verdad oculta? ¿Los ladrones al ídolo o el ídolo a los ladrones? Y aun semejando en sus otras partes al genio interior, el guiño ¿a quién se refiere? ¿No será que espeja en sus propios ojos las especiosidades con que adivina que el profanador se amedrenta?

No pude contener la risa:

—¿Quién es, pues, ahora Sileno gesticulante sino tú mismo, y yo, y Constantino al lado, y además Arredondo (si hay algo que temer en él) y en conjunto todo el «quepasismo»? ¡Consienta Madrigal que lo digamos, él, que tiene el apellido harto poético y no en nada agreste! ¡Oh, esta vez me has retratado bien la revista, en el celo que pone a salvaguardar lo sagrado! En cuanto a Arredondo, en verdad no sé lo que vigilaba cuando de aquel modo se puso a gesticular...

—Este —dijo a su vez también riendo Vallés— hace las muecas por espantar a Sileno, y araña en la corteza, por ver si llevará a Sileno. Corteja al uno metiéndose con él mismo y adulaba a ¿QUE PASA? frente a su corresponsal...

Constantino, en tanto, había quedado absorto y se había distraído de nuestras últimas frases:

—Sin duda —dijo—, decir verdad es siempre obligación del que no calla. Pero estoy pensando que, cuando decimos algo, no nos mueve el mero hecho de que sea cierto, sino algo más... Aunque las verdades primordiales de que antes hablamos se justifican por sí mismas en el decir. En virtud de ellas, un recto proceder nos impele a hablar de los hechos humanos que a ellas se aparentan. Pero me ha entrado la sospecha si el fijarnos en las aberraciones, según hacemos con tanta frecuencia, aunque sea para combatirlas, no carece del incentivo de aquellas supremas verdades y el fijarse mucho en los errores no sea aficionarse a ellos.

—¡Ah, el buen Constantino! —repuso Ruiz Vallés—, sin duda no atendiste a lo que decíamos de Sileno, que es un género particular sin excluir los otros... No tomaré a mal, antes al contrario, tus palabras con las que a veces te encumbras hasta olvidarte de que estamos en la tierra. Y, sin embargo, «acá» como «allá» (y pensaba en la afición de nuestro amigo) todo gira entre el ser y no ser de unas mismas cosas. ¿Qué es una **afirmación** sino sentarla por contraria de su negación..., o, simplemente, negar dicha negación, afirmando aquello cuya negación negamos? Mira ahora si la Escritura dice: «Milicia es la vida del hombre sobre la tierra», cual será esta lucha contra lo que, en otro lugar, denomina el «Poder de las Tinieblas», sino negar negaciones, al tiempo que afirmamos las verdades de lo alto.

Constantino:

—Esto lo veo claro en cuanto a denunciar, en términos generales, los errores. No creo, sin embargo, en cuanto a lo episódico y contingente de los hechos y las personas, que la moral nos prohiba las más de las veces callar, cuando, al contrario, la justicia y la caridad lo ordenan.

—A veces... —dijo Ruiz Vallés—. Y volviéndose a mí me interrogó para que Constantino observara el desarrollo de unos conceptos:

—Dime, Trigecio, ¿cuáles son las verdades que hay que ocultar?

—Ellas son, para no hablar de otras, las que afectan al buen nombre del prójimo.

—¿Por el daño que al prójimo se le inferiría o por algún otro motivo?

—Por el daño —dije—, aunque también por los demás, cuando al hecho se le podría seguir grave escándalo.

—¿Y si, al contrario, aquel a quien hay que ocultarle la falta produce por otro lado grave escándalo con sus palabras, difundiendo los errores so capa de hombre de bien sin serlo, ¿queda ya algún otro motivo de ocultar aquella falta secreta, que no sea el de su bien particular, mas no el de los demás, quienes más bien por causa de esta ocultación se confunden, engañados?

—Quedo perplejo —le respondí— ante este caso, que no puedo por menos de reconocer muy verdadero, por cuanto lo observamos con frecuencia en nuestros días. Yo me pregunto si al ver a estos hombres predicar las falsedades, sabiendo a menudo, aunque secretamente, que lo errado de sus doctrinas coincide con los errores de sus conductas, tendrán ellos verdadero derecho a disimular la realidad, haciendo prevalecer su mal fundada honorabilidad sobre el derecho que los fieles tienen a la recta doctrina.

—¿Crees —dijo Vallés— que estos hombres no son también

(Continúa en la página siguiente.)

No castigar a los malos es condenar a los buenos

Por IJCIS

1. ¿DESAUTORIZAMOS AL PAPA?

Algunos periodistas españoles se han propuesto desautorizar no ya a la Congregación para la Doctrina de la Fe, sino al mismo Padre Santo. Tal es su afán en contraponer al toque de atención del discurso inaugural del Sínodo las palabras tranquilizadoras y **positivas** de los padres sinodales. No sé si algo parecido han querido hacer también algunos de estos padres: que serían los mismos grandes **líderes** del Concilio, según la turbia y apasionada terminología del ágora profana que tanto gusta a los progresistas y... a Cipriano Calderón.

Empeño inútil. El cardenal Ottaviani resume: «De una o de otra forma todos los Episcopados han señalado serios peligros.» Monseñor Morcillo declara: «La casi unanimidad valora la justa intrepidez del Vicario de Cristo.»

Es harto meditable ese afán obsesivo por rehuir las condenaciones de las falsas doctrinas, que no tiene base alguna ni en la Escritura ni en la Tradición, sino todo lo contrario.

El hombre de la calle no acaba de encajar las arcanas razones que, de la noche a la mañana, han movido a cambiar tan radicalmente la práctica tradicional y constante de la Iglesia: la de señalar los pastos nocivos, justamente para evitar la enfermedad o la muerte de las más inocentes e indefensas ovejas del rebaño. (¿Cómo huir del contagio, si se ignora el foco de infección?) Cuanto más que todo eso se puede hacer sin los posibles defectos de actuaciones anteriores; cuanto más que se puede y se debe simultanear con la más amplia y profunda labor **positiva** de proyección cultural y apostólica.

Uno llega a dudar del talento (o de la buena fe) de quienes se empeñan en ver oposición entre corregir y promover. ¿La hay en el médico que **cura** la dolencia y receta al mismo tiempo un régimen de **sobrealimentación**?

2. NI BIBLIA NI TRADICION

Nos limitaremos a someras observaciones:

1) Es mentira que la Iglesia haya dado por superadas las condenaciones.

El 14 de junio de 1966 el cardenal proprefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe **notifica** a los obispos, «después de hablar con el Papa», que: «para custodiar la integridad de la fe y las costumbres, de acuerdo con el mandato divino», la Congregación «pone una firme esperanza en la vigilante solicitud de los ordinarios y de las Conferencias Episcopales, que tienen como oficio y derecho inspeccionar, prevenir y, si llega el caso, **condenar y reprobar** los libros dañosos... En el caso de que se publicaran doctrinas y opiniones contrarias a la fe y a las costumbres, y sus autores, una vez invitados a corregir sus errores de forma humana, se negaran a hacerlo, **la Santa Sede empleará su derecho y oficio de condenar públicamente estos escritos**, con el fin de mirar con firmeza por el bien de las almas». **Ejemplo:** el caso Lemercier...

2) Entre los dos extremos —de dejar decir y hacer o condenar— está el término medio de advertir el peligro en autores y publicaciones. **Ejemplo:** el caso Teilhard de Chardin con el «Mónitum», de Juan XXIII, el 30 de junio de 1962.

3) Una actitud de la Iglesia total y absolutamente contraria a toda clase de condenaciones estaría en oposición evidente con la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y con toda la tradición eclesiástica: sería una ruptura manifiesta y una incomprensible prescindencia de la revelación.

Desde San Pablo, que llama **insensatos** a los gálatas por haberse dejado fascinar de falsos evangelios, y excomulga al escandaloso de Corinto —pasando por el Discípulo Amado que fustiga a los obispos del Asia por su **coexistencia** pacífica con los herejes, y manda negarles el hospedaje y la palabra—, hasta Juan XXIII, denunciando en las obras de Teilhard, «en el terreno filosófico y teológico, tales ambigüedades y errores de tal gravedad que ofenden a la doctrina católica».... es constante en este punto la preocupación realmente **pastoral** de la Santa Madre Iglesia

4) Por otra parte, no se ha explicado todavía cómo se pueda conciliar con la sinceridad evangélica y con la vigencia del principio de contradicción la postura tan abierta y **positiva** que se atribuye el Episcopado francés, con el hecho chocante y a todas luces discriminatorio de alguna actuación bien reciente de este mismo Episcopado.

¿Cómo se explica esa extremada delicadeza de hoy —cuando «es indudable (como confiesan) la existencia de dificultades doctrinales que pueden quebrantar directamente los fundamentos de la fe»— con la dureza de ayer para con las publicaciones que no hacían más que señalar esos peligros?

3. ¿DONDE HAN QUEDADO LAS FUENTES?

Es curioso que la consigna del **retorno a las fuentes** y la vuelta a la Iglesia primitiva, tan frecuente en los herejes de todos los tiempos, la esgriman cabalmente aquellos cuya manera de pensar, de hablar y de obrar está a una distancia astronómica de aquellas fuentes.

Lean ustedes esas revistas y periódicos donde más se urge ese retorno, oigan esas conferencias donde más se echa en cara a **esta** Iglesia el distanciamiento de **aquélla**, examinen la actuación de esos círculos aperturistas que pretenden tener registrada la marca auténtica de la fidelidad al Evangelio...; comparen todo eso con lo que entonces se hacía... y se llevarán las manos a la cabeza al comprobar la imperdonable ligereza —si ya no incalificable cinismo— con que se quiere pasar la moneda falsa progresista por el oro de ley del Evangelio.

Lo primero que salta a la vista es una conducta harto diferente de ese pacifismo y relativismo y mal entendido ecumenismo que se nos quiere imponer atropelladamente. Así no hubiera habido persecuciones ni martirios... y Jesucristo habría podido **coexistir**... en el Panteón.

Pero aquellos primeros cristianos afirmaban con jamás desmentida fortaleza que **sólo** el cristianismo era la **única** religión **verdadera**. Y con celo ardientísimo se entregaban sin humanos respetos al proselitismo más activo y al más fervoroso apostolado. Y hemos de subrayar con firme trazo que, cuando el caso lo requería y peligraba la fe y la moral de los fieles por el confusionismo y la corrupción, se tomaban oficialmente las oportunas medidas sin arredrarse ante las más extremas.

Si quisiéramos sintetizar en dos palabras aquella singular sicología, diríamos que consistía en una sensibilidad exquisita de la más aquilatada ortodoxia y subida moralidad, que reaccionaba instintivamente ante el menor peligro para la pureza de la fe y santidad de las costumbres..., con un amor exultante a Cristo y a la Iglesia.

4. NO DEJARSE ENGAÑAR...

Es común entre los progresistas el acusar a la Iglesia de haberse dejado influir e impregnar de los diversos ambientes con los que le ha tocado vivir en la historia. Y claro está que sólo un milagro puede conseguir que no se le pegue al caminante algo del polvo del camino.

Unicamente los genios y los verdaderos talentos y, en el orden espiritual, los santos, logran sustraerse al encandilador embrujo del momento sin dejarse llevar de cualquier viento de la historia ni guiar por cualquier signo de los tiempos. Pero aún ellos, por haber asimilado los valores positivos de cada día, muestran de algún modo el sello de la época

Mas con una inconsecuencia pueril (y fatal) se empeñan en **hundir** en el barrizal del mundo a la Iglesia de hoy, después de haber clamado, escandalizados o hipócritas, porque **alguna salpicadura** del barro haya podido alcanzar a la Iglesia de ayer.

Pero eran los progresistas de ayer los que hubieran hundido a la Iglesia, porque, como los de hoy, querían **conformarla** precisamente al molde del mundo. Y son los progresistas de hoy los que la hundirían por la misma razón, no acertando a levantar la cabeza de entre el oleaje cambiante y arrollador de las vicisitudes humanas.

Pongamos un ejemplo aproximado, dando por supuestas todas las diferencias y matizaciones del caso.

¿Dónde colocaríamos a los progresistas de la histórica coyuntura del quinientos? Sin duda entre los frívolos humanistas, borrachos con la paganía del Renacimiento (que era el mundo moderno de entonces); con generosidad, en el cristianismo exangüe y acomodaticio, contemporizador e incoloro, irenista y empobrecido, de Erasmo; o entre los obispos aperturistas y cardenales irresponsables, o.... los Papas alegres y confiados, como León X, que sólo despierta cuando la herejía de Germania no es ya rayo imprevisto que hiere a unos pocos y aturde a los demás, sino desatado huracán que siega todas las cabezas.

¿Y a quiénes llamaríamos integristas? Pongan la mano en el pecho y contesten con sinceridad los progresistas. ¿No es verdad que ellos mismos juzgarían como tales a Teresa de Jesús —a quien Pablo VI acaba de considerar **comprometida** como el que más—, que ora y sufre por la Iglesia en un esfuerzo supremo por **contener** la marea luterana; a Ignacio de Loyola, con su milicia incondicional a la **obediencia** del Papa, con sus juridicistas constituciones y sus ejercicios **carismáticos**; a Carlos Borromeo y Pío V, alentando y propagando la empresa magnífica, **de firme contención y audacísimo avance**, del Concilio de Trento?

Los espíritus realmente grandes y libres no son los afeminados que se dejan arrastrar por la corriente e impresionar por los hechos, sino los varoniles y valientes que aciertan a contener la riada... para dirigir los acontecimientos.

(Viene de la página anterior.)

como aquellos Silenos, y más los ministros de Dios, quienes con todas sus imperfecciones representan, sin embargo, la más alta santidad?

—Antes creo que ello sería así si lo errado fuera sólo en las conductas. Pero éstos, en cuanto Silenos, en sus palabras, ya no esbozan, sino mienten lo que llevan dentro. ¿Y quién habrá de escuchar la palabra del que miente?

—Sin embargo —dijo aún Ruiz Vallés—, en cuanto a lo ciertamente oculto, seguiremos callándolo en nuestros escritos, a no ser de un género particular que luego veremos.

Esto había de quedar para otro número. Nos hemos olvidado un tanto de Arredondo, a quien esta serie va dirigida, y quizás él se nos queje alguna vez de fastidio al haber de leernos tanto. ¡Ya enmendaremos otro rato el fallo! Aparte de que narramos la conversación de la forma que sucedió. ¿No dedicó Juan de Mena a un tal Sánchez su «Laberinto»? Beethoven ¿no dedicó su «Para Elisa»? Nosotros ¿no íbamos a dedicarle a Arredondo cualquier escrito, y más sabiendo las calumniosas injurias que a nuestro amigo le dedicó. Así que un poco de paciencia... Para el que nos diga que en la escena no se suelen representar tantos actos, el bachiller de Rojas le puso veintiuno a su «Celestina».

TRIGECIO

CRISTO Y LA GRACIA DE CRISTO, SIN TENER A CONGAR NI A RUIZ-GIMENEZ COMO GUIAS

Santo Toribio de Liébana ¡alta cumbre de espiritualidad!

Por PILAR ROURA GARISOAIN

Llevo el nombre de la Virgen Ibérica, la de la Hispanidad, y ello me permite elegir regalo para el día de mi santo. No pedí exóticas orquídeas ni perfumes de París; expresé un deseo, el de peregrinar para ganar el jubileo del Año Santo Liebanés.

Mi deseo convertido en realidad, puedo decir que deposité la fragancia del obsequio al pie de la Cruz del Redentor.

Desde mi Pirineo natal, por medios más cómodos que los utilizados por los que a pie y con bordón, recorrieron, en otros tiempos, las rutas itinerantes de la fe y de la esperanza, llegué en una jornada, al pie de la cordillera de los Picos de Europa.

Inicié mi peregrinar con cierto temor, pero con gran espíritu de humildad. Humano temor a la soledad organizada, que suele ser un viaje organizado, cuando uno tiene la temeridad de inscribirse en solitario. Lo puse todo en manos de la Providencia, y ella se encargó de poner inmerecidas flores en mi camino, con el riesgo de quitarle méritos a mi empresa.

Antes de salir de Irún, el buen sacerdote organizador de la expedición, al ver una oveja desconocida entre el rebaño, me preguntó mi nombre. ¿Cómo iba a sospechar que le era conocido... por haberlo visto en ¿QUE PASA? Los detractores de nuestro semanario pretenden que nadie lo lee..., aparte los que en él colaboramos, con machacona tenacidad, sin duda por el placer de ver nuestra prosa en letras de molde. Para librarme del pecado de vanidad, traspaso al combatido ¿QUE PASA? y a su no menos combatido director, mi buen amigo Pérez Madrigal, los elogios que tuve que escuchar de labios de un sacerdote vasco... que no pertenece al Arciprestazgo de Munguía. Y también los que tuve que oír, por mi colaboración en ¿QUE PASA?, minutos más tarde, camino de San Sebastián, cuando se incorporó a la expedición otro sacerdote, de esos que no han tenido que esperar consignas espectaculares para poner en práctica la convivencia del pastor con el rebaño. ¿Qué importa que ni para viajar adopten la comodidad del «clerchi» y sí únicamente la boina de nuestro pueblo, más cómoda que la teja? Este es el verdadero clero de nuestra EUSKALERRIA, sencillo y paternal, vinculado a nuestro sentir y a nuestras creencias seculares, que con palabras impregnadas de fe, sin pedantería filosófica ni alardes oratorios, nos fue preparando al acto cumbre de nuestro viaje. Breve historial del monasterio de Santo Toribio, rezo del rosario, pero también canciones de nuestra tierra, charadas y chistes, ¡plegaria y zortziko, alma y corazón del hombre euskaldún!

¡Santos sacerdotes!, ellos crearon el ambiente, y esta «solitaria» se encontró adoptada antes de llegar a la primera etapa: Santander. Por espacio de una hora me raptaron unos amigos de la capital de la Montaña, y cuando me incorporé de nuevo al grupo, ya me habían echado de menos los que hacía sólo unas horas me eran desconocidos. En una mesa de cuatro tenía mi sitio reservado, entre un matrimonio irunés y un «joven» odontólogo canario, residente en San Sebastián, cuyas ¡80 primaveras! sonrientes y dicharacheras hicieron palidecer de envidia mi otoñal y bien rebasado medio siglo. Presentaciones, y por parte del irunés, pluma erudita y poeta de altos vuelos en nuestra región del Bidasoa, un brindis por mis ideales. Al divulgarse mi colaboración en ¿QUE PASA?, no podía quedar en el anonimato mi filiación carlista. ¡Si el ser español es una de las pocas cosas serias que quedan en el mundo..., tendré que pensar, no sin emoción, que en España el ser carlista no es motivo de asombro (¡señor PEMAN!), ni razón para ser mirado como bicho raro fosilizado, digno del museo de la Prehistoria! Acostumbrada a «peregrinar» por senderos trazados en el mapa hispano por los caballeros de la Cruz de Borgoña, y en compañía de «boinas rojas», no negaré que uno de mis temores era también el de encontrar «cierto vacío», debido a la margarita de mi solapa. ¡Bendito emblema, que ha servido para identificarme y para oír decir: «Pilar es carlista; escribe en ¿QUE PASA?»

Mi fe de cristiana y de carlista me había impulsado hacia el monasterio, donde no ha mucho ganaron el jubileo los jóvenes príncipes de nuestra dinastía, don Carlos-Hugo y doña Irene, y pensando en el porvenir católico y tradicional de nuestra Patria, me impresionaban, durante la última etapa de nuestro viaje, los virajes de nuestro vehículo, en noche cerrada, bajo torrentes de lluvia, por ruta desconocida, incluso de nuestro chófer.

¡Qué respiro al llegar a la meta! ¡No es difícil imaginar lo que suponía esto para el peregrino andante de los pasados siglos! ¡Todo se olvida y se da por bien empleado ante la cálida acogida de los hijos del Seráfico de Asís; se abren las puertas y los corazones! ¡Aquí se respira AMOR! ¡Aquí se respira PAZ! En el umbral queda el mundo y la noche oscura de inquietantes tinieblas. En la capilla iluminada deslumbran los destellos del relicario de la Cruz. Una fuerza misteriosa hace hincar las rodillas en el suelo e inclinar la cabeza en señal de reverencia y de adoración ante la Majestad suprema del Madero Redentor. Mientras se prepara la misa vespertina, anuncian que el Tribunal de la Gracia está abierto, en la capilla mayor. ¡Esto ante todo! ¿Quién puede permitirse levantar la vista, mientras no haya lavado su alma de todas esas manchas, que parecen insignificantes, a la luz del mundo, y que adquieren asombrosa negrura de insensateces y de ingratitudes? La frialdad de la rebeldía, y rebeldía es todo pecado, produce aquí sensación de parálisis en los sentidos, de ahogo sobrenatural. Es preciso descongelarse, reanimar el alma en estado de hibernación, es necesario humillarse, despojarse del antifaz humano para que Dios nos pueda mirar sin dolor desde su Cruz. Quien pretenda que la confesión es un accesorio que debe eliminarse por inútil o ha llegado a un estado de infrahumana y orgullosa superación o bien la capa de hielo que cubre su sensibilidad es superior a la corteza gélida del Círculo Polar. De paso diré que, según estadísticas extranjeras, ajenas a nuestra idiosincracia hispana, se dan muchos más casos de enfermedades cardíacas incurables entre los protestantes (cuya religión no cuenta con la confesión) que entre católicos practicantes (noticia leída recientemente en la prensa). Nuestra creencia no es, pues, fetichismo ni arraigado oscurantismo, es sencillamente la necesidad que experimenta todo ser humano, normalmente constituido, de descargar el peso de su conciencia. La amistad fiel y sincera puede, muchas veces, servirnos de lenitivo, pero también puede darse el caso que quien nos escucha tenga sus problemas y sus preocupaciones, de tanto peso o más que los nuestros. Entonces es un concierto mutuo de lamentaciones... ante algo parecido al célebre muro donde los hijos de Israel dejan oír las suyas.

Bien está, pues, lo instituido por el Redentor, al otorgar a Pedro la facultad de oír... y de perdonar, ya que incluso el más rebelde de los pecadores, si conserva una chispa de luz en lo más recóndito de su alma, sabe que el más humilde de los hijos de Pedro le puede, un día, liberar de la cadena de su esclavitud.

Misa sencilla, comunión íntima la que tuvimos esa noche de nuestra llegada al monasterio, seguida de la cena, también sencilla, franciscana, en el comedor de la hospedería, con la promesa para el día siguiente, viernes —el día consagrado a la Cruz, en conmemoración del Viernes del Gólgota—, de entrar en procesión por la Puerta Grande para ganar el jubileo.

El cuerpo acusa el cansancio de la jornada al dejarse caer en el lecho, pero el alma percibe sensaciones que sólo pueden ser dadas en el remonso de esta paz conventual, con aire puro de agrestes aromas, en un silencio que sería total, sin el lagrimeo de las nubes, resignado, como llanto de Madona. La oscuridad sí que es total en el marco de la ventana abierta, y todo ello invita al reposo, también total. ¡Descanso del cuerpo y del alma!

Clarea el día que dejará huella imborrable en la memoria y en el corazón. ¡Nos trae la alegría de un renacer! Antes de la ceremonia admiramos asombrados lo que no pudimos ni adivinar a nuestra llegada: la espléndida belleza natural de todo cuanto nos rodea: el valle liebanés recién lavado por la lluvia, que ha cesado; la gigantesca cordillera cuyo nombre da idea de la grandeza de España..., esos picos que rebasan el ámbito nacional... se llaman de Europa. ¡Grandiosa apelación! Admiramos también, ya en el claustro, la serie de reproducciones de unas láminas, cuya obra original se debe a un fraile benedictino que plasmó en ellas, sin modelo, guiado únicamente por su imaginación, los episodios más salientes de la Biblia. ¡Son algo sorprendente! Y nos paramos ante la rústica Cruz de madera que, en el centro del mismo claustro, quedó como ofrenda de la Hermandad de Alféreces Provisionales de nuestra Cruzada.

Llega por fin el momento que todos esperamos con visible emoción. Nuestro grupo, que sólo cuenta 34 personas, tiene la ventaja, sobre las grandes peregrinaciones, de ser más familiar, sin las precipitaciones y empellones que caracterizan inevitablemente las grandes concentraciones. Entre nosotros, todo es serenidad, nadie empuja para ser el primero. Ante la puerta principal del monasterio, maravilla de madera labrada, que ostenta, en relieve, figuras de ascetas y santos, hijos del Poverello de Asís, el superior nos hace repetir las conmovedoras palabras del acto jubilar, y a continuación entramos en la capilla, donde nuestro páter de la expedición, el incomparable don Ramón, celebra la misa y pronuncia la homilía, durante la cual nos recuerda que todos tenemos que llevar nuestra cruz a lo largo del camino de nuestra vida y llevarla con paciencia de cristianos si queremos ser dignos del amor de Cristo. La comunión reviste una solemnidad inusitada ya en muchos de nuestros templos, donde la «evolución» ha hecho sus estragos. Pero la emoción indescriptible alcanza altura máxima en cada uno de nosotros, ¡no me cabe duda, a juzgar por la mía!, cuando nuestros labios pecadores se incrustan en el trozo de leño desnudo, agujereado por el clavo que traspasó la mano izquierda de Nuestro Señor. ¡Nos parece increíble la dicha inefable, y sólo con lágrimas brotadas del fondo del alma y con la vibración acelerada de nuestro corazón, podemos corresponder al favor inmerecido! Este momento único sería suficiente para justificar la peregrinación. De esto choque emotivo brota una reafirmación de fe, un deseo de cumplir la voluntad de Dios en este mundo para merecer el premio que nos alcanzó con su Muerte en la Cruz. Al salir de la capilla nos miramos todos con ojos nuevos, como debían mirarse, al salir de las catacumbas, los neófitos recién bautizados.

El horario del viaje apremia, no podemos alcanzar el Mirador ni la cueva de Santo Toribio. Hablo brevemente con el superior, padre Félix y con el padre Inocencio, los dos vascos, uno de Tolosa y el otro de Oñate; les digo cuánto he apreciado la paz del monasterio, y me contestan... que puedo volver cuando quiera.

Rápido desayuno, con pan franciscano que huele a trigo y evoca la tierra madre de los campos de España. Se inicia el regreso, después de recibida la bendición de los padres, y los veintitantos ki-

(Continúa en la página siguiente.)

"PUEBLO", EL P. ARIAS - "TRIUNFO", MIRET MAGDALENA

Saliendo al paso de sus dislates

Por SANTOS CRISTOBAL SEBASTIAN, Pbro.

No pocas personas, sin duda, se habrán sorprendido al ver inserto en la página 3 del diario «Pueblo» del día 10 de octubre del corriente año un artículo titulado «Renovación litúrgica». En él, en concisas palabras y en escasas líneas, el autor se permite atacar usos de la Iglesia invocando al Concilio y las Disposiciones de la Santa Sede. (Tal engendro, nacido en «Triunfo», lo prohijó «Pueblo».)

El aludido texto incalificable se expresa en los siguientes términos:

«La Santa Sede acaba de decir también —¿y quién se ha fijado en ello?— que la Eucaristía es sobre todo alimento, y que no se puede desviar la atención del fiel creyente de lo que es fundamental, dándole la sensación casi exclusiva de que lo importante es lo otro: la exposición, el festival procesional o la adoración sin participación. El incienso, el agua bendita, las genuflexiones son costumbres paganas propias de otros tiempos ya pasados. ¿Por qué entonces seguir insistiendo en ellas, cuando ya no tienen un sentido claro ni popular? El Concilio ha modificado la liturgia...»

La opinión del escritor a que nos referimos ya la sabemos. Veamos ahora las últimas cosas que, al respecto, acaba de decir la Santa Sede:

«La Iglesia recomienda calurosamente la devoción, tanto pública como privada al Santísimo Sacramento del Altar, y esto aún fuera de la misma...»

(Instrucción sobre el culto eucarístico; tercera parte C, número 58. Mayo de 1967.)

«Por las procesiones en las cuales, con un rito solemne y con cánticos, se lleva la Sagrada Eucaristía por las calles públicas, sobre todo en la fiesta de Corpus Christi, el pueblo cristiano ofrece un testimonio público de su fe y de su piedad para este santo Sacramento...»

(Véase la misma instrucción. Tercera parte E, núm. 60.)

«La exposición de la Santísima Eucaristía que se puede hacer con el copón o con la custodia conduce el espíritu de los fieles a reconocer en ella la maravillosa presencia de Cristo e invita a una comunión espiritual...»

(Véase la misma instrucción. Tercera parte E, núm. 60.)

«En las iglesias en que se conserva habitualmente la sagrada Eucaristía se puede hacer cada año una exposición solemne del Santísimo Sacramento prolongada un cierto tiempo, a fin de que la comunidad local medite más intensamente este misterio y le adore.»

(Instrucción citada. Tercera parte E, núm. 63.)

«En los Congresos Eucarísticos los fieles intentan de penetrar más profundamente este santo misterio teniendo cuenta de sus diversos aspectos...»

(Instrucción citada. Tercera parte F, núm. 67.)

«La procesión del Corpus, manifestación externa de Eucaristía, debe celebrarse en todas las catedrales e iglesias parroquiales.»

(Véase Catecismo de la Doctrina Cristiana. Grado 3.º, texto nacional, año 1966, pág. 216.)

Yo me pregunto: ¿Se parecen estas cosas citadas a las ideas expuestas en el artículo a que nos vamos refiriendo?

Deplorable nos parece que el escritor ése se mofe de lo que él llama **«festival procesional»**. Pues ese festival procesional es el que Paulo VI, en estos últimos años, ha presidido por las calles de Roma llevando la custodia en sus manos.

Es cierto que en algunos países, ni la procesión del Santísimo Sacramento ni ninguna otra se celebran en nuestros días. Sus habitantes católicos, bien a su pesar, años hace, se vieron obligados a suspenderlas. ¿Es que quieren algunos que ahora, en nuestra Patria, provoquemos esas mismas circunstancias para que nos veamos obligados a hacer lo mismo?

¿De dónde se saca que el rito de ofrecer incienso a Dios sea pagano? El mismo Dios lo mandó practicar. **(Exodo C. XXX vers. 7 y siguientes.)**

Tampoco al articulista le hace mucha gracia el agua bendita. Pues ese agua es uno de los «sacramentales» y quizá el más común en la liturgia. Al atacarle se atacan indirectamente muchas bendiciones en que dicha materia se emplea. A propósito, tanto del agua bendita como de otros «sacramentales», el Concilio Ecuménico Vaticano II ha dicho las siguientes palabras:

«La Santa Madre Iglesia instituyó, además, los sacramentales. Estos son signos sagrados creados según el modelo de los sacramentos, por medio de los cuales se expresan efectos, sobre todo, de carácter espiritual obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida.»

(Constitución sobre la Liturgia, c. III, núm. 60.)

En cuanto a las genuflexiones, que tampoco son muy del agrado del articulista, la Iglesia recientemente ha dicho:

«... La genuflexión por sí misma expresa la adoración.»

(Instrucción sobre el culto Eucarístico. Segunda parte, n.º 34 b.)

Estas cosas a que el escritor de «Pueblo» llama «costumbres paganas propias de otro tiempo» resulta que son muy de la época del Vaticano II. Más claro, agua.

A propósito de la liturgia, el escritor adoptivo de «Pueblo» continúa diciendo:

«¿Por qué empeñarse en mantener unos símbolos de hace diez siglos que hoy apenas nada dicen al hombre actual? O unas vestiduras más lujosas que expresivas de algo que debe ser, ante todo, sencillo, íntimo y sincero? O un lenguaje muy preciso, sin duda, pero lleno de imágenes y reflexiones que resultan incomprensibles a nuestra cultura?»

Pues resulta también que, a propósito de esa liturgia que tanto en su fondo como en su forma tan poco gusta al articulista, la Iglesia ha dicho:

... «La reglamentación de la sagrada liturgia es de la competencia exclusiva de la autoridad eclesiástica... Por lo mismo que nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie alguna por iniciativa propia en liturgia.» **(C. VATICANO II. Constitución sobre la Liturgia, c. I, núm. 22)**, y más recientemente es de citar la carta del cardenal Lercaro sobre la Liturgia a las Conferencias Episcopales del mes de julio de 1967.

Por último, al lado del comentado artículo se pone la figura de un sacerdote inglés predicando grotescamente, con una marioneta en las manos, y de ello se dice textualmente que **«ésta es la línea del Concilio y del aggiornamento»**. ¿Es que la Iglesia ha querido hacer chacota de la predicación sagrada? Si quiere el autor saber cómo han de ser las predicaciones de la palabra de Dios, no hay más que leer el canon núm. 1.347, párrafo 2. Y dicho canon está todavía en vigor, mientras no sea derogado, abrogado o subrogado.

¡Pobre Concilio Vaticano II! ¡Cuántas cosas se te atribuyen en nuestros días que no figuran en ningún sitio de tus actas!

(Viene de la página anterior.)

lómetros del desfiladero nos permiten admirar su ingente belleza, así como valorar la pericia de nuestro chófer, que la noche anterior nos condujo a buen puerto, bordeando los precipicios que, vistos de día, nos hacen estremecer.

Todos rebosamos felicidad de hermanos cristianos, hasta tal punto que la tenemos que esparcir entre nosotros mediante el micrófono del autocar. No me vale protestar, tengo que aceptar la prueba y comunicar, en breves palabras, algunas de mis impresiones. Me preguntan dónde pienso publicarlas, y contesto: «En ¿QUE PASA?» Este es el motivo por el cual, querido director de nuestro semanario, te pido cobijo para una crónica especial, a través de la cual se ha desbordado mi fe y mi sentimiento.

No quiero terminar sin aconsejar a todo aquel que sienta la necesidad de un ¡alto en el camino!, que vaya a reponer sus fuerzas espirituales y también su energía física al pie del Madero de la Cruz que se venera en el monasterio de Santo Toribio de Liébana. ¡No quedará defraudado! Y volverá con nuevos anhelos para seguir luchando por la **Verdad Eterna, la que nos legó Cristo Crucificado!**

IRUN, a 15 de octubre de 1967.

C O N T R A S T E

En el diario «SP» del pasado día 15 publicaba Luis Martín Ribera un artículo del que nos complacemos en reproducir los siguientes párrafos:

No son pocos los que han predicado el apoliticismo del Ejército. La realidad es que tras este apoloticismo se ha armado todo el complot para hundir a las naciones, desmovilizadas éticamente, corrompidas y postergadas al servicio de la dialéctica marxista. Este es el sentido profundo y serio que tiene el Ejército para la sociedad: no solamente la defensa de las fronteras, sino que también la guarda y tutela del orden social, de las instituciones, del trabajo, de la ciencia, de la vida familiar. No faltan reiteradas maniobras contra esta segunda finalidad. La estúpida teoría de los objetores de conciencia, ciertas connivencias entre católicos y comunistas, las miopías de los que creen en la panacea dinástica para solucionar los problemas que sólo una política de gran ambición, joven y de garra auténticamente renovadora, puede plantear y resolver, para minar y demedular lo que Jorge Vigón pedía: «El oficial necesita una clarísima conciencia política.»

* * *

En el mismo diario «SP», su director, Rodrigo Royo, publicaba dos días después unos «Buenos días» que nos parecieron un «¡apaga y vámonos!» Lean ustedes el siguiente fragmento de ese saludo mañanero del director del diario «SP»:

La muerte de «Che» ha producido en el mundo mucha más consternación que alegría. En España puede palparse con las manos que, sobre todo en el ámbito de la juventud, ha causado un profundo dolor. No importa que el «Che» Guevara hubiese abrazado el credo marxista. La juventud actual necesita sus héroes y los encuentra, aunque sea saltando sobre las ideologías. Pero es que, además, Ernesto Guevara, con sus andanzas, había desbordado los encasillamientos ideológicos. En el fondo, fondo, ese famoso «Che» había llegado a ser—y lo será de ahora en adelante cada día más—un gran ejemplar de la raza hispánica, un fabuloso intérprete de la Hispanidad. Nacido en Argentina, conspirador en Bogotá y en México, guerrillero en Cuba, ministro en La Habana, eje de la revolución armada en Bolivia, el «Che» Guevara no era ciudadano de ningún país hispanoamericano en concreto, sino ciudadano de la América entera. Consciente o inconscientemente, el «Che» sabía que su patria no era Argentina o Cuba o Bolivia, sino Hispanoamérica.

EL CANON DE LA SANTA MISA

(VERSION ESPAÑOLA)

POR JUAN-ANGEL OÑATE.-LECTORAL DE VALENCIA

ACUERDATE, SEÑOR, DE TUS **FIELES**... N. y N. (1)

«Nobis quoque peccatoribus»...

TAMBIEN A NOSOTROS, PECADORES,
TUS SIERVOS, QUE EN LA MUCHEDUMBRE DE TUS
MISERICORDIAS ESPERAMOS, (2)
DIGNATE OTORGARNOS FORMAR PARTE DE TU REINO (3)
CON TUS SANTOS APOSTOLES Y MARTIRES:
CON JUAN (BAUTISTA), ESTEBAN, (4)
MATIAS, BERNABE
.... (5)
Y TODOS TUS SANTOS.
ADMITENOS EN SU COMPAÑIA,
NO EN ATENCION A NUESTROS MERITOS
MAS SEGUN **LA LARGUEZA DE TU CLEMENCIA** (6)
POR CRISTO NUESTRO SEÑOR,
.... (7)

Elevación menor:

POR EL, **CON** EL y **EN** EL (8)
A TI, DIOS PADRE TODOPODEROSO (9)
EN LA UNIDAD DEL ESPIRITU SANTO (10)
TODO HONOR Y GLORIA POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.
AMEN. (11)

NOTAS:

(1) Nada tenemos que oponer a la versión del Memento de Difuntos, a no ser lo que ya dijimos al tratar del Memento de Vivos: Creemos que es mejor decir **«de tus FIELES»** que **«de tus HIJOS».**

Además de ser más conforme al original, a nadie creemos que se le haya ocurrido decir: **«Los hijos difuntos».** Se dice **«Los FIELES DIFUNTOS».** Hasta es más eufónico.

(2) El NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS **ha sido** traducido de una manera muy libre e interpretativa, dejándose expresiones como **«tus siervos»** y variando otras de evidente sabor **bíblico**, como **«la muchedumbre de tus misericordias»**; **«la largueza de tu clemencia»** en frases **no inspiradas** y sin eufonía, vg., **«en tu infinita misericordia»**; «conforme a tu bondad»...

(3) **«Formar parte del Reino de Dios** es más noble y digno (y **más bíblico)** que «admítenos **en la asamblea»**, que dice la Comisión.

Como los liturgistas nos hablan tanto de «Las asambleas de los fieles», YA todo lo convierten en «asamblea»: hasta **el Reino de los cielos.**

(4) Juan —dice el Texto—. La añadidura «El Bautista» es para mayor claridad. Se trata de enumerar **dos** grandes **mártires**, que no fueron enumerados en el **Communicantes**, y **dos** grandes **Apóstoles**, que tampoco lo fueron.

(5) Los demás Santos, mencionados en el NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS, pertenecen al Canon **romano en cuanto tal** (aunque no todos sean **romanos).**

Como ya advertimos, lo mejor sería mencionar **sólo** santos **bíblicos**, si se quiere **universalizar** el Canon romano.

(6) **«Conforme a tu bondad»**, que dicen los de la Comisión, en bien poco se parece —si se parece en algo— al Texto original.

(7) **El «Per quem haec omnia»** es una reliquia sin significado alguno, por más que se empeñen en defender lo contrario los de la Comisión en la NOTA final. Lo que me extraña es que **no lo hayan suprimido ya.** Resulta una especie de mentira.

Antiguamente se llevaban frutos y cosas a bendecir y se bendecían en este lugar de la Misa. Aún queda la bendición de los Oleos...

Esta oración era la fórmula de la bendición. Hoy la decimos para bendecir algo **inexistente**, que decimos que está allí.

(8) Al traducir tal «bendición de frutos», los de la Comisión vieron que el nombre **CRISTO** quedaba ya lejos y les pareció que lo mejor era repetirlo al principio de la **elevación menor**, poniendo lo que no había en la oración, ni en la **frase bíblica**, de donde está tomada.

(9) No deja de extrañarnos tampoco que unos traductores que **nunca** dijeron **«Omnipotente»**, sino **«Todopoderoso»**, se pongan a decirlo aquí. ¿Por qué así? No lo entendemos.

(10) Podríamos haber traducido **«En comunión con el Espíritu Santo»** para evitar el art. LA, que a muchos no agrada, pero hemos preferido dejarlo como está, porque la frase pudiera significar: **Tibi laus in Ecclesia sanctorum: in Spiritu congregata.**

(11) Aquí responden todos AMEN. Creemos que las demás veces, que aparece el AMEN en el Canon debiera ser dicho (o cantado) por todos los asistentes.

Sería un buen signo de participación en la Santa Misa y de unión con el celebrante.

Terminamos aquí nuestras observaciones a la **versión oficial PROVISIONAL** del Canon romano **al castellano.**

Lo más cómodo es... admitirlo todo y no censurar NADA; pero... ¿es lo más **progresivo** y lo más conveniente?

Lo más autoritario (**¿dictatorial?**) es sostenerse en lo dicho: en lo propuesto por la Comisión y... no hacer caso de nadie y menos si nos disgusta lo que dice. Pero... ¿es lo mejor? ¿Es lo más cristiano?

Dirán: Lo ha dicho donde no se debe. Y... ¿le han dejado decirlo ustedes donde se debe?

¿Existe **libertad de expresión: de crítica sana y leal y progresiva** o se pretende una mejora: un progreso, en alguna revista, donde se deba publicar?

Muchas veces he hecho esta pregunta y aún está sin respuesta.

También yo me habré excedido en mi **modo** de decir lo que creo que es verdadero y justo. Admitan lo que haya dicho de bueno. Corrijan lo que no deba corregir y propinen una buena corrección al corrector.

Mi cuarto a espadas

Por un CURA RURAL

Inesperadamente, he podido enterarme, en Madrid, de una circular del venerable señor obispo de Avila, doblemente venerable por su jerarquía y su ancianidad, explicando sus razones en un caso concreto de extralimitación de un sacerdote.

Es modelo de caridad, de pastoral y de jurisprudencia.

Pero, con el mayor respeto, somos muchos los que no queremos estas circulares: no las queremos porque no las necesitamos.

Porque reconocemos las dotes que asisten a la autoridad y comprendemos que la autoridad tiene razón; quizá no coincida con nuestra razón, pero casi siempre tiene una razón superior y sirve al bien común, ante el que deben ceder las razones privadas.

Y nos duele que se vaya socavando el prestigio de la autoridad exigiendo, a cada paso, razón de sus determinaciones.

En este caso concreto damos la razón plenísima al señor obispo y nos admira su benignidad, al esperar QUINCE denuncias antes de proceder.

También se me ofreció la oportunidad de leer el **texto** de la acusación contra el referido sacerdote que cita un llamado GRUPO en cuyo nombre firma un sacerdote del mismo, y el **contexto** con el que se pretende vindicar la verdad evangélica del acusado.

Pero resulta que si el texto es claramente delictivo, el contexto me parece serlo tanto y más.

Y si la pretensión de llamar Palabra de Dios a las soflamas antisociales es desorbitada y blasfema.

Si alguno aprovechase su representación espiritual, para fomentar la lucha de clases, incurriría en el anatema de San Pablo: «De nada vale darlo todo a los pobres si no tengo caridad». Y no se tiene si se siembra el odio.

Es sospechosa la supervaloración de la justicia social; algunos padecen verdadera obsesión económica, tan absorbente, como para otros lo es la obsesión erótica.

Entiendo que la justicia que debe promover el sacerdote es la justicia sobrenatural de la vida de Dios en nosotros; el reino de Dios, cuyo fruto son todas las virtudes, con el bienestar personal y social que producen.

Esta obsesión y supervaloración de lo económico es una profesión de materialismo y un ateísmo práctico, al exigir como Sumo Bien la riqueza y como supremo ministerio su distribución y participación.

¿No ocurrirá en el subconsciente que ciertos pruritos de apostolado no son más que resentimiento?

¿Resentimiento porque la Providencia no nos incluyó en la clase de los millonarios? Como decía el panzudo Prieto: «Yo soy un aristócrata fracasado, un aspirante a potentado».

Quizá algunas posturas no son más que enfermedades psicológicas; insuficiencia mitral: que no hubo suficientes mitras; o insuficiencia capital: que no hubo millones para todos los aspirantes.

La caridad —oración o apostolado— es benigna y paciente, no agresiva.

Tiene razón el prelado, tiene razón la autoridad civil al defendernos de estos energúmenos.

Y esto lo escribe, no un conservaduros, como groseramente se llama a personas muy honorables; he pasado muchos años en pobreza integral.

Ni un comprometido: he hablado libremente ante muy altas jerarquías

Ni un retrógrado: me honran con su amistad profesores superiores de varias naciones de Europa.

Escribe un hombre consciente y libre al servicio de la verdad y de la caridad y de esta paz religiosa y social que es un tesoro de la Iglesia y de España.

El diablo encontró siempre eficaces servidores dentro de la Iglesia

Por MARAVILLAS

Cuando la Iglesia consigue superar la dura prueba de las persecuciones de los Emperadores del Imperio Romano, al terminar aquella era de lucha feroz y sangrienta contra los cristianos, era de esperar una larga etapa de paz para el Cristianismo; pero ésta duró lo que dura el pan en casa de los pobres. Pronto la Esposa de Jesucristo tuvo que enfrentarse y luchar contra la falsa interpretación del dogma católico, contra las herejías que fueron surgiendo a través de los años, siendo los heresiarcas obispos, religiosos y sacerdotes de la Iglesia de Jesucristo.

El mismo Cisma de Oriente, conquista suprema de Satanás en su lucha contra la Iglesia, hay que anotarlo en el haber de los Ministros sagrados que intrigaron en la Corte de Bizancio.

Si vamos analizando paso a paso el doloroso calvario que lleva recorrido la Iglesia en los siglos de su existencia, encontramos siempre en el campo enemigo obispos, religiosos y sacerdotes, servidores fieles de Satán en su obra destructiva de las esencias católicas.

Para no hacer interminable este escrito, pasamos por alto las numerosas y dolorosas defecciones cuando la falsa reforma predicada por Lutero y sus secuaces ensangrentó los campos de Europa; la apostasía de obispos, religiosos y sacerdotes durante la Revolución Francesa; para plantarnos en fechas más recientes y recordar hechos que viven en la conciencia de los hombres de la actual generación.

Cuando la revolución rusa, la colaboración del pope Gabón ha sido de una eficacia decisiva. Aquella manifestación por él organizada y dirigida ante el Palacio de Invierno de los Zares, con cruz y banderas santas, con íconos y retratos del Zar, con cantos populares, había de ser el principio del fin de la santa Rusia. El cortejo tiene todas las apariencias de una procesión religiosa, a la que se sumaron mujeres y niños, que serían las primeras víctimas de las fuerzas zaristas y argumento valioso para explotar los comités revolucionarios y sumar valores nuevos a su causa. El mismo Gabón, consciente del gran servicio prestado a la revolución, se presenta a Lenín y demás jefes en el exilio, donde es recibido con cierta prevención por considerarle agente doble, a pesar de presentarse sin barbas y sin hábito. El Roma no paga a los traidores se repite con este desdichado.

A pesar de la repulsa del Comité revolucionario en el exilio, sigue fiel en su propósito revolucionario, se retira a la Costa Azul, donde lleva una vida disoluta, escribe sus memorias y entrega el dinero conseguido para la compra de fusiles. Más tarde, engañado por sus compañeros de maldades, regresa a Rusia en compañía de R. Runtemberg, que él consideraba su fiel escudero, su director intelectual, y era un espía comunista encargado de vigilar sus pasos y deshacerse de él cuando lo considerase oportuno, como así lo hizo colgándole de una viga en una dacha finlandesa. Así paga el diablo a quien le sirve. En este espejo debieran mirarse los que, presumiendo de católicos, siguen ciegamente las consignas de Carrillo, aquel que habló de las grandes diferencias entre católicos y marxistas, entre las que cita la misma existencia de Dios, «que nosotros negamos y los católicos afirman». Debemos agradecer a Carrillo la franqueza de sus manifestaciones y lamentar la ceguedad de nuestros hermanos en la fe, que les esperará el mismo triste final del pope Gabón, si Carrillo y los suyos triunfaran.

Demos un paso más en la historia revolucionaria de nuestros días y trasladémonos a la isla de Cuba, la perla de las Antillas. Una visita a Sierra Maestra en los principios de la revolución y encontraremos a Fidel y sus milicianos disfrazados con grandes escapularios, con rosarios y medallas, con detentes religiosos, con sus capellanes para los servicios religiosos, en fin, un verdadero campamento de cruzados para liberar el país de la dictadura de Batista. El chorreo de jóvenes católicos hacia Sierra Maestra es incesante y la ayuda del clero en la retaguardia valiosísima. Intencionadamente, Fidel Castro no aparecía afiliado al Comunismo, a pesar de su intervención en todos los movimientos marxistas de América, sobre todo en el famoso «bogotazo». Por eso, era inútil hablar a sus seguidores de la primera hora de las aspiraciones satánicas del Barbudo. Hasta la simpatía con que Rusia comentaba la actuación fidelista fue insuficiente para abrir los ojos de tantas personas de buena fe que contribuyeron al triunfo del comunismo en Cuba. ¡Cuántos golpes de pecho se habrán dado los que pudieron evitar tanta tragedia!

Son pocos los que escarmientan en cabeza ajena. A pesar del elocuente ejemplo de Cuba, del cinismo con que Fidel Castro engañó a sus seguidores, los guerrilleros castristas que surgen por la geografía americana cuentan con la simpatía y el apoyo de sacerdotes alocados ...que no quieren ver claro lo que está más claro que la luz que nos alumbra. Bien está la lucha por la redención de los necesitados por el triunfo de la justicia social, por la igualdad cristiana entre los hombres; pero otra cosa es ayudar y procurar el despotismo más cruel, el hundimiento de todas las libertades, la negación absoluta de todos los derechos de la persona humana.

Una cosa es predicar y otra muy distinta dar trigo. El comunismo, que no cesa en clamar contra la guerra y en pro de la libertad, enciende la guerra donde es necesario para el triunfo de sus ideales y ahoga todo asomo de libertad en los pueblos que domina. Las delicias del paraíso comunista las hacen patentes esos millares de personas que diariamente, con exposición de sus vidas, dejan casa, hacienda y familia para buscar en Occidente, en los países cristianos, una vida digna de la persona humana.

Los antiguos filósofos romanos llamaban a los esclavos bestias de carga, máquinas que hablan y otras lindezas por el estilo. ¿Quieren estos falsos reformadores de la sociedad actual volver a tan calamitosos tiempos pasados, superados gloriosamente por el Cristianismo? ¿No es verdadera esclavitud la vida del hombre en los países dominados por el comunismo?

Antes de terminar, volvamos la vista a nuestra querida España para recordar tiempos pasados, no tan lejanos que hayan sido ya olvidados. Cuando los primeros rugidos de la revolución, cuando republicanos y socialistas preparaban el asalto al poder, fueron muchos los sacerdotes que votaron a su favor pensando que así frenaban su hambre y sed de venganza y de sangre. Algún Cabildo presumió públicamente de haber votado la candidatura republicana sin la menor enmienda ni tachadura, a pesar de que muchos candidatos tenían una historia bastante negra. Para ellos, la presencia de Alcalá Zamora y Maura en el Comité revolucionario era garantía suficiente de orden y respeto a la conciencia religiosa del pueblo.

Bergamín, ex ministro conservador de la Monarquía, salió el 14 de abril en zapatillas, de prisa y corriendo, para votar la candidatura republicano-socialista a fin de vengarse de la saludable abstinencia de poder a que le había condenado la dictadura, creyendo, en su miopía intelectual, que su vergonzosa claudicación sería agradecida por la revolución triunfante y de nuevo figuraría en la minoría rectora de la cosa pública.

El fatuo Osorio Gallardo, el que fuera presidente de la juventud maurista, también se lanza al torbellino revolucionario pensando pescar en el río revuelto, sin darse cuenta que era viejo y pasado de moda. Recordad su afirmación: en mi casa hasta el gato es republicano. El pobre pensaba filtrarse entre los jefes de la naciente república; pero fue lanzado al vertedero, donde terminaron todos los tránsfugas de la Monarquía.

Todos los amargados y resentidos, con su interminable reata de sacristanes y acólitos, estómagos agradecidos por las prebendas recibidas y en espera de nuevos favores cuando sus amos se sentaron de nuevo en las poltronas ministeriales, fueron aumentando las procelosas aguas del río revolucionario que había de anegar más tarde las tierras de nuestra amada España.

EL CASO ARRABAL

¿Qué católicos defienden al "poeta perseguido"?

Leemos en el «Giornale d'Italia» el siguiente muy razonable comentario:

«Los periódicos de izquierda, implacables acusadores de los regímenes autoritarios no de izquierda, han dado noticia, con el desdén y el furor adecuados a la circunstancia, del proceso celebrado en Madrid contra el escritor Fernando Arrabal, que había escrito en la primera página de un libro suyo titulado «Arrabal celebrando la ceremonia de la confusión» una dedicatoria blasfema y obscena. En primera fila, junto a «L'Unità» y «Paese sera», se ha alineado la «Gazzetta del Popolo», periódico de inspiración católica y que acoge con frecuencia las meditaciones de escritores católicos progresistas. En una amplia crónica de París, el periódico turinés no tan sólo ha defendido tenazmente al escritor perseguido, incluyéndolo sin más «entre los más originales exponentes del nuevo teatro», sino que ha querido testimoniarle «la solidaridad de toda Europa», aun cuando esta solidaridad ha quedado reducida a una velada organizada por los consabidos intelectuales filocomunistas de la «dolce vita» francesa. Ahora bien, hay una cosa que nadie ha contado: ni el periódico turinés ni los otros: las históricas palabras de «la dedicatoria» que son la causa del proceso y objeto de su apasionada exaltación. De cubrir esa omisión nos ocupamos nosotros: he aquí el texto de la dedicatoria que, por pudor, citamos sin traducción: **«Para Antonio: Me... en Dios, en la Patria y en todo lo demás.»** (Como se ve, los intelectuales «empeñados» se baten siempre por causas muy nobles y dedican su admiración a conceptos y palabras verdaderamente dignos.»

CARTAS POLITICAS

Por FERNANDO LUIS GRACIA

La permanencia de la virtud española

Querido amigo: Te hablaba en mi anterior de los estragos de esas tendencias a olvidar lecciones y hechos políticos con menosprecio de su mensaje, y en verdad que he de reconocer la buena ley de nuestro pueblo, que pese a todo conserva notable parte del legado histórico que forma nuestra Tradición próxima y remota. En estos días, cercana aún la efemérides de la Hispanidad, consideraba los constantes de nuestra historia, y de ellos, el don preciado de la improvisación que hoy tanto nos desacreditan. Improvisación que no viene a ser la manifestación de una holganza sacudida de vez en cuando con un rasgo de ingenio, sino que significa la vela permanente de valores dignos de perdurar, de la más selecta expresión del espíritu guardada para la circunstancia extraordinaria, como temorosos de que el roce diario empañe su claridad.

El español ha blasonado poco de perfección; su itinerario de siglos se ha marcado con pautas vigorosas que han informado la vida subsiguiente hasta que otro chispazo de genio ha reanimado sentimientos que se creían perdidos, haciendo surgir el nuevo aliento capaz de cubrir otro estado histórico. Y todo sin gritos, sin orgullo, espontáneamente. Generaciones de escritores pesimistas han adjetivado despectivamente de improvisación atávica lo que es permanencia y constancia en el tiempo de los mismos ideales y destinos. ¿Cómo comprender si no la epopeya del descubrimiento? Un pobre marino soñador, una reina generosa, unas frágiles naves, un puñado de hombres con sus flaquezas y limitaciones, y fundiendo tan dispar conjunto una vocación ignota, un inexpresable sentimiento de lo grandioso que alumbraría el nacimiento del Nuevo Mundo. ¿Y qué decir de la conquista? Hidalgos sin heredad, rudos campesinos, pobres bachilleres; gente que en otro lugar hubieran sido soldados de fortuna o canalla indisciplinada, aquí se transforman en capitanes invencibles, en cada uno late y vive la fe de Santiago y la capacidad de mando de un Alejandro. Y no es uno, son gavillas de conquistadores que sin más instrucción que su sentir de cristianos y españoles conquistan pertinentes y gobiernan con tal justeza que para sí quisieran muchos dirigentes de hoy. El alma hispana se transmite de generación en generación y surge cuando la Patria lo precisa. Mira la gesta de la Independencia: un pueblo abandonado y traicionado de sus monarcas que siente de pronto la misión de salvaguardar su bagaje espiritual, la religión, la metafísica noción de Patria que no saben explicar y en cambio sienten como nadie. Y sin reparar en sacrificios se levanta y hace de cada pecho un baluarte en el que se estrellan impotentes la ambición y maestría militar del dueño de Europa. Y tras un siglo de mal hacer político, de odio y disputas internas, en el supremo instante, en el momento decisivo en que España iba a perderse, se aviva la llama inextinguible, que pronto es hoguera que consume en fuego purificador los crímenes de la barbarie roja y hace que una vez más España vuelva a ser España.

Este gran sentimiento, este indescriptible algo que hace seamos nosotros mismos y no los demás, está peligrando y puede perderse si no lo realzamos a tiempo. Sería demasiado cómodo salirnos por el tópico patriotero y creer que es un milagro político que se nos otorgará cada vez que lo precisemos. Milagro sí, pero que está en cada español, en su integridad moral, en su fidelidad, en sus grandezas y miserias salvadas por un fondo de auténtica Patria. Será milagro la posibilidad misma de tales sentimientos, pero es esfuerzo personal, constante y colectivo la supervivencia a través de los siglos y personas, superando los malos hábitos sociales. No confíes que si el panorama político se enturbia encontraremos siempre el revulsivo capaz de estimular conciencias apagadas y regenerar vicios políticos. No existe ningún fatalismo político, y si en la historia hallamos la constante de la que te estoy hablando, ha sido porque cada sociedad se preocupó de grabarla y transmitirla a quienes le siguieron. Podía haber una disociación entre la realidad vivida y la enseñada, pero el rescoldo de perfección quedaba de padres a hijos. Así podía ser malo el gobierno, podía seguir la otra cara de la historia la faz derrotada de los Trafalgar y Rocroy; se perdía todo menos el honor y el amor sincero al destino colectivo, definición de una Patria a la que se seguía, tanto a la hora del triunfo como de la desdicha, mostrando tanta dignidad en la fortuna como en la adversidad. Pero si esto fue, nada impide que deje de ser si no nos preocupamos de sentirlo y hacerlo sentir.

Hemos sido ejemplo del mundo, de cómo la fuerza de voluntad se impone a las dificultades y enemigos de cualquier talla, del espíritu de triunfar, de vivir como pueblo unido y libre que quiere ser grande. Testimonio de que el destino de cada pueblo es el que se merece porque se labra con su esfuerzo. En este momento decisivo de la Humanidad, en el que se corrompe la fe en las cosas más grandes, tenemos el deber y la vocación de ser de nuevo el ideal del mundo.

Pero no mintamos, nada puede alcanzarse si tenemos reparo en enorgullecernos de nuestra trayectoria política, si por una mal entendida apertura y otra peor interpretada internacionalización, abonadas por denigrante interés de lucro económico, nos entregamos a la corriente socializante y materialista que parece anegarlo todo. Los historiadores, notarios del tiempo político, podrán decir que nos avergonzamos de lo mejor y servimos lo peor, que despreciando pasado y futuro quisimos vivir un presente anodino.

Difícil pedir héroes donde está mal visto hasta el recordarles, y señalan de sensiblero al que se permite admirarlos. Dime, con sinceridad, ¿cuántos serían capaces de contestar como aquel militar cuyo aniversario de su gloriosa muerte se celebra en estos días? (1) Al ser requerido para traicionar a España contestó: «*Mi resolución es firme. Sé que me fusilarán, pero ¿qué es la vida sin honor? ¿Y para qué la quiero si no la doy por España?*» Algunos sonreirían despectivamente, la mayoría no tendría mayor expresión que su indiferencia; cuando todos sienten la necesidad de consumir sus vidas en una empresa grande y digna, sólo falta saber alentar esa oculta necesidad y fomentarla en vez de ignorarla o desviarla en pobres sucedáneos. Sobre todo no caigas en el extendido juicio de los que nos pintan como masoquistas políticos, que nos recreamos con héroes y sacrificios. No, el que no nos importe el sacrificio no quiere decir que lo deseamos, porque amamos la vida con la intensidad de la juventud. Además, estoy por decir que cualquiera puede ser héroe de un momento; lo peor, por lo anónimo, es ser héroe de la paz, de cada día, con la entrega continuada por la honradez política, el cumplimiento del deber por penoso que sea, el anteponer el bien común al propio; éste podría ser muy bien el prototipo de héroe de nuestra época, pero se busca más contemporizar con las ideas dominantes presumiendo de benefactor del desarrollo político y viviendo en olor de multitudes, sin considerar las consecuencias de esta negativa actitud, porque en su miserable interior saben que no les alcanzarán a ellos.

No me cansaré de repetir la trascendencia de la hora actual: de ella depende que triunfe una de las dos concepciones de la vida: la atea, materialista y científica, o la cristiana, humana y espiritual (añadiendo aquí las doctrinas que sin ser cristianas contienen elementos de positivo acervo espiritual), razones todas que justifican la precaución. Decían los antiguos romanos que un buen general sólo debe dar una batalla en condiciones óptimas o pésimas. Es decir, cuando la victoria está asegurada o no queda más solución que aceptar la batalla, excluyendo en todo caso las ocasiones inciertas y las alarmas constantes. Esta sabia máxima militar tiene plena aplicación en la acción política, y no hace falta decirte que nos hallamos en condiciones pésimas, con aquellos perniciosos conceptos de vida introducidos en todas las articulaciones de la vida nacional, y que, por tanto, si de verdad sentimos lo que decimos profesar, hora es de desplegar banderas y plantarnos junto a ellas para defenderlas.

Forzosamente he de soslayar muchos temas que son otros tantos campos de acción y corrosión del enemigo. En el político destaca la desintegración de la idea de Patria. Fue primero la cuña de los intereses económicos la que hizo apear los principios políticos sustituyéndoles por los intereses, y al amparo de la relación comercial, hacer pensar que las nacionalidades son detestables divisiones, y las patrias, mitos y causas de opresión. Se creó la abstracta condición de «ciudadanos del mundo», y lo que se pretende es facilitar el terreno para la penetración ideológica y de la subversión, más fáciles de expander cuanto menos fronteras hallen. No merece la pena que nos detengamos en la justificación y apología de la Patria; quien se hace apátrida destruyéndola, no merece rebajemos su sagrado concepto al alcance de tales sujetos. Unicamente para rebatir afirmaciones de excesiva confraternización, recordarte que con las naciones ocurre igual que con los individuos. Todos somos hermanos y pertenecemos a la categoría general de hombres, lo que no impide que nos constituyamos en familia a la que tratamos con mejor deferencia que las demás personas. Lo mismo podemos decir de las naciones; los borrosos deberes de comprensión universal nada obstan a que los hombres se agrupen en naciones para el mejor cumplimiento de aquellos fines humanos que por sí no pueden abordar, lo que hace sintamos la nación, la Patria, muy por encima de todas las demás y la respetemos como a nosotros mismos o más, porque individualmente carecemos de proyección trascendente, que es la que verificamos participando de la naturaleza y acciones de la Patria, que por lo mismo son nuestras.

La crisis general tiene una especial expresión en España por coincidir con el relevo político: cambia el soporte físico y se pretende permanezca el espíritu que animó la Victoria. El momento es delicado, pues hay que conseguir que el cambio de generación a generación se efectúe certeramente, que no desaparezcan unos hombres, y con ellos, lo que infundió su obra. Es indispensable que con las realizaciones materiales se transmita el espíritu; de nada serviría lo hecho si viene a las manos de irresponsables o en los que no se tuvo cuidado de inculcar los principios. Mira que no se diluya aquella constante que es la única posibilidad de paz futura y por lo menos la seguridad de que en circunstancias difíciles ese poso de dignidad hará posible tantas briosas reacciones como sean precisas para restablecer y aumentar la justicia y grandeza de la Patria. De nada importa el enemigo y las pequeñeces de políticas miserables. Si se ha escanciado con esencias nobles el alma de la juventud, esperanza de los pueblos, ésta sabrá responder y vencer. Como ayer, como siempre.

---

(1) Teniente coronel don Carlos Noreña, fusilado por los marxistas el 14 de octubre de 1936.

EL "CHEGUEVARISMO" URBANO Y SIN BARBAS

Atención a los síntomas.—Separatistas y comunistas han pactado.—Se impone que los patriotas pactemos también

Por VARON DE BARCELONA

Con ocasión del 11 de septiembre, y quizá llevados por el ambiente de apertura que se está produciendo en personas y medios asequibles al desaliento, el separatismo ha efectuado también su apertura pactando con los comunistas. Era de esperar que, un día u otro, se repetiría. Con ocasión del 6 de octubre de 1934, en que la «Generalit» se sublevó contra el Gobierno de la República, comunistas y seperatistas estuvieron unidos, como también lo estuvieron desde 1936 a 1939, al compartir el «desgobierno» de Cataluña, estableciendo una especie de campeonato para ver quién «eliminaba» a mayor número de personas honradas.

Desde últimos del pasado mes de agosto, comunistas y activos «correligionarios» de las llamadas «comisiones obreras» han repartido unas hojitas aptas para imbéciles, de combustión fácil, incitando a una manifestación en Barcelona «no sólo de los nacidos en Cataluña», sino de cuantos en ella viven...». Por ello, y por vez primera, los «hojitas» estaban redactadas en catalán y en castellano. El sello marxista lo constituía la «lucha contra el fascismo», cuando bien saben los firmantes que en su patria, en Rusia, hay un fascismo rojo, pero fascismo, como jamás ha existido en ningún lugar de la tierra, sanguinario y cruel; con centenares de campos de concentración; con torturas indecibles para cuantos infelices caen en las manos de la policía política... Que estos comunistas, que estos ignorantes del «cheguevarismo urbano», pidan **libertad** para apiolarnos impunemente. Pretender que legalicemos sus pretensiones de verdugos de los buenos españoles, es algo que nos produce asco.

Asco ante el cinismo de un puñado de «encheguevarados» que suponen—¡que ya es suponer!—que les vamos a dar la libertad que desean. Son tan fanáticos que se limitan a cumplir las «consignas» de Moscú, como el perro a «la voz de su amo». ¡Con lo bien que estarían en Rusia! (?)

¿Por qué no se largan de una vez al «paraíso»? Si tan bien están los trabajadores con el «fascismo rojo», ¿por qué retrasarán tanto su marcha? Debe ser porque en Rusia están prohibidas las manifestaciones pidiendo LIBERTAD; porque en Rusia hay que TRABAJAR cuarenta y ocho horas sin intermedios; porque en Rusia están PROHIBIDAS LAS HUELGAS; porque en Rusia no se puede discutir de «política», ya que ESTAN PROHIBIDOS LOS PARTIDOS POLITICOS; porque en Rusia no se puede cambiar de «sindical», ya que únicamente existe la SINDICAL COMUNISTA; porque en Rusia no hay iglesias y es difícil refugiarse a falta de curas progresistas... en un lugar santo...

Por ello, y con ocasión del 11 de septiembre, un centenar de «chés» urbanos y sin barba pasaron a 50 metros del lugar en que estuvo el monumento a Casanovas, en grupos de dos y tres individuos, y al llegar a 200 metros de distancia, cuando ya no había fuerza pública, berrearon «¡libertad!» por dos o tres veces.

Pero como este año la cosa había mejorado, no habían previsto la presencia de numerosos grupos de falangistas, en traje de paisano unos y en mono otros, que fueron la delicia de los «parias». Amigos, éste quiero y éste también. Mientras andaban así de ocupados mis camaradas, llegan los **ángeles de la guardia**, que recordando los meses de trinchera que habían pasado juntos, iniciaron una maravillosa operación de «cerco» que no me atrevo ni a relatar. Los restos de la «guerrilla» fueron a parar a Trafalgar (estación término de muchos autobuses para salir de Barcelona) y otros a Urquinaona (centro «nervioso» de los metros), donde les tocó pasar más sustos y tropezones, a pesar de las ganas que tenían de llegar al hogar y darse la noche de friegas.

Lo que decimos todos: «¡con lo bien que estarían en Moscú o en Cantón!»

PREVENCION SEPARATISTA

Por primera vez los «resistentes» (?) miniseparatistas han demostrado públicamente su baja forma al recurrir al apoyo de los hijos de **un judío con toda la barba.** Sería por esto que aquellos **grupines** de muchachos «escultistas» adscritos al separatismo no han efectuado acto de presencia, sin duda asustados por las consecuencias que les podía acarrear ir del brazo con los marxistas de las «comisiones obreras»; pocas **existencias**, pero ruidosas.

Y los separatistas adultos, prevenidos ellos, miraban desde una orilla cómo en la otra parte de la Ronda se llevaba a cabo la **repartidora** con todas las de la ley.

Si Prat de la Riba, inductor doctrinal y político del separatismo (homenajeado recientemente por la Diputación Provincial de Barcelona), resucitara y viese correr a sus «vasallos» habría de exclamar: «¡No es eso, no es eso!» Realmente el «separatismo» no es separarse tan apresuradamente de la fuerza pública...

¡ARRIBA ESCUADRAS A VENCER...!

En este año hemos presenciado una reacción viril de los hombres de José Antonio, colaboradores espontáneos de la autoridad. Y a fe que la colaboración ha sido eficaz y rotundamente enérgica.

Mientras unos daban el maná, otros iban pegando docenas de cuartillas de fabricación artesana, en la Ronda de San Pedro, entre Plaza Urquinaona y Arco de Triunfo. Vean los textos españolísimos escritos en catalán:

«150.000 CATALANES FUERON ASESINADOS POR LOS SEPARATISTAS. 1936-1939. ESTE ERA EL AMOR A CATALUÑA»
«EL SEPARATISMO ES UN CRIMEN»
«40.000 CATALANES COMBATIERON EN LOS EJERCITOS DE LA CRUZADA POR LA ESPAÑA UNA, GRANDE Y LIBRE»
«ESPAÑOLES: FALANGE ESPAÑOLA CUIDARA QUE CATALUÑA NO PIERDA LA LIBERTAD»

Y así en variedad de textos patrióticos en reafirmación de la unidad de los hombres y de las tierras de España.

DETENCIONES

Como resultado de la subversión separatista-comunista, la Policía practicó en Barcelona la detención de cinco individuos: Antonio Tomás Pineda, Angel Abad Silvestre, Abelardo Bosch Callido, Pedro Hernández Gimeno y Luis Salvadores Verdasco.

En Sabadell, comunistas y elementos apostólicos de la JOC, que se dedicaban al bonito deporte de pintar en las paredes frases de inconveniencia que figuraban en las hojas clandestinas que se repartieron, tales como: «Catalunya, torna» (Cataluña, vuelve; como si nuestra región hubiese estado de viaje...) y «Endevant per la democracia i la llibertat» (Adelante por la democracia y la libertad, como si ya no las hubiésemos conquistado con la Victoria y TRIUNFO de Franco), fueron detenidos en número de seis, después de haber **ensuciado** varias fachadas de la industriosa ciudad: José Castillo García, José Fernández Jiménez, Ramón Fernández Jiménez, Víctor López López, Carlos Gumbáu Gimeno y Salvador Peñarrocha Candela. De estos seis, tres pertenecen a la Juventud Obrera de Acción Católica, y sería interesante que el reverendísimo José María Garrido, presbítero de la parroquia de San Oriach, de Sabadell, procesado por hechos ocurridos el 1 de mayo, nos dijera si le son conocidos y, en todo caso, que por la Junta Diocesana de Acción Católica se hiciera pública una nota, a través de la estupenda oficina de prensa, desautorizando a los tres apostólicos de la JOC como a tales y manifestando expresamente que dicha asociación obrera católica es ajena al activismo separatista de dichos tres elementos. Así los hombres peregrinos sabríamos que la JOC, como tal, no tiene compromisos temporales con los enemigos del Régimen.

En Tarrasa, un **minigrupín** comunista y de las «comisiones obreras», dirigidas por aquellos esclavos de Moscú, se manifestaron en la Plaza de España guardando un minuto de silencio por—¡agárrense!—el difunto... Rafael de Casanovas. Para que pudiesen prorrogar algo más el silencio en la soledad se detuvieron a cuatro subversivos, de ellos dos «féminas»: Juan Martínez Martínez, Juan Antonio Castellá Martín, María del Carmen Aparicio Prieto y Juana Giménez Valenzuela, de Jaén, Granada, Sevilla y Jaén, respectivamente

EXTRAORDINARIO SERVICIO DE LA POLICIA DE BARCELONA

Una detención verdaderamente importante y que dará mucho que hablar es la que se practicó del comunista LUIS SALVADORES VERDASCO, madrileño, y ya citado anteriormente entre las detenciones practicadas en Barcelona durante la minimanifestación de comunistas y sus amigotes.

El tal Salvadores había sonado mucho en Barcelona en tiempos de la dominación rojo-separatista durante la Cruzada. Era ya por entonces activista del partido comunista en Cataluña, y para no asustar a los tontos de capirote no adoptaba el nombre de «Comisiones Obreras», sino que se llamaba «Partit Socialista Unificat de Catalunya» (P. S. U. C.), bajo el mando del esclavo de Stalin, Comorera (e. p. d.). Luis Salvadores Verdasco, acabada nuestra guerra, tomó las de Villadiego hasta llegar a Méjico, donde en los años inmediatos anteriores a su regreso a España era nada menos que **MIEMBRO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA EN MEJICO.** Ayer mismo, en ruta de Portbou a Barcelona fue detenido otro «acreditadísimo» terrorista... La Policía del Estado no sólo merece los plácemes de la nación, sino la asistencia de las fuerzas políticas y sociales de esta España regenerada. En Barcelona hemos dado un altísimo ejemplo.

* * *

Felicitémonos una vez más del fracaso de cuantos minoritarios laboran contra la sagrada unidad de España; felicitémonos por tener una Policía sagaz, inteligente y sacrificada, y confiemos que se tomen ciertas disposiciones legales, a fin de que **nadie**, por muy mini que sea, intente siquiera turbar la paz de la España de Franco.

¿Independencia de Estado e Iglesia?

Por un CURA de ALDEA

Continuamente están apareciendo artículos y se habla mucho sobre la «separación absoluta entre la Iglesia y el Estado» en España.

Yo me pregunto: ¿A qué se refieren esos señores al propugnar esta separación o independencia?

Si quieren decir que, marchando siempre de acuerdo y en mutua ayuda, gocen Estado e Iglesia de independencia en su gobierno y legislación, sin intromisiones perjudiciales y sin coacciones por una u otra parte, estoy de acuerdo con ellos.

Pero si en esta independencia o separación se refieren a no querer saber nada el Estado de la Iglesia o ésta de aquél, no podemos admitirlo—mucho menos como ideal—en ningún Estado, de ninguna manera en un Estado católico como el español.

El hombre es materia y espíritu: el uno y el otro no pueden separarse; no pueden vivir independientes; no pueden prescindir el uno del otro. La Sociedad está formada por hombres: por hombres con cuerpo y alma; por tanto: quien tiene que velar por el bien temporal de la Sociedad, del hombre (el Estado), no puede prescindir del orden espiritual, o su función no sería completa. Y quien tiene que preocuparse —esencialmente—de su bien espiritual (la Iglesia) no puede olvidar el orden temporal, o su actuación sería incompleta.

Es decir, que Estado e Iglesia tienen que completarse mutuamente en sus funciones hacia la Sociedad, hacia el hombre; no cabe, pues, una independencia absoluta, so pena de ser incompleta la actuación de ambos.

Podría admitirse una absoluta independencia en el orden económico, cosa que también se ha aireado mucho en estos últimos tiempos por católicos españoles, de gran altura social, como un señor Ruiz-Giménez o un señor Valcárcel.

También estaría plenamente de acuerdo con éstos y otros señores en esta absoluta independencia económica, como últimamente escribía el señor Varcárcel en el diario «Ya», y sería el mayor deseo de la Jerarquía y sacerdotes si al Clero y al culto se le asegurase, con garantía, un decente y digno «modus vivendi»: bien restituyendo a la Iglesia los bienes que un día se le arrebataron o, al menos, dotándola de bienes con los que pudiese sostenerse con esa independencia que estos señores proclaman.

Pero dejarla a merced de la voluntad de los fieles sería condenar a un gran porcentaje del clero a la miseria y a muchas iglesias (edificios) a hundirse para siempre.

Se me dirá, como decía el señor Varcárcel, en el referido artículo, que es falta de formación en los fieles católicos españoles. Quizá en muchos católicos de estupenda posición económica (incluso tal vez en los que propugnan esta independencia) sí; pero en los pueblecitos pequeños es otro el problema: son pobres comidos por contribuciones, impuestos, etcétera. ¿Quieren éstos, los independentistas, que les echemos encima un impuesto más a estas menesterosas gentes que apenas pueden sostener su hogar?

¿Estarían dispuestos estos paladines de la independencia económica (como hicieron los primeros cristianos) a desprenderse para formar esos bienes de la Iglesia, con los que pudiese independizarse sin grabar a sus hijos menos favorecidos de la fortuna, a desprenderse, digo, de considerables sumas, que muchas veces emplean en vivir demasiado lujosamente?

También muchas veces se nos ha echado en cara que los «curas tenemos coches». Algunos, sí, tenemos coche; pero tenemos un coche humilde, utilitario (y no ambicionamos más), porque las exigencias de hoy del cumplimiento de nuestros deberes nos obligan. Son varias parroquias las que tiene que atender un sacerdote (en invierno y en verano), con las inclemencias del tiempo tan duras en la mayor parte de España: son tres Misas, catequesis, predicación, enfermos, y todo en varias parroquias; es necesario el cochecito.

Y ¿saben muchos a base de qué sacrificios, particulares y de la familia, durante varios años, tenemos el coche la mayor parte de los sacerdotes rurales? El Estado nos da 3.395 pesetas mensuales. Los ingresos de estos pueblecitos son mínimos: con aquel sueldo tenemos que comer, vestir, pagar el coche y atender otras necesidades. ¿Puede considerarse nuestro coche como un lujo?

¿Qué quieren para los sacerdotes de España algunos católicos de estupenda situación económica, que con tanta imprudencia tratan un problema tan delicado y que sólo debe competir a las jerarquías eclesiásticas y civil de la nación? ¿Qué quieren, digo, estos señores para los sacerdotes de España? ¿Condenarles a la miseria como en los años TREINTA de tan triste experiencia y dolor para la Iglesia española? Pues, como entonces, aquí estamos.

Por lo visto, según estos independistas, sólo los sacerdotes no tenemos derecho en una España católica a tener seguro el medio de vivir como se pide para todo ciudadano español, ni a ir participando del más alto nivel de vida de los demás.

La pobreza, por lo visto, en grado sumo y en exclusiva, habrá que reservarla para el clero español. No diremos GRACIAS, porque nos da mucho reparo.

Eje Hispánico: ZARAGOZA-COMPOSTELA

Por GONZALO VIDAL, Pbro.

A don Roberto G. Bayod Pallarés, por su españolísimo trabajo comentando en ¿QUE PASA? (30 de septiembre de 1967), el muy interesante libro «Juan Vázquez de Mella: el Verbo de la Hispanidad», del insigne hispanista reverendo don Francisco Gutiérrez Lasanta.

Corría el año 36, en los comienzos de la era cristiana; Santiago el Mayor, que había salido de Jappe por la ruta marinera de Occidente, llegaba a Cartagonova predicando. Con él llegaba la buena nueva. Y predicando siguió, aunque en Iberia pudo cortarse su carrera. Pero su muerte no estaba aún marcada La Bética, la Carpetania, montes arriba de Toledo, la Lusitania, oían sus palabras. La Galicia y Vasconia las oirían más tarde. Después, la calzada romana cruje bajo las sandalias del apóstol que siguió a Jesús a Cafarnaum después de la pesca milagrosa: la Cesárea Augusta está cuajada de legiones.

A la vista de la vieja Salduba, ya en poder romano, la calzada está bordeada de viñedos; un poco más y discurre orillando el río caudaloso mientras la voz del apóstol resuena en el camino sin que nadie se detenga a escucharla. La calzada es romana y aquí, vía de penetración, sólo se oyen las voces del Imperio. Y el Imperio se extiende mientras la voz del Zebedeo —acostumbrada a domar la tormenta desde los tiempos de Bethsaida— riza un momento la corriente del Ebro y se deja arrastrar río abajo en busca del mar. La leyenda del Crucificado no es para estos hombres de hierro. Por eso el Zebedeo se sienta sudoroso, angustiado y alza sus ojos al cielo exclamando: «Señor, ¡por qué esta indiferencia!»

Los ojos angustiados del Apóstol ven llegar a María. La madre de Jesús se posa en el pilar donde se apoya el cansado galileo, rodeada de ángeles. Y la dulcísima voz de la Virgen desgrana las palabras: «Aquí, en este pilar que me sostiene, alzarás un trono para mí; yo reinaré en Iberia desde este pilar inconmovible.» Mientras la Virgen habla el aire se embalsama de pureza y el Apóstol se siente fortalecido.

Santiago no está solo. Le acompañan sus siete discípulos: Cecilio, Crecifonte, Eufrasio, Segundo, Torcuato, Indalecio y Eusiqui. Poco a poco, días, va alzándose la capilla al compás de las predicaciones. Crece con el número de adeptos hasta reflejarse en las aguas del río caudaloso. Santiago, el Apóstol de las barbas floridas, bendecido por la Virgen, ha sembrado y ha tendido sus redes de pescador una vez más en España, quizá la última; y en los campos y en las redes palpitan los fieles. Desde el milagro, EL PILAR irradia luz del cristianismo. Mas el dedo de Dios ha marcado ya, en el cielo, la nueva ruta del Apóstol.

* * *

A orillas del Ebro, río macho que dio temple y forja a la potente Iberia, reposaba el Apóstol de sus predicaciones antes de partir para Judea. Aún habían de transcurrir otros cuatro años para el martirio; después, andando el tiempo, al compás de las olas, volverá en su camino para seguir su apostolado desde el granito milenario de Compostela, alzado tutelar sobre las tierras eternamente verdes. También aquí el Apóstol reposará después de contemplar la fe a ambos lados del rumoroso Ulla, más manso, más poético que el Ebro. No se alzará un pilar sobre Galicia, vestigio de su paso, sino un sepulcro para irradiar en torno y hacia el mundo el más dulce perdón de los pecados.

Siguiendo la dirección radial, hacia Poniente, marcharán los romeros meses y meses, años y años, en pos del milagro, posando en su camino, un momento, para rezar a la Virgen antes de reanudar la marcha. Así surgen las líricas docescas, homenaje divino a lo humano; no otra cosa son los versos poventinos. Y la civilización se encuna rodeando el Pilar y el sepulcro de Santiago. Desde aquí se devuelve, hecho poesía, ese guión que viene por los radios de una Europa lánguida que se hizo fortaleza cuando se unió en imperio apostiliano.

El manso Ulla, el bravío Ebro, vierten en los mares, envueltos en la aureola del Apóstol Santiago y de la Virgen, los cromosomas católicos por las rutas de América y Europa. Más al Sur, las columnas soportan el paso de los rezos y las lanzas. Que siempre fuera Iberia hito fundidor de civilizaciones y de razas allá donde hubo mundos y mares ribereños. Bien lo sabía aquel Calixto Papa, cuya fe en el Apóstol engrandeció la urbe santiagueña, aunque la tutelara desde Roma.

En uno de los lados de la plaza de los Literarios se abre la Puerta Santa de los años jubilares. Por ella entran los peregrinos que aún traen nostalgias del Pilar desde 1188, siguiendo a la Archicofradía que, con venera roja, acompaña a la llave cuyo hierro abrirá la puerta en constancia del martillo —laborus— y la fe. Mientras tanto se ha formado la ciudad que antes vivió de peregrinos y hoy, cambiados los medios y en languidez las rutas romeras, vive de peregrinos y estudiantes. Pero si su modo de vivir ha cambiado, su fisonomía típica se mantiene más fuerte que en otras ciudades. Compostela tiene matiz y seriedad de siglo XII.

El Pilar y el Sepulcro Apostólico son los dos puntos hispánicos más característicos del cristianismo en Occidente. El uno es la representación de la llegada de la Virgen María en carne mortal a Zaragoza. El otro guarda los restos del Patrón de las Españas: aquel pescador de Galilea con el que nos llegó la buena nueva.

La Fiesta de la Raza no se respeta en el Seminario de Corbán

Por JUAN MONTAÑES

Algunos pensarán que nuestra machacona insistencia es producto del placer en reflejar lo que ocurre en esta Diócesis atormentada, y nada mas lejos de la verdad seria este pensamiento. Pero nos hemos impuesto la obligación de hablar claro. Sin duda, debido a la preocupación pastoral de estos renovadores, que celebran su triunfo al haber conseguido que los cuatro Seminarios sigan en pie, les llevó en este día nebuloso de octubre a seguir las tareas escolares en el Seminario Mayor de Monte Corbán, como si el Día de la Raza, el Día de la Hispanidad, no fuera un día de alegre festejo para los españoles. Aún resuenan en mis oídos las maravillosas palabras pronunciadas por el Arzobispo de Zaragoza, Monseñor Cantero, en la afirmación de Fe rotunda que se hizo en dicha ciudad. Aquí, en nuestro Seminario Mayor, fue un día corriente, un día trágico para los que amamos a España, porque se ve que a los responsables de la formación de las conciencias de los nuevos sacerdotes no les importa la significación universal de España ni la fecha que representa la auténtica hispanidad. Y ¿por qué unos señores que no creen en eso iban a celebrar su fiesta? Por eso quiero hablar claro, porque aún recuerdo lo que cuando de pequeño en nuestros colegios nos inculcaban lo que era este día. Este día, tan ligado a nuestra Madre del Cielo la Virgen Santísima del Pilar. Claro está que para personas que ponen en duda muchas cosas, la tradición hispana de la aparicion de la Virgen Santísima sobre un pilar en Zaragoza quizá les sea motivo de risa. Convendría que fueran a Toledo para que grabaran en sus mentes las palabras inscritas en el muro de su Ayuntamiento, donde los versos del poeta Manrique están permanentemente a la vista de todos:

Nobles, discretos varones
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones
codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
dejad los particulares;
pues os fizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.

Precisamente porque gobiernan a unos futuros sacerdotes es por lo que deben grabarse estos maravillosos versos de Gómez Manrique que yo desde estas páginas de ¿QUE PASA? traslado también con todo respeto a nuestro Vicario Capitular don Enrique de Cabo. No sé si éste estará enterado de que el día 12, en el Seminario de Corbán, ha sido un día cualquiera. Supongo que su españolismo, cuando se haya enterado, le habrá hecho ruborizarse, porque no dudo que don Enrique debiera ir un día al Seminario y con su fácil verbo dar una lección de españolismo a los futuros sacerdotes que han despreciado el Día de la Raza convirtiéndole en un día vulgar. Es nuestra fiesta, don Enrique; es la fiesta por la que lucharon los que duermen el sueño eterno de los muertos, esperando la resurrección en Cristo, muchos de los cuales están en esa maravillosa cripta del Santísimo cristo de Santander.

El consuelo de la Fe le tenemos todos los españoles, y el consuelo firme de que Cristo ha dicho «buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura». Por eso, porque buscamos el reino de Dios no podemos estar de acuerdo con ese Dios falsamente interpretado por los que no piden a Cristo que nos dé fuerza para dominar nuestros instintos. El reino de Dios no puede estar sometido, como el sistema de gobierno de una nación cualquiera, a votaciones mayoritarias, y, por lo tanto, no podemos hablar a la ligera de principios superados porque los principios en que se fundamenta nuestra Iglesia son eternos, porque son dados por Cristo y son permanentes, porque Cristo ha sido implacable contra los que escandalizan y hoy día se está dando una pedagogía sexual que va contra la castidad y el pudor, y la castidad y el pudor, la fidelidad conyugal y la virginidad son valores importantísimos e indiscutibles. Por eso somos conservadores o integristas, porque obedecemos al Magisterio de la Iglesia o seguimos las doctrinas del Papa, que machaconamente va denunciando los errores de estos falsos profetas, como recientemente lo ha hecho con ocasión del Sínodo. Por eso, aunque nos veamos avasallados, aunque veamos ridiculizado a un Vicario Capitular por las maniobras arteras de estos falsos profetas, sabemos que Dios está con nosotros. Por eso nuestra Iglesia, que es la Iglesia de Cristo, no puede tener diálogo con los comunistas, que son ateos, y por eso seguiremos levantando nuestra bandera y alzando nuestra voz. Porque creemos, rezamos todos los días el Credo. Dios perdone a los deformadores de conciencias y no los juzgue sin que antes se arrepientan, pero hoy de nuevo tenemos que hacer una llamada a este pueblo montañés y español, que ha contemplado atónito cómo se ha profanado el Día de la Raza, al mismo tiempo que mandamos una oración a la Virgen del Pilar para pedirle por nuestra Diócesis y que sea el firme sostén de nuestra Fé y para que Ella, nuestra Madre, nos siga llevando a Cristo.

EL CATOLICO DE LA CALLE NO ENTIENDE...

Por GARCINUÑO

Entendemos por «el católico de la calle» el hombre o la mujer que, sabiendo poco o nada de Religión, con escasa o ninguna formación religiosa, tenga o no estudios profanos, ve y oye las cosas de orden eclesiástico o religioso que se suceden a su alrededor, y se hace un lío, un verdadero lío.

Porque no entiende, por ejemplo:

Que el tan llevado y traído Concilio Vaticano II que, según se dijo, era convocado para «poner el día» entre otras cosas la disciplina de la Iglesia, disciplina contenida toda ella en el Código de Derecho Canónico. Y, sin embargo, de este Código, que hoy se estima desfasado y plagado de defectos, nada acordaron los Padres conciliares, por lo que el Sínodo de Obispos, convocado y reunido al poco tiempo de la terminación del Concilio, tiene que ocuparse de la urgente reforma del referido Código. Esto no lo entiende «el católico de la calle»...

Como no entiende tampoco que después de habernos pasado años, muchos años, y hasta siglos, diciendo a través de libros, reglamentos, instrucciones pontificias, exhortaciones episcopales, etc., el gran peligro que suponía para el candidato al sacerdocio, en orden a la conservación de su vocación, el ponerse sin necesidad en contacto con «las gentes y las cosas del mundo», peligro que subía de punto precisamente en los años de la adolescencia; y ahora resulta sin haber cambiado la naturaleza de los hombres, que no es así. Sino, antes al contrario, que es bueno y saludable que el seminarista, ya desde sus comienzos, vaya conociendo «el ambiente», se vaya «abriendo» a las cosas de la vida, estudie como los demás jóvenes el Bachillerato, incluso el Preu, y, además, estos estudios los haga en los Institutos estatales en revuelta mezcolanza, como es lógico, con los ye-yés del día, con los modernos «hijos de papá y mamá», con las niñas de la minifalda, y toda la caterva estudiantil de nuevo cuño. Y que, por tanto, estarán de sobra los Seminarios menores que tanto preocuparon siempre a los obispos, y para cuya construcción tanto pidieron a los fieles... Esto no lo entiende el «católico de la calle»...

Como tampoco entiende—y ya concretamos más a Madrid— que en esta ciudad, en la calle del Conde de Peñalver, se esté demoliendo en estos días una iglesia, la de Nuestra Señora del Rosario, de los Padres Dominicos, iglesia que tendría poco más de cincuenta años, construida con solidez y con arte, para en su solar levantar otra más moderna que va a costar muchos millones. Cuando en los suburbios madrileños, además de faltar templos, los existentes en su mayoría se encuentran instalados en garajes, sótanos, barracones prefabricados y otros lugares nada adecuados. Y lo más irritante del caso es que estas obras no son costeadas por algún millonario católico, «chalao» y caprichoso—como pudiera suceder—, sino que se pretende sean sufragadas por los fieles, mediante suscripción pública. Esto raya casi en el escándalo. De ahí que el católico de la calle no entienda por qué se realizan estas obras, y aún más, por qué se han autorizado por las autoridades competentes...

Como tampoco entiende la diversidad de criterios que hay entre el clero con respecto a cosas de seria trascendencia, como son: las famosas píldoras anticonceptivas, las desnudeces de la mujer dentro y fuera del templo, el uso de la minifalda por parte de muchas jovencitas de comunión frecuente, la conducta rebelde de muchos hijos que se creen «no comprendidos» por sus padres, la postura política de muchos estudiantes frente al Régimen español, la misma postura idiota y suicida de muchos curas, los que integran el conglomerado de manifestantes, operantes, progresistas y separatistas que Dios confunda. Nada de todo eso entiende, como tampoco la pasividad y titubeos con que la Jerarquía parece se muestra ante todo ello.

Y el «católico de la calle» es para tenerle muy en cuenta, que él es el que forma «la masa de la Iglesia», «el pueblo de Dios», «el cuerpo místico de la Iglesia», y otros remoquetes que, para que no degeneren en meros tópicos, es menester que «el católico de la calle» entienda, entienda... lo que a veces no entiende.

Con el «Imprimi potest» de Enrique Rifá, S. J., y dirigida, parece, por Juan Balari, S. J., también, se ha publicado, a todo lujo (¡santa pobreza!), el primero de una serie de folletos de propaganda del pluralismo religioso, o sea, de la libertad religiosa. Se titula esa nueva publicación «CONCILIO EN MARCHA». En la portada fulgurante del folleto número 1 se proclama con grandes letras:

LIBERTAD RELIGIOSA:
ESA GRAN AVENTURA...

Nosotros lo traducimos por esto otro:

LICENCIA ECLESIASTICA:
ESA GRAN RECLUTA DE AVENTUREROS

MEDITACION RELIGIOSO-POLITICA EN EL DIA DE LOS FIELES DIFUNTOS

Protesta y pastoral, bajo la República, de los obispos Irurita y Gomá

PROTESTA DEL OBISPO DON MANUEL IRURITA CONTRA UN ACUERDO DEL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA. (EXTRACTOS.)—Por la prensa hemos tenido noticia de una proposición, presentada y aprobada por mayoría de votos en la sesión del viernes del Ayuntamiento de esta ciudad, que dice así: 1.º Que se proceda al derribo de las paredes de cierre que separan el recinto católico del libre, en todos los cementerios de Barcelona. 2.º Que el Ayuntamiento de Barcelona asista en Corporación a la ceremonia de la destrucción de la valla existente entre el Cementerio Católico y el Libre en el Cementerio del Sud-Oeste, el domingo día 6 de diciembre, por la mañana, para solemnizar el mencionado acto, al que asistirán representaciones de muchas entidades barcelonesas, deseosas de concurrir a la ceremonia, destinada a reafirmar los postulados de la libertad de conciencia.

Esta proposición, así expresada, no sólo es contraria a las leyes vigentes y a los sagrados cánones, sino que tiene, además, una significación de impiedad tan insolente y monstruosa que seguramente no ha sido bien meditada por los señores Concejales que la presentaron y favorecieron con su voto. Grave es la ofensa que el Ayuntamiento infiere a la Iglesia de Jesucristo con lo propuesto en primer término, derribando las paredes que separan los Cementerios católicos de los libres. Más grave todavía por lo que se propone después, por la solemnidad que se quiere dar al acto destructor del domingo día 6.

Pero es muchísimo más grave por la finalidad de la ceremonia, destinada, se dice, a reafirmar los postulados de la libertad de conciencia. Y decimos que esto entraña una gravedad mayor, porque los postulados de la libertad de conciencia que se proyecta reafirmar se reducen, en suma, a proclamar la independencia de la conciencia humana respecto a Dios y de la Autoridad religiosa por Dios constituida. Y es completamente falso y sumamente impío; porque si el hombre fuese independiente, autónomo, si tuviese un derecho contrapuesto a los derechos de Dios, los derechos de Dios serían limitados, pues tendrían por límite ese derecho presunto del hombre, y como en Dios los derechos se identifican con su esencia, se seguiría de ahí que Dios es limitado, que no es infinito, es decir, Dios dejaría de ser Dios. Podrá tolerarse en determinadas circunstancias la libertad de conciencia; pero los postulados de esa libertad, en sí mismo considerados, son y serán siempre falsos, impíos, reprobables. Y reafirmar esos postulados con un acto público, solemne, como se pretende el domingo próximo, es sumamente injurioso a Dios Nuestro Señor, es de una impiedad insolente y monstruosa, sobre todo si se atiende a las circunstancias que van a concurrir.

Y dando las gracias a los señores Concejales que con tanta valentía defendieron la causa católica en la sesión pasada, pedimos insistentemente al Señor, por mediación de la Virgen de la Merced, nuestra Patrona, que dé al Ayuntamiento abundante gracia de luz y fortaleza para administrar los intereses temporales en conformidad con las leyes divinas.

Barcelona, 30 de noviembre de 1931.

EXTRACTOS DE LA CARTA PASTORAL «EL LAICISMO POSTUMO», DEL RDMO. DR. DON ISIDRO GOMA, OBISPO DE TARAZONA, PUBLICADA EL 30 DE MARZO DE 1932.—Con intervalo de un mes escaso se publicaron a principios del año corriente dos Decretos, insertos en la «Gaceta», sobre los que se impone un sencillo comentario en orden a la vida cristiana y a la disciplina eclesiástica. Es el primero, que lleva fecha de 8 de enero, sobre incineración de cadáveres, y el segundo, de 6 de febrero, sobre secularización de cementerios. Los enemigos de la vida cristiana, de la fe, de la esperanza, del amor cristianos, después de haber suprimido a Dios de la vida del Estado y de los organismos oficiales subalternos, la escuela, la familia, la vida ciudadana, habían de penetrar en el santuario de la muerte y arrancarla, cuando está de su parte, de las manos de Dios y de su Iglesia.

«Municipalizar» el cementerio es arrancarle de manos de la Iglesia, que aun prescindiendo del derecho de propiedad, que puede alegar sobre gran parte de ellos, por títulos de orden civil y canónico, tiene sobre la totalidad de ellos una jurisdicción que arranca de la consagración o bendición de aquellos santos lugares y de la profesión de fe y de la vida cristiana de sus hijos en ellos sepultados. Es inferir agravio a éstos, que entregaron sus cadáveres en los brazos amorosos de la Iglesia para que los amparara y guardara sus tumbas, no en manos del Estado, a quien nadie llamó jamás para una función que, bajo todo cielo, ha sido o un acto íntimo de la vida doméstica, o una función pública de religión.

«Secularizar» el cementerio es lanzar a Dios de un recinto donde Dios, como en los templos, de los que el cementerio cristiano es una prolongación, habita de una manera especial, por la dedicación del lugar, por la capilla que suele tener su recinto, por la santificación del cuerpo humano del que es morada, por la Cruz bendita, que en lugar visible y como bandera santa de la única religión verdadera lo preside.

Digamos unas palabras, pocas, sobre uno de los procedimientos de sepultar los cadáveres: la cremación o combustión del cuerpo humano. Y diremos poco, porque es práctica repugnante que tenemos la seguridad de que no arraigará en nuestra tierra. Pero el reciente decreto ha dado actualidad a un tema ya viejo, que entra de lleno en el campo de la disciplina eclesiástica, y hemos leído además, que un Ayuntamiento de España ha propuesto ya la construcción de un horno crematorio. Recordamos haber visto uno de ellos en el cementerio de Milán; tiene sobre su pórtico una inscripción latina de sentido totalmente materialista. No es otra la tendencia del sistema crematorio, que forma parte de la ideología masónica. El cadáver, aun siendo materia inerte, nos habla de la sobrevivencia del hombre; si desaparece el cadáver fallará en el espíritu popular, que se deja llevar de lo sensible, uno de los argumentos de la inmortalidad. Lo mismo podríamos decir del dogma de la resurrección futura; a los espíritus simples, que no conocen de sustancias, de transformación y perduración de la materia en sus primeros elementos, se les hará más difícil creer en la resurrección de un incinerado, del que no queda más que un puñado de informe ceniza, que en la de un sepultado por el procedimiento corriente de inhumación.

Digamos, con todo, que bajo el aspecto dogmático nada hay que oponer al sistema de cremación de los cadáveres. Pero sí que la tendencia de la cremación es antidogmática, a lo menos en la intención de sus propugnadores. Bastaría para convencernos el hecho de que entre en el programa masonizante; pero tenemos confesión de parte en un periódico órgano de la secta, en el que con ocasión de una ley «autorizando» la cremación en Francia, análoga al Decreto que se acaba de dar en España, se decía: «La ley que autoriza no es más que un preliminar de la ley que obligará. Es preciso esperar que las costumbres crematorias hayan penetrado entre los partidarios retrógrados de los sistemas viejos; entonces vendrá la ley obligatoria. Pasado algún tiempo deberá decretarse la cremación. Los cementerios serán abolidos, y vendrá con ello una nueva religión civil de las tumbas.» En el Decreto dado para España se insinúa también la posible obligatoriedad.

La Iglesia es resueltamente opuesta a la cremación de los cadáveres. Sin que deje de transigir cuando lo exija un gravísimo peligro para la comunidad de los vivos—una guerra o epidemia, por ejemplo—, pero reprueba enérgicamente la práctica de la incineración como procedimiento corriente de sepultura. Ya en 1886 la Congregación del Santo Oficio, a requerimiento de muchos Obispos que solicitaban dirección de la Santa Sede en este punto, y por orden de León XIII, declaró que no está permitido inscribirse en las sociedades que tienen por objeto propagar la práctica de incinerar los cuerpos humanos, y que si se trata de sociedades afiliadas a la masonería, sus miembros incurren en las penas señaladas contra los masones, «declarando ulteriormente dicha Sagrada Congregación» que no está permitido ordenar la incineración del propio cuerpo o de los cuerpos de otras personas después de la muerte».

El canon 1.240 prohibe se dé sepultura eclesiástica a quien ordenare la cremación de su propio cadáver. «Los cuerpos de los fieles difuntos—dice el canon 1.203—deben ser sepultados, reprobándose su cremación. Si alguien mandare en cualquier forma que su cuerpo sea quemado, es ilícito ejecutar su voluntad, y si ésta fuese consignada en algún contrato, testamento u otro acto cualquiera, téngase por no consignada. El difunto pudo en vida elegir lugar y forma de sepultura; toda civilización digna de tal nombre ha reconocido este derecho. Pero si no ha declarado su voluntad, ¿quién tendrá el derecho de señalar forma y lugar de sepultura? Nosotros decimos que prevalece el derecho de la sociedad religiosa, en nuestro caso el de la Iglesia, sobre todo otro derecho.

Negar a la Iglesia el derecho de tener cementerios propios y proclamar el derecho de incautación de los mismos, es intrusismo y abuso de fuerza. Lo primero, porque la sepultura es algo que afecta a las creencias y por lo mismo a la conciencia, y el Estado no puede, por ningún título, interponerse entre la conciencia del creyente y su Dios que la regula no por medio del Estado, sino de la Iglesia. Lo segundo, porque de la profesión de fe nace un derecho por parte del creyente, el de la elección de sepultura en el recinto que su Madre la Iglesia acote para todos sus fieles y la ley civil lo viola, obligándole a la sepultura en cementerios municipales que, como dice el artículo primero de dicha ley, «serán comunes a todos los ciudadanos, sin diferencias fundadas en motivos confesionales». Igual razón vale por lo que atañe a la Iglesia, contra cuyos derechos de propiedad se atenta al negarla la facultad de poseer cementerios propios, y contra su jurisdicción, al «desespiritualizar» unos recintos que, aun no considerándose propiedad de la Iglesia muchas veces habían sido constituidos en lugares píos por la bendición o consagración general con que los había santificado y dedicado a enterrar «sus» muertos, y no los de otra confesión cualquiera.

Publicamente, en pleno Parlamento, se ha argüido contra el espíritu de caridad de la Iglesia por rechazar de sus cementerios a los indignos de sepultura eclesiástica. Y si tanto se urgen las exigencias de la ley de la caridad cristiana, ¿por qué no se recuerdan las tremendas palabras del mismo Cristo: «Ite, maledicti...», cuando en el día último del mundo se constituya definitivamente la comunión eterna de la sociedad de los bienaventurados con exclusión absoluta de los precitos?